

Iliá Ehrenburg

ESPAÑA

REPÚBLICA DE TRABAJADORES

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL RUSO
DE N. LEBEDEF

Editorial Cénit, S.A.

Madrid, 1932

ÍNDICE

- Prólogo del autor a la edición española
- I. “¡Arre, burro!”
 - II. El rascacielos y sus alrededores
 - III. Individualistas
 - IV. Los Jlestakov españoles
 - V. Cambio de nombres
 - VI. República de trabajadores
 - VII. Genealogía de las teas de Málaga
 - VIII. Los milagros
 - IX. Las Hurdes
 - X. ¿Qué es la dignidad?
 - XI. Extremadura
 - XII. Cinco encuentros
 - XIII. Sevilla
 - XIV. Dulzuras
 - XV. Jerez
 - XVI. Consideraciones estéticas sobre Córdoba
 - XVII. Un discípulo de Bakunin
 - XVIII. La despedida del marinero
 - XIX. Granada
 - XX. “Querer” y “esperar”
 - XXI. Murcia
 - XXII. Tertulias familiares
 - XXIII. El drama de los obreros
 - XXIV. Del hombre
 - XXV. Barcelona
 - XXVI. El epílogo español

ILÍÁ EHRENBURG
ESPAÑA, REPÚBLICA DE TRABAJADORES

PRÓLOGO DEL AUTOR
A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Este libro fue escrito por un ruso y para rusos. ¡Cuan lejos está Rusia de España! Los rusos tenemos otro cielo y otro carácter, otras montañas, otras necesidades, otra risa. De seguro que en este libro se habrán desligado no pocas equivocaciones; no es fácil para un extranjero comprender una vida tan original y tan complicada. Pero sería equivocado juzgar este libro, escrito sobre España pero no circunscrito a ella, sin fijarse más que en sus equivocaciones. Nosotros hemos aprendido ya a andar por el mundo algo más que como aficionados a las cosas exóticas y como turistas ociosos. Cada país es, para nosotros, no una tierra extraña, sino una nueva confirmación de nuestras esperanzas y de nuestros dolores.

El tono de este libro, apasionado y tal vez a las veces injusto, tiene su explicación en el hecho de que no trata de un país lejano, sino de los tiempos en que vivimos.

Siempre tuve, desde mi niñez, el deseo de pisar tierra de España. Estudiaba el castellano, contemplaba los cuadros de Goya, leía los ver-

sos del Arcipreste de Hita y escuchaba los relatos de aquellos amigos dichosos que habían podido contemplar de cerca ese país de tristeza y de encanto. En mi visión, se mezcla todo: la figura de don Quijote y la sombra de los pistoleros de Barcelona, las derrotas históricas y las obras maestras del arte, la estadística de la pobreza y las pruebas de valor de la raza.

España no tomó parte en aquella guerra terrible, inacabable, para la cual parecían haber nacido mis hermanos de generación; en aquella guerra donde las calles se convertían en trincheras y se colocaban minas, no sólo debajo de las casas, sino también debajo de los corazones. Recuerdo un día en que, entre una muchedumbre de parisien- ses, acudí frente a la Embajada de España en París. Era después del fusilamiento de Ferrer. La muchedumbre vitoreaba a España. Pero España callaba. España, entonces, dejó de ser un país. Y otra vez se convirtió, o dejó que la convirtiesen, en un mito muerto y bello.

Allá por el año 1926, pude pasar unos días en esta tierra vedada. En una de las villas fronterizas, vi un reloj de sol y debajo esta sentencia: "Acuérdate de que el tiempo pasa". También los hombres de la Edad Media se pasaban la vida con la vista clavada en las rayas de la tabla de mármol, torturados con la eternidad. ¿Se acordaban los habitantes de aquella villa del tiempo? ¿Oían, entre los acordes de la música militar y el ruido del café, sus pasos pesados? Para ellos, parecía que todas las horas se habían fundido en una sola, como sucede en el reloj solar, cuando la sombra de una nube borra la señal del tiempo.

Por fin, cinco años después, pude conocer la verdadera España. Y el mito se deshizo en una muchedumbre de gente triste y nerviosa. Conocí a España cuando empezaba a despertar, cuando resucitaba para ella el tiempo, cuando miraba al cielo y a la esfera de las horas, preocupada. Era ya tarde.

Este libro no trata tan sólo de las piedras de Castilla, sino que es también un libro sobre mis camaradas de generación. Nosotros nacimos al final de un siglo y nuestra vida está rota; no sabemos por dónde, pero está rota. Para los que tienen veinte años, todo es claro como

la luz del día: el plan quinquenal, las exigencias de los estados, los progresos de la maquinaria, y el buen humor y la risa después de un día de trabajo. También está claro todo para los que cuentan cincuenta años: éstos maldicen de la revolución, del motor de combustión, del comunismo y de los deportes, y maldicen también del desdén de la nueva juventud. España despertó para un siglo nuevo. Los obreros de Barcelona y los braceros del campo andaluz no viven ya del recuerdo del pasado. Entre las tinieblas que se ciernen sobre Europa, España escucha las campanadas misteriosas del reloj del Kremlin.

Pero España no es ya ningún chiquillo. No es un país adolescente. Se deshizo del ornato de la Monarquía y podrá deshacerse también, tarde o temprano, del ornato dudoso de los abogados de Madrid y de los agentes de bolsa de Barcelona. Pero le será difícil desprenderse del recuerdo. Esta tierra se aferró a su verdad sobre el valor del hombre y de la única libertad que conservó a lo largo de los siglos: la libertad de poder respirar. Aquí, la tragedia de España se funde con la tragedia de los hombres de mi generación, y a veces, leyendo los telegramas de las cosas de España, olvido que se trata de un país extraño y de gentes extrañas, y me parece como si escuchase los informes de los médicos sobre nuestro tiempo, enfermo de una enfermedad que es la más terrible, pero también la más bella. De ahí el tono apasionado de mi libro.

I. EHRENBURG París, 1 de marzo de 1932.

I

“ARRE, BURRO”

Peñascos, un páramo rojizo, míseras aldehuelas separadas unas de otras por crestas severas, caminos angostos que acaban en senderos... Ni bosques, ni agua. ¿Cómo pudo este país gobernar durante varios siglos una cuarta parte de la tierra, llenando a Europa y América con la furia de sus conquistadores y las alucinaciones sombrías de sus fanáticos? Una enorme meseta despoblada, barrida por los vientos. Soledad de una página en blanco. Sólo en las estrechas laderas que bajan hacia el mar, inscribió la naturaleza los verdes pastos de Galicia y las huertas de Valencia. El país con que los oriundos del Norte sueñan como con un paraíso perdido es, visto de cerca, un país inhóspito y cruel. Su belleza es deliberadamente trágica, y la más simple delectación se convierte aquí en un crimen histórico.

La gente ávida e inquieta hace tiempo que abandonó España. De su vida de antaño sólo conservan el idioma, ese idioma de Castilla en que dialogan ahora los reyes del bismuto y del nitrato, los petroleros de Venezuela, los explotadores de Colombia, los presidentes bufos, los opulentos tratantes de blancas...

Los que se quedaron aman a esta tierra con un cariño terco y majestuoso.

Los campesinos de Galicia, enloquecidos por el hambre, se hacían en las bodegas de los grandes transatlánticos, pero, tarde o temprano, irremisiblemente acaban siempre por volver de la ruidosa y agitada América. Allí comían carne y presumían de zapatos amarillos, pero, ¡qué se le va a hacer! Vuelven a sus aldehuelas perdidas, a las largas noches sin luz, a los largos años sin fiestas, años enteros de ayuno... Del Nuevo Mundo no traen ni cariños ni ahorros. Su vida está recluida aquí, en esta tierra triste, soñolienta. Aquella vida no era más que jorنالería, vanidad, mentira...

Pero, ¿dónde no vive aquí la gente? Encaramada en la cima de los montes, entre vientos y tempestades, tiembla una cabaña mísera. Un débil calor humano lucha con el crudo invierno de León. En Almería, en Lorca, pasan a veces años enteros sin llover. Una tierra sórdida, resquebrajada; una niebla parduzca; un calor asfixiante, hambre...; pero entre las quebraduras de la tierra —¿quién sabrá para qué?— se guarece la gente, esperando, esperando la lluvia. En Guadix, la gente no mora en casas, sino en cuevas. Parecen reminiscencias atávicas de otra época; pero, ¡quíá!, no es más que una ciudad de provincia corriente, silenciosa, miserable, donde las cuevas son una prolongación de las casas. Los moradores de estas cuevas tienen que pagar un alquiler mensual a los “caseros”. En los valles de las Hurdes, la tierra no produce nada. Es una región maldita, manifiestamente maldita. Estuvo totalmente aislada del resto de España durante siglos. Recientemente construyeron por allí una carretera. Los hurdanos ya pueden escaparse de la tierra maldita. Pero no, no se marchan. ¡Cómo se pega a su tierra el hombre en España! ¡Qué difícil es de “descorchar”!

Sí, desde luego, en Valencia brillan las famosas naranjas con sus reflejos de oro; en Alicante maduran los dátiles; hermosos son los proverbiales jardines de Aranjuez; académicamente respetables las cepas jerezanas. Pero todo esto no son más que viñetas, no son más que los alrededores ricos de una gran ciudad pordiosera.

Montes, desfiladeros, peñas, un camino desierto. De pronto, sobre el camino se proyecta una sombra difusa. Un campesino montado sobre un burro. No conozco nada tan severo, tan majestuoso como el paisaje de Castilla. A su lado, hasta el Cáucaso parece algo construido, acabado. Castilla es la naturaleza en construcción. Se ven asomar las vigas, las piedras están desparramadas. Aquí el mundo no está todavía acabado. Sólo se adivina la intención ambiciosa del arquitecto. La vivienda humana, rara e incomprensible, penetra en la tierra. Se esconde, como una alimaña, de las miradas indiscretas. Es del color de los pedruscos. Asustadiza, se recuesta contra ellos. Aquí no se ve por ninguna parte al llamado “rey de la naturaleza”. En las peñas reina el caos. Todo es aquí gris, amarillento, sulfuroso, a veces rojizo.

El aldeano, a horcajadas sobre su burro, salió de casa por la mañana temprano. De los hombros le cuelga una manta peluda. Por los desfileros le acecha un viento helado que se le echará encima de un momento a otro. Ya está al caer la noche. Cautelosamente van agarrándose al camino las pacientes pezuñas del burro. Tiene las patitas delgadas, pero hechas a distancias increíbles. La cuadra está lejos. El frío arrecia. El hombre dice: “¡Arre, burro!” Parece un vibrante y recio grito guerrero. Las erres retumban. Pero no, no es un clamor, ni una orden. El burro avanza dócilmente. El hombre se siente huérfano y aburrido en este desierto. Anda una hora, dos, tres, anda todo el día, y charla con el burro. El hombre tiene que hablar con alguien. Larga y tenazmente repite: “¡Arre, burro!”. El burro no le contesta. Sólo responden sus patitas, trepando rápida y afanosamente. ¡Vaya frío! El hombre desdobra su manta y se emboza en ella como en una mortaja. Se ha hecho de noche. Sólo se divisa la silueta, una sombra estrambótica, encapuchada, sobre un borrico. En el silencio de las montañas, siempre la misma cantilena: “¡Arre, burro!”. Es como una interrogación al destino, al del burro, al suyo propio y, acaso, ¡quién sabe!, al destino de toda España.

La aparición de Madrid es de un mal efecto teatral. ¿De dónde han salido estos rascacielos, en pleno desierto? Aquí no hay ni la majestuosa incongruencia de la remota capital del Norte, que ha llenado tantos tomos de literatura rusa. No hay más que incongruencia. En medio del desierto están sentados unos señoritos elegantes. Sorbiendo un vermut, discuten sobre quién habló mejor en la sesión de Cortes de ayer: don Niceto o don Alejandro. Les rodean la noche y los peñascos por donde trepan las sombras, y como un *ritornello* resuena el “¡Arre, burro!”.

II

EL RASCACIELOS Y SUS ALREDEDORES

Los españoles gustan de asegurar que en su país pueden verse distintas épocas, sedimentadas como en estratos y sin borrarse unas a otras. Para un historiador de arte, puede que eso sea cierto. En cambio, el viajero que se interese, no sólo por las catedrales, sino también por la existencia de los seres vivos, se encuentra con un caos, con un maremágnum, con una verdadera exhibición de contradicciones. Una magnífica calzada, por donde corre un Hispano-Suiza —el más lujoso automóvil de Europa, sueño de las “entretendidas” de París, se fabrica en España—. Al encuentro del Hispano avanza un burro. Sobre el burro va sentada una campesina tocada con un pañuelito. El burro no es suyo. A ella sólo le pertenece una cuarta parte del burro: su dote. El burro es propiedad de cuatro familias y hoy le toca el turno a ella. A ambos lados de la carretera se extiende una tierra plácida. Una moza arrastra por ella un arado de madera. El turista podría creer que se trata de una escena improvisada para una película, de una reconstrucción arqueológica, pero el flamante caballero, recostado en su Hispano, no se digna siquiera honrar a la moza con una mirada. El sabe que aquéllo es un espectáculo cotidiano.

El señorito ha descansado en San Sebastián. En San Sebastián hay hermosas actrices de París y se juega al baccará. ¡Ya es hora de volver al trabajo! Esta mañana, las acciones de los Saltos del Alberche se cotizaron a 76...

¡Ya estamos en Madrid! Gran Vía. Rascacielos. Nueva York. Edificios comerciales de unos quince pisos cada uno. En los tejados, estatuas doradas, atletas desnudos, caballos encabritados. Letras eléctricas relampaguean en las fachadas. Unos tableros, intensamente iluminados, rezan: “Río de la Plata, 96”. “Altos Hornos, 87.” Debajo de los tableros pulula la fauna de Madrid. Todos los cojos, ciegos, mancos, paralíticos, esperpentos de España. Los que no tienen más que una mano, se pasan las horas muertas con la palma abierta. Los mancos

tienden la pierna, los ciegos gimotean, los mudos se contorsionan. A veces, en lugar de la cara asoma la calavera. Entre los andrajos abiertos exhiben su mercancía al desnudo: úlceras, costras, carne podrida... Y allá, en lo alto, unos atletas de granito refrenan gallardamente a unos potros de bronce.

La Gran Vía es alegre y bulliciosa. Centenares de vendedores de periódicos vocean los títulos, altamente poéticos, de su mercancía: *La Libertad*, *El Sol*. Las plumas avanzadas escriben en la prensa sobre la filosofía de Keyserling y la poesía de Valéry, sobre la crisis americana, sobre las películas soviéticas. ¿Quién sabe cuántos analfabetos hay entre estos vendedores? ¿Cuántos semianalfabetos entre este brillante público que desfila? Todos los hombres van muy bien vestidos. No hay quien lo niegue. ¡Qué pañuelos! ¡Qué zapatos! En ninguna parte he visto hombres tan acicalados. He de añadir, sin embargo, que tampoco he visto en ninguna parte tantos niños descalzos como en España. En las aldeas de Castilla y de Extremadura, los niños andan descalzos con el frío y con la lluvia. Pero en la Gran Vía, no; en la Gran Vía no hay descalzos. La Gran Vía es Nueva York. Es una avenida amplia y larga; sin embargo, a diestra y siniestra se abren unas rendijas sórdidas cuajadas de patios oscuros, donde resuenan los maullidos estridentes de los gatos y de las criaturas.

No hay villa ni villorrio de España donde no haya un ejército entero de limpiabotas. El brillo de los zapatos de los españoles es algo indescriptible. En cambio, no abundan los baños. Y no por amor a la porquería, no; pues los españoles son un pueblo limpio. Es sólo por desidia. Los hábitos antiguos se han relajado y los nuevos no se han impuesto todavía. Algunos aprovechados han conseguido levantar aquí, no sabe uno para qué, una docena de rascacielos; pero en las vulgares casas de vecindad no hay baños. A nadie se le ocurrió pensar en esto.

En la guía de ferrocarriles pasma la superabundancia de categorías de trenes: hay, además del rápido, el “exprés”, el tren “de lujo” y de “superlujo”. En cambio, el viaje de Granada a Murcia resulta complicadísimo. Sólo circula un tren diario. El recorrido dura quince horas. Y el

tren no es, precisamente, “superlujoso”. Unos vagoncillos oscuros a punto de desencajarse. Badajoz y Cáceres, las dos capitales de Extremadura, separadas por una distancia de 100 kilómetros. Un tren diario, ocho horas de viaje.

Cerca de Zamora se está construyendo la central eléctrica de los Saltos del Duero. Será la central más potente de Europa. En las orillas rocosas del Duero brotó una ciudad americana: dólares, ingenieros alemanes, guardia civil, huelgas, planos, números, millón y medio de metros cúbicos de energía para exportar, emisión de nuevas acciones, llamas, estruendos, fábricas de cemento, puentes maravillosos. ¡No es el siglo xx, es el siglo xxi! A menos de 100 kilómetros de esta central eléctrica, no es difícil encontrar pueblos donde la gente no sólo no ha visto nunca una bombilla eléctrica, sino que ni siquiera tiene idea de lo que es un barco de vapor. Vegetan en una atmósfera tan arcaica, que allí se olvida uno completamente del curso del tiempo.

No hay ciudad sin su oficina oficial de turismo. De las paredes cuelgan polícromos carteles; en los armarios se guardan carpetas repletas de prospectos; los guías visten vistosos uniformes con banderitas. “Tenemos hoteles magníficos, un clima admirable, poseemos riquezas artísticas sin igual.” Todo el mundo sabe que España es el país del arte. Aquí, cada casa es un museo. Al enseñar a los turistas las viejas iglesias, los guías no se contentan con despertar el entusiasmo estético del visitante. Saben tocar también la fibra de un cervecero de Nuremberg o de un tendero de Burdeos. “Miren esta custodia. Piedras preciosas de verdad. Un millón de pesetas...” Los vasos de oro de la catedral de Burgos valen millón y medio de pesetas. La Virgen de Valencia se alhaja con collares y otras chucherías por valor de dos millones exactamente. Los turistas suspiran piadosamente. En Zamora, enseñan a los turistas una capilla románica. Está rodeada de patios y otras construcciones. Para llegar hasta ella hay que atravesar por un gran asilo de niños. Es la hora de la comida. Unos doscientos niños. El asilo está regentado por monjas. Al ver a los “señores”, los niños, asustados, se ponen de pie. Son hijos de la miseria. Algunos son, además, hijos de los curas de aldea, que consolaron prolijamente a sus desgra-

ciadas amas. Los niños van vestidos con unos sayales toscos y andrajosos. De una especie de palanganitas oxidadas cogen con cucharas el rancho, agua caliente con unas cuantas habas nadando. Si uno de los turistas, por acaso, se indigna, el guía explica: “Un país pobre... No hay medios... Por aquí, señores... A la derecha...” La estatua de la Virgen. Un cofrecito recamado de esmeraldas. Una colección de tapices que valen 400.000 pesetas...

En las Cortes, se discute el tema del divorcio. Radicales y socialistas se esfuerzan por eclipsarse mutuamente con sus atrevidos discursos. Sobre los pupitres de los diputados se ve la legislación soviética sobre el matrimonio. Los oradores citan a Wells e incluso a Marx. En casa esperan a los audaces diputados sus legítimas esposas. Siguen, como antaño, dócilmente preñadas, trajinando todo el día con la prole. Se pasan el día entero en el harén, igual que antes. Los maridos citan delante de ellas a Marx. Entre dos sesiones nocturnas, los maridos cumplen de prisa con sus deberes conyugales y luego se van al café a impresionar a sus nada tímidos contertulios con la osadía extraordinaria de sus ideas.

En Badajoz, cuando entra en el casino una señora, todos los venerables parroquianos se levantan. Es un pueblo de caballeros. De vez en cuando, en Badajoz, como en otras ciudades de España, los “caballeros” pegan a sus esposas. La galantería y las palizas son homenajes tradicionales del “caballero”.

En España, no hay que fiarse nunca de los anuncios. “Librería Religiosa”: os asomáis al escaparate y veis a Lenin, a la Kolontai, *El Diario de Kostia Riabazev*. ¿Una cooperativa socialista? Pues detrás de la luna se exponen unas estatuillas de yeso: santa Teresa, corderitos pascales...

En la aldea de Sanabria. Es el día de difuntos. La muchedumbre, aterrada, se pasa las horas muertas en la calle. Velas, preces. La Edad Media. Después de saciarse rezando, el arriero monta sobre su burro. El burro se resiste. Entonces, el rezador grita: “¡Me 'estornudo' en la Virgen María!”. (Bueno, no es precisamente un “estornudo”, pero la re-

producción exacta de la palabra no me parece muy conveniente.) Este arriero no parece tener una gran fe en la resurrección de los muertos. En cambio, está muy seguro de que, insultando bien a la Virgen, el burro andará derecho.

En Sevilla, durante las procesiones de Semana Santa, rara es la vez en que los piadosos feligreses no arman gresca. ¿Qué Virgen es la mejor? “¡Mi Virgen es la verdadera Madre de Dios! ¡La tuya no es más que una p...!” se lanzan unos a otros a la cara. En el pasado mayo, los españoles prendieron fuego alegremente a unas cuantas docenas de iglesias. Pero quedan centenares de miles sin quemar. El viernes, Pedro González iba con los que incendiaron la iglesia de santo Domingo; pero el domingo —no sé si por costumbre o por aburrimiento— se fue a oír misa a la iglesia, todavía intacta, de san Benito.

Conozco a un pintor español. Su arte ha provocado una verdadera revolución. Su nombre es tan respetado por los futuristas de Moscú como por los coleccionistas de Filadelfia. Es hombre, no sólo de gran talento, sino indiscutiblemente valiente. Sin embargo, basta pronunciar en su presencia la palabra “culebra”, para que en seguida, a hurtadillas, sin que le vea su interlocutor, empieza a menear dos dedos por debajo de la mesa. Un profesor de psicología que hizo un viaje a Moscú siente un miedo mortal ante los tuertos. Dice que atraen la desgracia...

En España abundan los intelectuales avanzados. Están enterados de todo. Han leído el programa de la asamblea de Jarkov. Conocen a los “populistas” de París y la última película de Eisenstein. Lo único que no conocen es su propio país. No se dan cuenta de que no es el surrealismo, ni la literatura proletaria, ni las modas parisienses lo que tienen delante, sino un desierto sombrío y salvaje, pueblos donde los campesinos hambrientos roban las bellotas, comarcas enteras pobladas de degenerados, tifus, malaria, noches sin luz, fusilamientos, cárceles parecidas a las antiguas mazmorras. Toda la tragedia de un pueblo paciente, pero doblemente amenazador en su paciencia.

III

Individualistas

Madrid se levanta tarde. A las diez de la mañana, los dependientes soñolientos despliegan sus mercancías bostezando. El correo se distribuye a las once. A esta hora, los ministerios están todavía desiertos. Es decir, tal vez los porteros y algún que otro peticionario de provincias. Los funcionarios concienzudos acuden a su puesto a eso de las doce, y como Madrid es la ciudad de los funcionarios del Estado, puede afirmarse, sin exageración, que la vida de Madrid empieza a mediodía.

Todo español con instrucción superior desprecia la disciplina y el Estado. “Entre nosotros, el comunismo es imposible, no somos como los rusos. Nosotros somos individualistas...” Así se expresa el señor Lerroux, y así lo afirma cualquier abogadillo principiante. Todos son, por lo visto, partidarios de la libre iniciativa y rebeldes a la tutela del Estado. No obstante, esto no les impide soñar, obsesionados, en una cosa: en entrar cuanto antes al servicio del Estado. Todos los señoritos, o son empleados del Estado, o unos fracasados que sueñan día y noche en el butacón de las oficinas ministeriales.

Para los extranjeros, España es una nota exótica. Una simple obrera de la fábrica de tabacos se vio convertida en el ídolo de todos los mujeriegos, no sólo de París, sino de Jarbin. Al funcionario español suele representársele también como un loco vestido de capa. En realidad, el empleado de Madrid sólo se diferencia de su colega de Londres en que se pasa en la oficina dos horas en vez de ocho, y en que estas dos horas no las emplea precisamente en servicio del Estado, sino en suspirar por el duro que perdió ayer a las cartas, o en maquinarse audaces proyectos para extraer ese duro del bolsillo de un tímido provinciano que gestiona algún asunto.

A raíz de la revolución de abril, era punto menos que imposible penetrar en ningún ministerio. Una muchedumbre asediaba a los ministros.

No eran revolucionarios que fuesen con exigencias y amenazas. No, eran corteses solicitantes, que sólo aspiraban a obtener una colocación. Todos los que soñaban con sentarse en el butacón de las oficinas ministeriales, se volvieron de la noche a la mañana furibundos republicanos. Antes, claro está, no habían querido servir a la Monarquía, pues se lo impedían sus opiniones insobornables ; pero ahora estaban dispuestos a servir a la República... Viendo que la República no dejaba cesantes de golpe y porrazo a los empleados del viejo régimen y que, por tanto, no había vacantes, los pretendientes montaron en cólera. ¿Qué clase de revolución era ésta?

Además de los empleados del Estado, en Madrid hay un sinfín de abogados. Estos abogados, naturalmente, se ocupan de todo menos de abogacía. Pero, ¡es tan fácil ser abogado! Además, no obliga a nada, y el título de abogado adorna la tarjeta de visita.

Como los funcionarios, los abogados son casi siempre personas brillantes, aunque de cultura muy limitada. Se saben de memoria las proezas de tal o cual torero, improvisan un madrigal al cruzarse en la calle con una señorita, como éste, por ejemplo: “¡Preciosa, me muero por tus pedazos!”; distinguen de sutilezas políticas y de su eficacia; saben, por ejemplo, que con una tarjeta de March no puede uno presentarse a Indalecio Prieto. Pero ahí acaban sus conocimientos. Un abogado empleado en el ministerio de Justicia se asombró sinceramente al enterarse de que existe un país llamado Holanda. Él había oído esa palabra, pero estaba en la creencia de que se trataba de una cordillera... Otro abogado no está muy firme en la tabla de multiplicar. Otro —un abogado del Estado— me preguntó si Lenin seguía rigiendo los destinos de Rusia, y no quería creer que hacía siete años que había muerto.

Los haberes de los funcionarios y de los abogados son mezquinos; pero en Madrid la vida está organizada de manera que permite vivir decorosamente aun pasando hambre. Aquel señorito, por ejemplo, se pasa todo el día en el café. Empieza por un vermut. Se prepara, sin duda, para una comida suculenta, pues el vermut es un aperitivo. Sí;

pero en España el vermut se sirve acompañado de toda suerte de aditamentos: aceitunas, mariscos, patatas fritas. El señorito engulle concienzudamente todo lo que le ponen. Luego, se traslada al café de enfrente, donde toma, al parecer, su café de sobremesa, con leche, desde luego; pues no está muy hartado que digamos. Pero algo se ha comido, y está encantado de la vida. A veces, más prudente, en vez de café con leche, toma leche sola. Así se pasa los días y las noches, sentado en las aceras de los cafés, sorbiendo su lechecita caliente y esperando a ver si por la esquina asoma alguna revolución...

Todos estos señoritos visten irreprochablemente. Por las calles, rondan vendedores de corbatas. A peseta la pieza. ¡Qué fantasías! El señorito se muda de corbata a diario. Para él, la corbata es más importante que la comida. Tampoco hay que olvidar el brillo de los zapatos. En cuanto el señorito dispone de alguna calderilla, llama altivamente al limpiabotas. Al entregarse a sus cuidados, se ve cómo se regodea de gusto. Sería capaz de pasarse así todo el día. Si pudiera, se limpiaría los zapatos a cada hora. Ya de madrugada, no es raro ver a un señoritingo, despreocupado, detenerse camino de casa, para ofrecer una vez más sus pies al “limpia”. Los ingleses se afeitan dos veces al día. El español no da gran importancia al aseo de su cara. Puede pasarse tres días enteros sin afeitarse. No le asustan las barbas. Pero los pies..., ¡ah, en esto es implacable! Los pies han de brillar como dos soles.

Si el señorito es casado, tiene, naturalmente, un montón de críos en casa. A veces, pone los pies en ella. La mujer le prepara el cocido y le remienda los calcetines. Pero, ¿quién es su mujer y dónde está su casa? Eso no lo saben ni sus amigos más allegados. El hogar familiar es algo tan íntimo para el caballero, que jamás lo enseña, como en otros países no enseñan una cama sin hacer. El caballero se reúne con sus amigos en el café o en el club.

Los clubs españoles no se parecen en nada a los clubs ingleses. Los ingleses van al club a callar. Los clubs británicos son unos salones silenciosos y llenos de penumbra, unos refugios sagrados. Los casinos españoles son unos grandes bazares con escaparates, donde, en lugar

de sombreros o jamones, se exponen caballeros de carne y hueso. Los caballeros, repantigados en sendos butacones, miran a la calle. Es, si se quiere, una exposición de burgueses. En verano, los sillones están en la acera de la calle, alineados delante de la fachada del casino. Los caballeros se sientan unos al lado de otros y miran a la gente que pasa... Pero la contemplación no estorba el trajín de las lenguas. Un casino español es tan ruidoso como un mercado. En los primeros días de la revolución, los sillones de la calle se quedaron vacíos. Los caballeros no estaban todavía muy seguros del significado de la palabra “república”, pero no tardaron en tranquilizarse, y vuelve a vérselos sentados, cuando llueve, detrás de los cristales; cuando hace buen tiempo, en la acera.

Además de recrearse en la contemplación del universo, los socios del casino se solazan jugando a las cartas. El español es un pueblo honrado. Rara vez roba por hambre ni una manzana. Pero los socios de los casinos tienen sus hábitos apañe. En un gran círculo madrileño, para transportar la caja de una sala a otra al terminar el juego, se establecían turnos de guardia entre los socios honorarios. No hay que decir que estos socios son siempre duques, marqueses y condes. A pesar de sus apellidos altisonantes, de la caja desaparecían siempre, invariablemente, unos cuantos cientos de pesetas.

Cuanto más noble es la sangre que corre por sus venas, menos inclinación siente el español por el trabajo. Hasta una oficina le asusta. El español profesa el auténtico “individualismo”. En *El Liberal* hay una sección de anuncios aristocráticos. “Joven distinguido busca protectora de cualquier edad con buen corazón, 150 pesetas mensuales.” “Moreno, veintisiete años, espera una declaración. Busca compañera cariñosa, aunque no sea joven. Es modesto y necesita urgentemente 125 pesetas.”

Las cinco de la madrugada. Un café. Caballeros distinguidos. Jóvenes pertenecientes a las familias más respetables. Adoran la belleza de la vida y desdeñan el trabajo vil. A este café acuden las prostitutas y entregan a los caballeros sus duros sonantes. En otros países los chulos

forman una casta cerrada; aquí, son parroquianos de los cafés, socios de los casinos. Después de tratar sus asuntos profesionales, discuten de política y hasta de literatura...

Si un funcionario pierde en el juego, procura repartir sus pérdidas entre tantos o cuantos solicitantes: exige propinas, acude al chantaje, amenaza al candoroso provinciano con un proceso verbal, con el juzgado, con la cárcel. La policía está de enhorabuena. Chocan, por ejemplo, dos autos. El que más “unte” será anotado como la víctima inocente. Además de los autos, corren a cargo de la policía la inspección sanitaria, la política, las ofensas a la República, incluso las conspiraciones. Tampoco lo pasan mal los altos empleados municipales. En Madrid, a la vista de todo el mundo, se enriqueció un funcionario encargado del emplazamiento de los urinarios públicos. No tenía más que amenazar a tal o cual propietario de un hotelito con que el urinario iba a ser emplazado al lado de su verja... Si es un empleado que perdió al juego, ya encontrará alguna salida. Pero ¿qué puede hacer un simple pretendiente a un destino público? Esta escena ocurre en un club madrileño. Marqués de X, y conde de Y. El marqués: “¿No podrías dejarme prestados unos diez duros?” Silencio. Asombro. El conde es “individualista” y sabe que el marqués es también “individualista” y que no le devolvería el dinero. Entonces, el marqués le ofrece en prenda su reloj de oro. Pero, ¿quién sabe qué clase de reloj será el del marqués! ¡A lo mejor, ni es siquiera de oro! Y he aquí que los dos excelentísimos señores se dirigen al joyero vecino para tasar el reloj. Pero, fuera de estas cuestiones, son dos amigos entrañables, dispuestos a jugarse la vida en defensa del honor del otro, y el marqués se dejaría matar por el conde, como el conde por el marqués.

En la vida madrileña, el monte de piedad hace de iglesia, de bolsa y de cementerio. Hoy desempeñan y mañana vuelven a empeñar: relojes, abrigos, hasta mantas. Todos viven a crédito. Aceitunas, café con leche, una corbata nueva, zapatos relucientes... La vida es fácil y hueca. Apenas se abrieron las oficinas, cuando ya vuelven a cerrarse. A la salida de los teatros y los cines, reina en la calle gran animación. Aquí, las *matinéas* empiezan a las seis de la tarde. Las funciones nocturnas

empiezan cerca de las once. A las dos de la mañana, las calles están llenas de gente. Los caballeros se pasean piropeando a las mujeres guapas y criticando al señor Azaña. Maura es mucho más listo.

En todas las ciudades de España hay una calle —con frecuencia, no es más que una acera de la calle— donde todos los días que trae el año, de seis a nueve, se pasean en un sentido y en otro los señoritos. Por lo visto, estos paseos colectivos se compaginan bien con su pregonado “individualismo”. En Madrid, todo el mundo se apiña en la calle de Alcalá. Los paseantes están amontonados como el ganado en una feria. No importa. Avanzan lentamente, una pareja tras otra. En algunas plazas de España pasean todavía por un lado los hombres y por otro las mujeres.

El día toca a su fin. Empezó a mediodía y ya cantan los gallos. Es hora de acostarse. ¡Pero el señorito está poseído de un ardor!... Las bellas mujeres a quienes piropeó no le hartaron más que los dos vasos de leche. Se acerca a una señora venerable, sentada en el café en una mesa cercana y la saluda cortésmente, quitándose el sombrero con solemnidad. ¡A lo mejor resulta ser su tía! Pero no, el caballero está lleno de pasión... ¿Será acaso un hermano espiritual de los anunciantes de *El Liberal*? ¡Quién sabe si, efectivamente, preferirá a las mujeres entradas en años! No, al lado de la señora de pelo gris está sentada una jovencita muy guapa. Pero no se puede hablar con la muchacha. Sería una indecencia. Además, la venerable señora no le quita ojo a la chica. El caballero charla con la señora de mil cosas: del tiempo, de los toros, de la lotería. La venerable señora nombra a la muchacha “mi hija”. La venerable señora se distingue por su perspicacia. Se da cuenta de que el caballero se consume de pasión y le invita a acompañarlas a casa. Por el camino, el caballero se informa discretamente sobre el precio. ¿No se podría rebajar algo? Los tiempos están tan mal... La República... La crisis... “Pero mi hija —desde luego, la muchacha no toma parte en tan baja conversación—, mi hija es inocente y romántica.” Luego, la venerable señora confiesa que no es su madre, ni siquiera su tía. Es simplemente su apoderada. La hermosa niña es oriunda de Andalucía, hija de un campesino, y vino a Madrid como

fregona. Tiene ojos soñadores y en la vida es un poco simple, podrían engañarla fácilmente. ¿Quién ignora que con caballeros como éstos hay que andar alerta? La señora sigue ajustando el precio. Luego, se aleja y desaparece en el cuarto contiguo, después de desear al caballero una buena noche. Con esto, el día está definitivamente terminado y el caballero puede tenderse a dormir.

Si lo prefiere, en lugar de entablar conversaciones diplomáticas con una venerable señora, el caballero puede dirigir sus pasos a una casa pública. En Madrid abundan, todas muy bien frecuentadas por los famosos “individualistas”, que allí pueden amar sin quebraderos de cabeza.

Se acabó el día, este hermoso día madrileño, bajo un cielo de montaña, hecho para canciones pastorales, para la soledad. Un día más, bullicioso y hueco. Uno de tantos días, liquidado, vencido, despachado. Los españoles son, en rigor, un pueblo poco alegre. En medio del bullicio y de las luces de los cafés, se nota el hastío, un hastío que es como una charca de lodo que se va tragando al hombre. El señorito sabe aburrirse de veras. Cuando bosteza, siente uno escalofríos. Su expresión favorita es: “matar el rato”. No creáis que toma café, no; lo que hace es: “matar el rato”. “Matar el rato” es una ocupación complicadísima, que exige una experiencia de muchos años, más aún, una tradición de muchos siglos.

¡El tiempo, he ahí el verdadero, el terrible enemigo! Y, sin embargo, los señoritos están siempre ocupadísimos. Prestan servicio en tres ministerios, escriben en diez periódicos, trabajan en quince partidos políticos y, por último, están enamorados de lo menos cincuenta mujeres preciosas juntas. No tienen un momento libre en todo el día. Si un señor cita a otro a las cinco para un asunto, estad seguros de que se presentará a las siete. Llega todo afanoso. No le fue posible venir antes. ¡Tiene tantas cosas que hacer! En realidad, lo que hacía era “matar el tiempo” en un café cercano. En España sólo empiezan a la hora en punto las corridas de toros y los sorteos de lotería. Son algo litúrgico. Todo lo demás, las sesiones de las Cortes, los espectáculos, los trenes,

las misas, los mítines, los entierros, todo comienza y se desenvuelve con el retraso obligatorio. El tiempo es un enemigo listo. Es más difícil de matar que un toro. Con él, hay que echar mano de trucos especiales. La capital de España. Palacios, rascacielos, oficinas, cafés literarios, redacciones, los debates, las bellas mujeres, el gentío de la calle de Alcalá, los señoritos refrescando a la sombra de los árboles del paseo de la Castellana... Todo esto junto es a la par la felicidad y la desgracia, la delicia y la vergüenza. Y téngase en cuenta que estos señoritos no son ninguna especie rara, digna de la atención de un etnógrafo. No, son Madrid, el vértice del país. Son los que la gobernaban hasta ahora y los que la siguen gobernando. Mientras ellos “matan el tiempo”, el país se muere de hambre.

En otros tiempos, España dio al mundo sabios ilustres. Hoy, en las bibliotecas de las universidades, no se ven más que traducciones. En las obras trabajan ingenieros alemanes, en la administración de los bancos y de las sociedades anónimas hay técnicos ingleses y americanos. España tuvo arquitectos notabilísimos; la arquitectura española contemporánea asombra por su falta de vigor. Es difícil imaginar nada más chabacano que los palacios de los ricachos españoles. Los antiguos conquistadores se han convertido en héroes del Rif, con docenas de condecoraciones por cada desastre. En los cafés madrileños se sientan los escritores, los snobs y los estetas que imitan meticulosamente la última moda de París. Cocteau es para ellos un dios. ¿Quién podría reconocer en estos vástagos a los descendientes de Cervantes? Pero no hay para qué acotar con muertos. En Andalucía he conocido a jornaleros mil veces más cultos en política que la mitad de los abogados madrileños juntos. Un zapatero de Valencia es un artista. Le llaman de París y de Londres para confeccionar calzado de lujo. Pero, al señorito, ¿podrá exportársele a parte alguna? Aquí, el señorito es ingeniero; pero me temo mucho que en París tendría que conformarse con ser jornalero, y gracias. En una asamblea de sindicatos de Barcelona, pueden sorprenderse ideas mucho más sanas y racionales que en las Cortes. Los campesinos de Castilla supieron crear todo un país sobre

las rocas. Pero, los “individualistas” de Madrid, ¿qué es lo que han hecho?

Es cierto que ellos no se preocupan de tales pequeñeces. Cobran su sueldo o sus “combinaciones”, toman café y “matan el tiempo”.

Suele decirse que en la vida de todo hombre hay ratos perdidos. En Madrid, conocí a un periodista que heredó de su padre un pequeño caudal. En seguida se instaló en una casa de huéspedes, colgó en el armario todas sus corbatas, se sentó a la mesa delante de una cuartilla, cogió la pluma y escribió: “En la vida de todo hombre hay años perdidos”. Clavó esta divisa en la pared y se acostó en la cama “en serio y para mucho tiempo”.

Hace ya mucho tiempo que los “individualistas” gobiernan España, y no es fácil prever cuándo el país se librerá de ellos. Ahora acaban de proclamar, seguramente que por distraerse un poco de su tedio, una “República de trabajadores”. ¿No hubiera sido mejor estampar en todos los muros de España esta sentencia: “En la vida de todo pueblo hay siglos perdidos”?

IV

LOS JLESTAKOV ESPAÑOLES

Arribó a Madrid una estrella cinematográfica de Hollywood. El reportero, Miguel González, consiguió una entrevista con ella. En la administración del *Heraldo de Madrid* le dieron a González dos duros por la entrevista. Hoy ha sido un día espléndido para González. Se compró una corbata. Comió opíparamente: calamares fritos y tortilla. Fue al cine. Después del cine, al café. En el café, se limpió las botas. Dio una perra a una mendiga. Compró el periódico de la noche. En una palabra se condujo como un millonario. Cuando tiró sobre la mesa, para pagar, un duro, el duro sonó solemnemente, anunciando a todo el mundo

la magnificencia de Miguel González. Pero todo en el mundo tiene su fin, y también se acabó el hermoso día. El fin del día coincidió precisamente con el fin de la fortuna de Miguel González. Cerraron el café. González tuvo que encaminarse a su casa. En el bolsillo, le quedan todavía dos perras. Mañana, desde por la mañana muy temprano, la patrona empezará a mascullar: va ya para cinco meses que González no paga el hospedaje. González le hablará de la crisis mundial, de los retrasos del correo. Mañana, en vez de comida, González tomará una taza de café y sus zapatos tendrán un brillo dudoso. Pero hoy es millonario. Se acerca a su casa y da unas palmadas sonoras. “¡Serenos!” González entrega al sereno las últimas perras que le quedan. Tiene la llave en el bolsillo; pero, ¡qué caramba!, hay que molestarse en buscarla y luego meterla en el agujero de la cerradura. Esto es demasiado complicado y poco interesante. Es mucho más agradable palmotear.

No comprendiendo las locuras nocturnas de don Miguel González, no podrán comprender tampoco el proceso formado al rey ausente, ni los grandes gestos de los mendigos madrileños, ni las artimañas de los ministros. En España, el teatro es bastante medianejo. En cambio, en la realidad de su vida diaria, todos los españoles son actores de gran estilo. Cada mendigo español es un trágico sobrio y majestuoso. Extiende la mano con el mismo gesto que si se hallara, no ante los vulgares transeúntes de una calle, sino ante las cinco gradas de un teatro. El catolicismo supo comprender esta pasión y la fomentó por todos los medios.

La catedral de Burgos. Una capilla oscura. De repente, se encienden las candilejas. En el fondo, un Cristo afeminado, cubierto de sangre de bermellón y adornado con rosas de papel. En los cuadros de Zurbarán y de Ribera, los santos ensayan monólogos patéticos. Las procesiones de Semana Santa en Sevilla y Málaga recuerdan un poco los números de un cuerpo de ballet. En el modo cómo una moza lleva el cántaro, cómo el contable o el veterinario saluda en la calle a una señorita, hasta en el aire del camarero al coger la propina y pegar con la moneda en la mesa de mármol, se reconoce la antigua escuela.

El “proceso de don Alfonso” o, por mejor decir, la sesión de las Cortes dedicada a hacer ejercicios oratorios sobre el tema de “un rey pérfido en una República inocente”, sólo podría extrañar a quienes no conocen a España. Los españoles se reían: “¡Primero, le dejan escapar, y ahora le juzgan!”. Pero ni siquiera estas observaciones se oían con frecuencia. El país, en general, contempló “el proceso del rey” con absoluta indiferencia. En cambio, los diputados disfrutaron a sus anchas. Jugaron a la Convención sin hacer daño a nadie. Todos los papeles estaban repartidos: los discursos de la acusación, el papel del defensor, conde de Romanones; la nobleza del señor Alcalá Zamora... Estaba convenido de antemano que el conde de Romanones era el “perfecto caballero” y los republicanos que escuchaban con piedad su defensa, doblemente caballeros. Y todos se quedaron tan contentos los unos de los otros: los republicanos, del conde, y el conde, de los republicanos. Los periódicos dedicaban párrafos conmovedores al desinterés del defensor: “¡Hay que ver! ¡Encima de que la dictadura le impuso una multa de 500.000 pesetas, todavía defiende al rey!”. Lo que los periódicos no decían eran los millones que el conde de Romanones había ganado con el rey. Ya de madrugada, “la Convención” tomó una resolución enérgica, y los diputados se fueron a sus casas a dormir, palmeteando: “¡Serenos!”.

Al día siguiente, nadie declaró la guerra a los furibundos jacobinos de las Cortes. Nadie organizó contra ellos ninguna coalición. ¡Para qué! El rey, al leer los periódicos en Fontainebleau, seguramente se sonreía. Después de todo, también él es español, y nada hispánico le es ajeno. Los mismos diputados se olvidaron en seguida de la sesión “histórica”.

Las Cortes son un espectáculo pintoresco, único en su género. En las Cortes, no suele haber esos “torneos a la francesa” de que, con razón, se enorgullece “la Chambre des Députés”. En el pueblo español la nobleza está tan intensamente desarrollada, que se refleja hasta en las costumbres parlamentarias. En las Cortes rara vez se entablan disputas. El orador habla, y habla bien. En España, todos son grandes oradores. Los demás no le escuchan, porque en España no abunda la vir-

tud de saber escuchar. No hay nada que tanto fatigue al abogado madrileño como el tener que escuchar a otro. En el café, los “individua- listas” suelen hablar todos al mismo tiempo. En las Cortes procuran guardar cierto orden y compostura. Mientras uno habla, los demás cuchichean, hojean el periódico o toman café en la cantina, esperando a que llegue su turno de hablar.

La poesía española ha sabido combinar siempre el realismo más cruel con la mística más abstracta. Las Cortes resultaron en esto más limita- das. Renegaron completamente del realismo. Antes de las elecciones, los propagandistas de los distintos partidos —el radical, el radical so- cialista o el socialista a secas— procuraban engañarse mutuamente delante de los electores. Y como los electores eran campesinos, y además campesinos hambrientos, todos los agitadores les prometieron la tierra. Esto era de un realismo cruel. Pero detrás de esto vino la mís- tica. A un pueblo que quema conventos se le puede contentar fácil- mente desenmascarando al intrigante y pérfido jesuita. Los oradores parlamentarios hablan del triunfo de la razón libre, de las intrigas de las distintas órdenes religiosas, de Torquemada, de Galileo. Luego, pasan al tema del amor. Para que el amor triunfe, es indispensable la libertad del divorcio. Discursos sobre la fuerza de los sentimientos, citas de la literatura clásica. En seguida, se embelesan con el panegíri- co del idioma castellano: la lengua de Cervantes y de Lope de Vega... Más tarde, envían saludos a las repúblicas hermanas de la América latina. Por fin, vuelven a pisar un momento sobre la tierra; pero no se trata, ni mucho menos, de la tierra prometida a los campesinos. Su seño- ría, el diputado M. -todos los diputados, al dirigirse unos a otros, se dan el tratamiento de señoría-, trabajó durante la dictadura con más ahínco que los demás. La comisión parlamentaria encontró unos documentos comprometedores para su señoría, el diputado M. Éste, sin perder la serenidad, ofreció a la comisión una suma redondita por mediación de su señoría, el diputado I. Pero el asunto trascendió a la prensa. Con este motivo, los diputados hablaron largo y tendido sobre el tema del honor y el deshonor. La cámara se reunió en sesión secreta, y el pobre diputado I. dejó de ser señoría. Después de esto, las Cortes abordaron

un nuevo tema: ¿cómo recoger el pacto Kellog en la Constitución española, teniendo en cuenta, por un lado, la actitud bélica de los japoneses, y por otro, el espíritu reconocidamente pacífico de los generales españoles? Va transcurrido medio año desde que estas Cortes comenzaron a funcionar. Muchos opinan que ya es bastante y que ha llegado la hora de disolverse. En cuanto a la tierra, los señores diputados no han tenido tiempo todavía de ocuparse de esa minucia...

Las tres cuartas partes de los diputados están sinceramente convencidos de que, hablando toda la noche, salvan a España. Uno me dijo: “Sobre nuestros hombros pesa la responsabilidad de la historia; estamos construyendo la España de nuestros hijos”. Oyéndole, tal parecía que se trataba de un ingeniero soviético ocupado en el plan quinquenal. Pero no. Era un diputado español; es decir, un actor tan poseído de su papel, que, al hablar, se cree siempre plantado delante de una sala oscura, de buena acústica, donde resuena una salva de aplausos imaginarios.

En Rusia, un Jlestakov¹ caía siempre en lo trágico. Allí, se consideraba la mentira como un crimen moral, y los oradores demasiado elocuentes tropezaban indefectiblemente con la suspicacia del auditorio. España convirtió la mentira en inspiración. Con esto, demostró su desinterés. Transformó la mentira en beneficencia, hasta en sacrificio. Los correveidiles de Jlestakov son míseros y asquerosos. La metamorfosis de Aldonza en Dulcinea raya en el mito.

Un empleado del ministerio de Gracia y Justicia. Seiscientas pesetas al mes. Ocho hijas. La mujer trabaja incansablemente para poder llevar una vida un poco decorosa con tan exiguo presupuesto. Dos extranjeros visitan para un asunto al empleado. El empleado que, naturalmente, tiene un apellido noble, pero a quien por modestia llamaremos don Jacinto, quiere obsequiar a sus huéspedes como corresponde a su rango. “¡Qué lástima que mi casa, un modesto palacio, esté ahora en

¹ Jlestakov es el héroe de la famosa comedia de Gogol *El revisor*. En Rusia, Jlestakov es sinónimo de pícaro impostor.

obras y que esto me prive del placer de recibirles como quisiera!” Los extranjeros tranquilizan a don Jacinto y le convidan a comer con ellos en un restaurante. “Aceptaré su obsequio, pero sólo a condición de que me prometan ustedes que, cuando vuelvan por España, serán mis huéspedes. Mi casa es la suya.” A la hora señalada, don Jacinto se presenta en el hotel a pie y pronuncia su monólogo. “Desgraciadamente, no puedo poner mi auto a su disposición, pues se lo ha llevado mi mujer a San Sebastián.” La mujer de don Jacinto se ha quedado, naturalmente, en casita y acaso sin comer; pues don Jacinto le sacó el último duro que le quedaba para distribuirlo en espléndidas propinas entre los porteros y el encargado del guardarropa. Pero, don Jacinto está plenamente convencido de que, en aquel momento, su mujer disfruta de la frescura del mar, de que posee tres automóviles, de que una cuadrilla de obreros está ocupada día y noche en reparar las escalinatas de mármol del palacio heredado de sus mayores.

En provincias, empleados que cobran doscientas cincuenta pesetas mensuales tienen servidumbre. A la criada le pagan unas veinte pesetas. Toda la familia —incluida, desde luego, la criada— pasa hambre; pero no importa, el decoro, que es lo principal, está salvado.

Murcia es una ciudad pequeña y tranquila. La ciudad se confunde con los huertos de naranjos que la circundan. Casi podría decirse que es una aldea; sin embargo, Murcia tiene también su rascacielos. No está terminado y puede que tengan que acabar por derribarlo, pues no se encuentra quien quiera proseguir su construcción. Y la verdad es que maldita la falta que hace en Murcia un rascacielos. No brotó como una casa ni como una empresa lucrativa, sino como un poema. Sobre un comerciante de Murcia empezaron a correr rumores; “Va camino de la ruina... No tardará en arruinarse...”. El comerciante no pensaba siquiera en tal cosa. Era temerario e inconsecuente, era español, en una palabra. Decidió tapar la boca a los difamadores. ¡Ahora iban a ver la fortuna que tenía para gastársela! Y empezó a construir en Murcia un rascacielos igual, exactamente igual que los de la Gran Vía de Madrid. Un rascacielos es una cosa seria. Además de inspiración, exige un sólido capital. El comerciante construía y se arruinaba. Cuando el ras-

cacielos llegó a cubrir aguas, el comerciante se había arruinado de veras. El rascacielos descuella estúpidamente entre las huertas de naranjos. Pero los murcianos no se asombran, pues en sueños todos ellos levantan rascacielos igualmente suntuosos, igualmente absurdos.

Un campesino adinerado de la provincia de Granada se gasta en un traje de treinta a cuarenta pesetas. Posee, claro está, un burro. Aquí empieza la poesía. El burro de este campesino está enjaezado, como en un cuadro. Sobre el burro luce una manta bordada con dibujos de muchos colores. Del burro cuelgan unas borlas vistosas. Las patas del burro van enfundadas en unas magníficas polainas. Para ataviar a su burro, el buen hombre se gastó quizá hasta sus buenas cien pesetas. No se podrá comprar un sombrero nuevo; pero, en cambio, podrá decirle orgullosamente a su vecino: “¡Mira qué guapo va mi burro!”. Y, efectivamente, el burro va mucho mejor vestido que su dueño y que la mujer de su dueño. Pero no se crea que todo esto es por cariño a los animales. Nada de eso. El burro enjaezado lleva tantos palos, si no más, como el burro andrajoso. Es, simplemente, la innata necesidad de apartarse de la lógica, la pasión por el monólogo abstracto, la manía de la magnificencia ficticia.

Todo esto, la elegancia del burro, el rascacielos, el palacio de don Jacinto y la elocuencia de las Cortes, se lo puede uno explicar de distintos modos. Puede uno burlarse y puede uno conmoverse. Recuerdo haber visto en Moscú, hace años, el ballet de don Quijote. Entre los clásicos saltos de puntillas y las piruetas gimnásticas, el pobre caballero resultaba sencillamente ridículo. A don Quijote le apaleaban, y el público, compuesto en su mayor parte de escolares de ambos sexos, se reía con todas sus ganas. A los niños les gusta la lógica y no tienen nada de sentimentales. Unos veinticinco años más tarde, vi *El revisor*, escenificado por Meyerhold. Ilestakov mentía, pero nadie se reía de las mentiras que ensartaba. Los espectadores se sobrecogían, asustados. Por lo visto, hasta del bacalao se puede hacer una tragedia... ¿Por qué, pues, ha de parecernos forzosamente ridículo don Jacinto? Cabe pensar que es más bien trágico; que los millones de don Jacinto son un caso de locura y que el proceso de don Alfonso no es solamente un

sainete, sino que es una mueca cruel, una de esas muecas crueles en que tan pródiga es la historia de este grande y desgraciado pueblo.

V

CAMBIO DE NOMBRES

En las fachadas de los palacios cuelgan unos trapos de colores tapando las coronas de la monarquía. En los sellos de Correos la efigie del rey aparece cruzada por la inscripción: “República”. En el rótulo del hotel Reina Victoria han borrado la palabra “reina”. Victoria se ha convertido en una heroína de Knut Hamsun o en una orquídea. En otro hotel, el Alfonso XIII, han quitado los números. Ha quedado “Alfonso” a secas.

En cambio, de puertas adentro, los republicanos se muestran mucho más tolerantes. Jerez. Bodega de vinos de González Byass. Retratos de los reyes. Autógrafos reales. Gratitud regia. Desde luego, al cosechero no le será difícil encontrar una justificación. Los vinos de Jerez y la monarquía degenerada se entendían admirablemente. Menos fácil es entender la belleza de Barcelona tal como la concibe y la explica el señor P. Exportación, importación, café, toneladas, divisas extranjeras, hotel Colón, patriotismo catalán... Por fin, una villa y, en la villa, una colección de mucho valor: esculturas y pinturas de la época románica. El señor P. es hombre de gusto refinado. Su villa es mucho más interesante que el museo municipal. Tampoco le asustan los modernismos. Al lado de una talla del siglo XII, vemos cuadros de Picasso. Sin embargo, sería difícil decir de qué envanece más este exquisito esteta, si de su colección o del favor real. A la entrada, hay una tablilla que dice: “Visita de don Alfonso”. Entre los cuadros, una carta puesta en un marco: “La gratitud del rey”. Al lado de Picasso una enorme fotografía: siempre el mismo Alfonso, esta vez estrechando la mano del señor P.

El Coblenza español ha sentado sus reales en Biarritz. Se conduce un poco más mansamente que el Coblenza ruso; pero la razón de esta mansedumbre no hay que buscarla en la discreción de los monárquicos, sino más bien en el carácter *sui generis* de la República española. Es tan fina, tan educada, esta República, que, a la verdad, se hace duro reñir con ella. Gracias a la complacencia de los gobernantes republicanos, los monárquicos pudieron sacar de España sus fortunas. Pueden organizar milagros para los fanáticos de Navarra. Pueden negociar con los capitalistas de Bilbao, que no tienen ya, por cierto, nada de fanáticos... Todavía hablan de conspiraciones, pero los más razonables prefieren alguna que otra cita amorosa con los “republicanos moderados”.

Hay un viejo romance español que cuenta el triste fin del rey Rodrigo. Cuando este rey perdió España, se echó a vagar por los montes. Comió un mendrugo de pan sazonado con sus propias lágrimas. Luego, se tendió en una fosa y se puso una víbora en el pecho. Tres días aguardó el rey, hasta que la víbora, apiadándose de él, le picó. Así murió el rey don Rodrigo. Pero don Rodrigo fue un rey anticuado. Vivió en el siglo VIII. No conocía las ventajas de la emigración. Don Alfonso es un hombre del siglo XX. No sazona el pan con sus lágrimas ni aguarda a que le pique ninguna víbora. Don Alfonso vive en Fontainebleau, rodeado del respeto de la Francia republicana. Pudo poner a salvo su fortuna. Los representantes de los “jaimistas” negociaban con los legitimistas. Los republicanos no desdeñan a los monárquicos. Los ingleses no tienen nada contra el señor Cambó. El señor Cambó no le guarda ningún rencor al señor Lerroux. Todos son amigos... Y si la víbora llega a picar a alguien, no será seguramente a don Alfonso...

La República tapó las coronas con trapos, cambió los nombres de unas cuantas calles, mudó la decoración, pero los actores siguen siendo los mismos: ni siquiera han tenido que aprenderse nuevos papeles. Verdad es que, por razones de economía, algunos oficiales del ejército han tenido que pedir el retiro. Pero no los monárquicos, ¡nada de eso! Muchos de los retirados son “soñadores” demasiado inquietos... La antigua policía del rey vela ahora por el orden de la República. No

pasa día sin que encarcele a unos cuantos obreros. Como antaño, siguen matando a los sediciosos.

Hace algunos años, en Barcelona, se presentó al presidente del sindicato de panaderos un policía. Iba disfrazado y de parte de un supuesto amigo del presidente. Persuadió al obrero a que saliera a la calle, y, una vez allí, lo mató. Al cachear el cadáver, encontró las señas de otro sedicioso. El señor P., celoso cumplidor de su deber, se fue en seguida en su busca y mató al segundo criminal. En Barcelona, las hazañas del señor P. eran del dominio público. El coronel Maciá —entonces revolucionario desterrado— decía: “P. merece ser fusilado”. Ahora, el coronel Maciá ocupa un palacio y es el jefe del gobierno regional. Por lo que respecta al señor P., no fue fusilado, ni detenido, ni siquiera trasladado. Sigue ocupando un alto cargo en la policía barcelonesa.

Al arrestar al señor Maciá, cuando era revolucionario, el policía R. se condujo bastante groseramente. Hace poco, el policía R. fue muerto en un tiroteo sostenido con los anarquistas en la calle de ürgell. El señor Maciá se presentó en su entierro y dio el pésame a la familia, visiblemente emocionado. Y no es que Maciá sea un tipo tolstoyano, no; no es más que el jefe de un gobierno; de un gobierno de opereta, pero, al fin, gobierno. El policía R. le defendía contra los obreros.

En diciembre del año pasado, un policía asesinó en Valencia, en medio de la calle, al jefe de los sindicalistas. En el hospital, en vez de exhibir su carnet de policía, exhibió el revólver. La indignación que esto produjo en la ciudad fue tan grande, que no hubo más remedio que trasladar al bravo policía. Le dieron una recompensa, y desapareció. Ahora, es el principal factótum de la policía en C... Un candoroso periodista se indignó al verle y escribió al comisario de la policía republicana. El comisario leyó la carta. El policía sigue prestando sus servicios a la República. Si el periodista se empeñase en provocar un escándalo, trasladarían —desde luego, con ventajas— al policía a Cáceres o a Gijón.

Yo tuve que estarme cuatro meses esperando en París el visado español. Al fin, el ministro de Estado mandó su consentimiento. En la Em-

bajada de España en París me dijeron: “Vaya usted al Consulado, que allí le pondrán el visado”. Pero el cónsul no es juguete de nadie. Sirvió al rey, y tiene sus caprichos. A veces, no puede ponerse en modo alguno de acuerdo con el ministerio de Estado. Al ver mi pasaporte soviético, empezó a vociferar: “¡Esto no es pasaporte, para mí! ¡No es más que un papel mojado! ¡No conseguirá usted que yo le vise eso!”. Pasaron varios días hasta que, por fin, quedó zanjado el conflicto entre el cónsul monárquico y la República española.

Madrid. Un salón de té: Sakouska. Palabra enigmática para los españoles, pero sugestiva. A la puerta, un portero vestido a lo cosaco... Las camareras llevan camisas de seda con águilas bicéfalas. No son altezas en el destierro: son simples camareras españolas. Al servir un pastel a la clientela, añaden candorosamente: “¿No quieren ustedes probar los entremeses 'Sakouska'?”. Grande sería la decepción del público al enterarse de que los “Sakouska” se componen de arenques, y no de esturión... Pero el estilo está bien cuidado. Las águilas alegran la vista y el bravo cosaco baturro parece un fiel protector. La aristocracia madrileña disfruta con este exotismo. Sakouska era el lugar predilecto de la camarilla palatina. Hasta la reina gustaba de venir aquí a probar los “Sakouska” con crema chantilly. Después de abril, el público de Sakouska apenas sufrió el menor cambio. He ahí sentado a un pollo elegante, alma del diario *ABC*, que en sus tiempos escribía panegíricos exaltados de Primo de Rivera. Tal vez dentro de poco vuelva al género lírico, y entonces, ¿quién mejor que él podrá apreciar el valor de Maurra o la inteligencia de Lerroux? Pero, mientras tanto, está cesante. Comenta los acontecimientos. Escribe artículos. Redacta cartas. Come “Sakouska”. Sin republicanos de esta clase, ¡qué mal lo pasaría la joven República!

El órgano de los monárquicos se llama *ABC*. Y para la burguesía española, sus ideas pasan por ser ciertamente el *ABC*. También Sevilla tiene su *ABC*, y el director del periódico es al mismo tiempo el presidente de la Asociación de la Prensa. En Madrid, no hay todavía más remedio que guardar las formas. En Madrid, todos los periódicos se titulan “republicanos”. En provincias es ya otra cosa. El ayuntamiento

de Cáceres es socialista. En Cáceres se editan tres periódicos y los tres son derechistas. En provincias, los periódicos vienen a clasificarse, sobre poco más o menos, en esta forma: descaradamente monárquicos y monárquicos por debajo de cuerda, católico-jesuitas y simplemente católicos. Estos últimos forman el ala de extrema izquierda de la prensa republicana.

En lo que respecta a nombres, la revolución triunfa en toda la línea. Es mucho más cómodo, naturalmente, cambiar el nombre de una calle que ceder las tierras de los señores a los campesinos. El trasiego de nombres no tiene fin. No hay villa ni villorrio que no tenga su calle de Fermín Galán. Si no le hubiesen fusilado a tiempo en Jaca, a lo mejor Fermín Galán estaría ahora en la cárcel acusado de conspirar contra la República. Pero Galán murió, y los valientes republicanos no temen a los muertos. Distribuyen generosamente las calles, sin olvidarse ni de los difuntos más peligrosos. Toledo. Bajada a la catedral. Curas. Tiendas de ornamentos eclesiásticos. Monjas. En la esquina, un rótulo que dice: “Calle de Carlos Marx”. En Valencia, el partido radical autonomista propuso bautizar una calle con el nombre de Ferrer. A nadie le chocó la circunstancia de que el alma de este partido tan amante de la libertad, don Emiliano Iglesias, hubiera tenido en el fusilamiento de Ferrer un papel muy dudoso.

Miles de calles cambian de nombre de la noche a la mañana. Y, como las calles, el país entero. Una monarquía feudal y burguesa, patrimonio de burócratas ineptos y terratenientes, de duques y grandes, de verdugos y funcionarios corrompidos, de charlatanes liberales, es solemnemente rebautizada en un instante con el nombre de “República de trabajadores”. Pero, ¿vale la pena de pararse a discutir acerca de nombres? A lo mejor, mañana los liberales, asustados, se avienen a quitar los trapos que tapan provisionalmente las coronas. Tal vez ocurra lo contrario y hasta el desterrado de Fontainebleau comprenda las ventajas de una República democrática como ésta... El cambio de decoración del mes de abril ha sido calificado pomposamente de “revolución”: pero no ha sido siquiera un mal golpe de estado palaciego. Cuando más, un simple cambio de gabinete.

Hoy, ya es difícil asustar a nadie con la palabra “República”. “Una República sin republicanos”, escribía Dostoievski, hablando de la Francia de Mac Mahon. De entonces para acá, ha cambiado mucho. La República ha demostrado que no es una mujer casquivana, sino una señora de la buena sociedad. Hay un proverbio ruso que dice: “Teniendo el charco, ya se encontrarán los diablos”. No sé cuántos republicanos habría en España en el mes de marzo. Desde luego, ahora abundan. No hay mejor cosa que la República, para que se multipliquen los republicanos...

VI

REPÚBLICA DE TRABAJADORES

La combinación de rosa y gris siempre nos conmueve. Acaso no sea más que un capricho del ojo. Acaso una interpretación subconsciente de lo que llamamos “vida”. El lago es ahora de un gris pálido, los montes de un rosa tierno. Esta región parece creada para las expansiones líricas. Aquí, la lengua española, viril y dura, se reblandece. Aquí puede hablarse de amor, sin espantar a los pájaros y al silencio con las ásperas consonantes. Aquí, las mozas cantan fados tristes y suaves. Más allá de aquella montaña, es ya Galicia, con su verdor lavado por las lluvias y sus pastores predispuestos a la poesía. Las orillas del lago están silenciosas y deshabitadas. La vista distingue, con alguna dificultad, algunas cabañas sobre los collados. En el lago pululan peces, sobre el lago revolotean pájaros. Así solían pintar el paraíso los primeros renacentistas. Sólo faltan las rizadas ovejas y los justos. No cabe duda, aquí la gente tiene que ser feliz. Por aquí pasó Unamuno. Escribió unas estrofas inspiradas. El camino llega hasta el lago. Una posada, tortilla y truchas del lago. Un álbum para los visitantes. Una cosa intermedia entre un balneario y el edén.

La carretera transitable no pasa de aquí. Una senda, un burro. Dos aldeas: San Martín de Castañeda y Ribadelago. Nadie va hasta ellas. ¿Para qué van a ir? Allí no hay nada que comprar, ni nada que vender. Un rincón pintoresco y la miseria maldita. Y en España ni una cosa ni otra son excepcionales.

Sin embargo. San Martín puede vanagloriarse de sus bellezas artísticas. Entre las míseras cabañas se levantan las ruinas de un convento. Columnas románicas... Un nicho... Un ventanal... Hace cien años que los sabios monjes abandonaron el convento. Se dieron cuenta de que el hombre no puede vivir sólo de lo bello y se trasladaron a lugares menos poéticos, pero más lucrativos. Los aldeanos no se marcharon. Los aldeanos se quedaron al lado de las ruinas románicas. Pero el monasterio no dejó solamente el rastro de las piedras inofensivas. Dejó también la vieja maldición: el fuero. Antiguamente los aldeanos pagaban todos los años un tributo al convento. Los frailes, al mudarse, vendieron este derecho a un señor completamente mundano. Ni más ni menos que se venden los muebles en una mudanza. Los frailes vendieron el fuero, es decir, el derecho a desvalijar anualmente a los aldeanos. Esto sucedía en el año 1845. Han pasado casi cien años. Muy lejos de aquí, en Madrid, se sucedieron los gobiernos y cambiaron los colores de la bandera. Vino la primera República. Subieron al poder los liberales; tras ellos, los conservadores. En las elecciones, salían triunfantes los distintos partidos. Algunos osados tiraban bombas. Algunos valientes se sometían al suplicio de la horca. El rey distribuía concesiones a los americanos. El rey hacía viajes a San Sebastián, el rey se divertía... Luego, destronaron al rey. El señor Alcalá Zamora pasó unos días en la cárcel. El señor Alcalá Zamora se instaló en el palacio de Oriente. Pero todo esto pasaba muy lejos de aquí, en Madrid. Para venir de Madrid hasta aquí, hay que montar primero en un rápido hasta Medina del Campo; luego, en un correo hasta Zamora; luego, en autobús hasta Puebla de Sanabria; luego, en coche de mulas hasta el lago; luego, en burro, si es que lo hay... ¡Qué lejos está Madrid de esta aldeíta! Aquí, no ha cambiado nada. El agua del lago sigue poniéndose gris y las montañas de color de rosa, igual que antes,

en los atardeceres. Las mozas siguen cantando canciones tristes igual que antes, e igual que antes los aldeanos mandan todos los años a un caballero desconocido, a un fantasma, el fuero, o hablando más claramente: dos mil quinientas pesetas.

Los aldeanos tienen muy poca tierra: un puñado de tierra, que no es siquiera tierra, sino “tierrña”. ¿Qué sacarán de ella? Trescientos treinta habitantes tiene la aldea. Como en todas las aldeas, un sinfín de críos. Aquí, la miseria engendra con la terquedad de los fatalistas resignados. Niños hambrientos. En vez de casas, establos negros, ahumados. Se resiste uno a creer que la gente pueda vivir así toda la vida. ¿Serán fugitivos, víctimas de un incendio? No; son sencillamente españoles contribuyentes. Jamás viene nadie en su socorro. Y año tras año, tienen que entregar a un caballero lejano y desconocido todo lo que consiguen arrancarle a la tierra avara: dos mil quinientas pesetas. ¡Quinientos duros! Quinientos duros para el caballero fantasmal que heredó de su padre, además de otros bienes, el derecho a seguir cobrando el antiguo fuero. El afortunado caballero es abogado. Posee una hermosa casa en la aldea, al lado del convento. No tiene muchos clientes, pero los aldeanos han de pagarle anualmente sus quinientos duros, no porque él los necesite, sino porque conoce bien las leyes y sus derechos...

A los ricos no les sobra jamás el dinero. Todos los años reciben los aldeanos el aviso correspondiente. Mandan el dinero. El señor firma el recibo.

En el mes de abril de 1931, los amantes de la libertad proclamaron en Madrid la República. Y no contentos con esto, declararon en la Constitución que España es una “República de trabajadores”. Claro está que, para evitar malas interpretaciones, se apresuraron a aclarar: “Una República de trabajadores *de todas clases*”. En 1931, lo mismo que en los años anteriores, los campesinos de San Martín pagaron al señor las dos mil quinientas pesetas. Trabajaron todo el año hurgando la tierra estéril. También el señor trabajó lo suyo: al llegar la fecha, se pasó el aviso y firmó el recibo.

Al otro lado del lago está la segunda aldea: Ribadelago. Aquí, los aldeanos no tienen que pagar el fuero, pero no por ello pasan menos hambre. Aquí, hay todavía menos tierra. Unos diminutos sembrados de patatas, que tal parecen huertos de juguete. Los moradores de estas aldeas comen patatas y habas. Procuran comer con medida, para no excederse. Cabañas como gallineros, barracones oscuros sin ventanas. Rara vez encienden los candiles. El aceite resultaría demasiado caro. En cada guarida de éstas, viven seis, ocho, diez personas. Enfermos, ancianos, niños; todos revueltos. Antes había una escuela. Luego, trasladaron al maestro y se olvidaron de mandar otro. Y no notan su falta, pues es difícil tener ganas de estudiar con el estómago vacío.

En toda la aldea no hay más que una casa con chimenea, ventanas y hasta visillos en las ventanas. En esta casa vive el administrador de la señora de V... Sobre esta señora se podrían componer versos. Antaño, el poeta le hubiese cantado: “¡Hermosa eres, poderosa y rica...!”

Yo no sé si la señora de V... es hermosa. Sólo sé que es poderosa y rica. Es propietaria de varias casas de la Gran Vía de Madrid. También le pertenecen las aguas del lago de San Martín de Castañeda. Estas aguas, suavemente plateadas, que despiertan los sentimientos líricos y que, además, son ricas en pescado. La tierra no es de la señora de V... A ella sólo le pertenece el agua. Cuando el agua sube de nivel, crecen sus dominios. Es un rompecabezas jurídico, complicadísimo. Pero el abogado, que es casualmente el mismo caballero a quien los aldeanos del pueblo vecino pagan el fuero, sabe desenredar muy listamente estas sutilezas. A la señora de V... le pertenece el agua con todos sus peces. El pescado del lago es excelente: magníficas truchas. Pero la señora de V... no puede hacer nada con estas truchas. Los portes hasta Madrid son demasiado caros. Y la señora de V... puede pasarse perfectamente sin este pescado, pues un solo piso de uno de sus rascacielos madrileños le rinde mucho más que todo este poético lago.

El administrador de la señora de V... pesca las truchas. A veces, las vende en Zamora o en los pueblos de los alrededores. Vende las truchas al abogado. Las que puede, se las come él mismo. Pero en el lago

hay mucho pescado y los peces pueden pasearse a sus anchas, sin temor a nadie. El administrador del lago se construyó un precioso hotelito. Se convirtió en el cacique del pueblo. Fue hasta alcalde. Vive espléndidamente. Sus derechos están defendidos por los guardas. Los guardas tienen escopetas. Si un aldeano, muerto de hambre, se atreve a pescar de noche, le amenaza con una multa o con la cárcel. En España, a veces, saben hacer cumplir las leyes... Los aldeanos hambrientos pueden contemplar el lago, admirar las truchas azuladas y asalmonadas, admirarlas y conmoverse. Así pintaban el infierno los pintores de la primera época del Renacimiento. No falta detalle. Los pescadores se retuercen hambrientos y desesperados, mientras el diablo está sentado plácidamente en su casita, detrás de los visillos.

Esta mañana llegó a la aldea un médico de Zamora. Es un hombre bueno y candoroso. Asiste gratuitamente a los aldeanos y hasta les ayuda de su bolsillo con cuanto puede. Antes, hacía propaganda aquí para la República. Creía firmemente que la República no se limitaría a trasladar al señor Alcalá Zamora de la cárcel al palacio real, sino que daría también de comer a los campesinos de Ribadelago. Una mujer alta, rodeada de críos, le para en la calle. Tiene el rostro afilado por el hambre y los sufrimientos.

—¿Cómo es, don Francisco —le pregunta la mujeruca al médico—, que la República no ha llegado todavía hasta nosotros?

La ironía española es siempre seria. La ironía literaria del Arcipreste de Hita, de Cervantes, no se diferencia gran cosa de la ironía de cualquier aldeano.

Don Francisco calla. Después de todo, ¿qué va a contestar? ¿Que la República es muy comoda? ¿Que le asusta el viaje burro? ¿O confesar que hace tiempo que la República llegó a estos lugares, pero que se detuvo en casa del administrador de la señora de V..., que tutea al abogado de Sanabria, que entiende mucho de fueros y de truchas y que no es sólo una República, una República como otra cualquiera, sino una República de trabajadores...?

VII

GENEALOGÍA DE LAS TEAS DE MÁLAGA

En el paisaje español no es difícil distinguir la crueldad, incluso el fanatismo. En la aridez, en los peñascales, en la forma en que el viento azota los endebles matorrales o los andrajos de los pobres colgados en las cuerdas, en el rebuznar del burro, en todo aquello que hace de este país una tierra abandonada, olvidada, un páramo sin fin, perdido allá en un extremo del mundo. En este paisaje se inspira la poesía española. En la vecina Francia, sometían los sentimientos al rasero estético, a la pulsación del llamado “raciocinio”. Pero en España, no sólo dejaron libres a los sentimientos, sino que los empujaron a las tempestades del alma, los acostumbraron desde la niñez a la exageración. El tema favorito de la poesía española era la muerte; la novela empezaba por el epílogo. En sus famosas coplas a la muerte de su padre, Jorge Manrique asegura que nuestras vidas son ríos que van a parar al mar, que es la muerte... Jorge Manrique vivió en un país de pequeños ríos, que el calor del verano deja a veces completamente en seco, en un país rodeado de mares. A los españoles se les servía la muerte en todas las formas. Unas veces como un acertijo filosófico, otras como un acontecimiento sugestivo, con todo el realismo característico de los españoles: podredumbre, gusanos, pestilencia de cadáveres... La muerte iba siempre precedida de torturas, y sobre este tema está construido todo el arte religioso español. De la resurrección de los muertos se masculaba en latín; en cambio, los sufrimientos y la muerte se les metían por los ojos a los analfabetos en millares de figuras plásticas. Cristos que se retuercen, cubiertos de úlceras y cuajarones de sangre, como en un “panóptico”, sólo que en serio, para inspirar miedo, para recordar la muerte en plena vida.

En otros países, el catolicismo procuraba convencer, seducir, como en los bosques paradisiacos que pintaban los primitivos italianos. En Francia, se valía de las armas de la lógica y la abstracción. En España, no sabía hacer más que una cosa: asustar, aterrorizar con el fantasma

de las enfermedades, de la agonía y, por último, con el horror del infierno. A los desgraciados campesinos de Castilla, les prometía para después de la muerte otra Castilla igualmente desoladora. Atemorizaba con igual éxito a los pastores y a los reyes. El Escorial es su trofeo.

El director del museo de Sevilla, hombre de gran cultura, me dijo, indignado:

—En Málaga verá usted lo que han hecho aquellos salvajes con las hermosas iglesias.

Se refería a las iglesias quemadas esta primavera. Es un arqueólogo y no conviene juzgar mal de él. Sólo conviene recordarle El Escorial. Hasta ahora, nadie ha quemado El Escorial y es de creer que nadie lo quemará. Es uno de aquellos recuerdos que la humanidad tiene derecho a rechazar. Sin El Escorial, sería difícil comprender la pasión incendiaria de los rebeldes de Málaga.

Luis XIV gustaba de comer bien, de divertirse con sus cortesanas. Pedro el Grande gustaba de fanfarronear y armar estrépito en las asambleas. Los reyes se divertían cada cual a su manera. Carlos V, en las horas de ocio, se acostaba en su féretro, ensayando su muerte. Un inmenso cuartel entre penas salvajes, cuartel edificado para ejercicios espirituales, trapecios religiosos, maniobras en víspera de la muerte. Alrededor, apenas había gente. En los montes cercanos merodeaban lobos hambrientos. A veces, entre dos misas los reyes iban de caza. Perseguían a los lobos y, ¡quién sabe!, acaso ellos mismos aullasen con la misma furia que las fieras acosadas. Mientras cantan los responsos, abajo espera el sepulcro. En lugar de jardín, una cueva. En la cueva, nichos suntuosos. Sobre los féretros, los nombres de los reyes. El guía, al enseñarnos tanta magnificencia, deletrea meticulosamente los nombres. Hay un sepulcro en blanco. El guía explica:

—Este está vacío todavía...

No es una broma, es la simple aclaración de un hecho. A Alfonso XIII le dieron el pasaporte antes de tiempo. Su sepulcro está vacío. Y si muere en el destierro, esta biblioteca monstruosa quedará incompleta.

Los reyes, plegándose a los ejercicios espirituales, vivían prematuramente en sus lujosos sepulcros. En su terror fanático, el campesino esperaba que le llegara la hora de acostarse en la fosa, si no para abonar, por lo menos para aplacar un poco a la malvada tierra.

En ninguna parte ha sido tan inhumano el catolicismo. Las iglesias románicas son de una sencillez conmovedora, en su interpretación del templo como granero repleto de grano... Las iglesias de Segovia y Ávila son, por su estilo, anteriores a la historia de España. Tras ellas vinieron las catedrales doradas, suntuosas, bochornosas, con sus Cristos de cabello natural y tres chorros de sangre. Con sus santos como muñecas, vestidos con falditas de encaje. Con las rosquillas barrocas, la molicie mahometana desplazada de su lugar y toda esa afectación, toda esa exuberancia viciosa del arte, unidas a las amenazas de las rejillas del confesionario y a las torturas de la Inquisición. Los grandes artistas no son nunca fenómenos igualmente aceptables para todos los gustos. Nada tan falso como la nomenclatura de los “clásicos”, impuesta obligatoriamente. El Greco es el gran pintor del catolicismo español, y se hace difícil contemplar sus lienzos sin odio. El Greco reprodujo apasionadamente aquel mundo suntuoso y cruel, que en el mes de mayo quisieron quemar su cerillas los cargadores y pescadores de Málaga. Los Cristos, los apóstoles, los santos de los cuadros del Greco, son refinados masoquistas, snobs afeminados que exponen ceremoniosamente sus pechos a las lanzas. Sus héroes, coronados con el título de “justos”, tienen mucho de parecido con los pederastas de los cafés de París. No en balde esa contorsión de cuerpos, esa tonalidad morbosa, esa geometría del paisaje, sedujeron a los pintores y literatos de los primeros años de nuestro siglo. La decadencia de la cultura se inició en España. Fue aquí donde se formaron los primeros “decadentes”. Los cuadros del Greco y los versos de Góngora anticipan el vacío por donde había de echarse a rodar el arte europeo, para entregarse a merced de los rascacielos neoyorquinos y las novelas-cablegramas.

El Greco no pintó sólo santos; pintó también retratos de pastores de almas. Éstos ya no son masoquistas, sino sadistas; son los hombres

que durante siglos y siglos atormentaron el alma de España. En sus ojos apagados no hay ni alegría ni fe. Sólo brilla en ellos la concupiscencia tenebrosa de mandar, de dominar, concupiscencia que fácilmente se torna en monomanía.

En Málaga había treinta y siete iglesias y conventos. Esta primavera fueron quemados. Quedó en pie la catedral, grande, clara y empalagosa como un salón de baile. En las naves de esta catedral, tuve ocasión de ver verdaderas fanáticas. Pueden rivalizar ventajosamente con los persas, que al grito de *shacsevacse* se hieren a puñaladas, o con los jasidas polacos, que cogen pedazos de pescado del plato del mago Zadig. Pero no son viejas, ni pecadoras con cilicio, ni devotas consumidas por el ayuno. Son vulgares señoritas con las caras intensamente maquilladas, vestidas a la moda y calzadas con zapatitos elegantísimos. Señoritas de las que, al anochecer, se pasean por la calle principal procurando seducir a los comerciantes solteros. Por las mañanas se dedican a rezar. Ahora, rezan con un celo especial. Jamás habían rezado tanto ni de este modo. Es que los ateos han quemado en Málaga las iglesias... Al entrar en la catedral, caen de rodillas. Se pasan las horas muertas con los ojos en blanco, sin moverse. Ponen los brazos en cruz, quizá esperando los estígmata... Se arrastran por las losas, se retuercen como los santos barrocos de los altares. El fuego las echó de las otras iglesias. Han venido a refugiarse todas a esta última guarida. Las custodian guardias armados. Vienen aquí a rezar con sus pesetas depreciadas y su pavor al infierno. Son las biznietas de Felipe II. La alegre Málaga, blanca sobre el mar azul, la Málaga del vino dulce y de los lánguidos veleros, es para ellas tan tenebrosa y tan cruel como el patio de El Escorial.

La catedral no está muy lejos de las casuchas de aquellos mendigos que quemaron las iglesias. Las fanáticas están a unos pasos de las teas y del petróleo. Es un mundo y un día que todavía duran...

VIII

Los Milagros

El turista de otro continente que viniera a explorar Europa como los viajeros europeos exploran el África, podría observar: “España está habitada por dos razas”. Una flaca, agotada, con señales manifiestas de toda clase de privaciones corporales y espirituales: se llama la raza de los campesinos o aldeanos. Van vestidos de muchas maneras. En el Norte llevan boinas o pañuelos atados a la cabeza. En el Sur llevan sombreros de ala ancha, pero en todas partes su indumentaria se distingue por su miseria y, más que traje, es casi siempre un montón de andrajos. La otra raza que habita España se distingue, en cambio, por su buena salud. Es gente colorada, siempre alegre y encantada de la vida. Bebe vino, fuma puros, acaricia a las criadas guapas. Esta gente va vestida de igual manera en toda España, con largas y negras sotas. Se llaman “curas”, que quiere decir sacerdotes.

En las Cortes, el señor Azaña proclamó: “España ha dejado de ser católica”. En la tribuna diplomática se hallaba el nuncio y escuchaba atentamente. Pudo haber suspirado, pues ¿no se acababa de decretar su condena a muerte? Pero, no; el nuncio no suspiró; no hizo más que volverse hacia su vecino y sonreír plácidamente. Tal vez recordaba la historia de la República vecina, tal vez recordaba a Combes, a los “tragacuras”, los gritos injuriosos trocados al cabo de algún tiempo en alabanzas, a la vieja Mariana que volvió a hacerse devota. Aunque quizá se sonriese sin pensar en nada, sin pensar en la historia, sólo por ser una personalidad eclesiástica de España, donde, como ya he dicho, las personalidades eclesiásticas se distinguen por su buen humor.

En Francia, los curas procuran portarse bien ante la gente. Hasta en el tranvía, van leyendo siempre invariablemente su libro de horas. En España, los curas no se cohíben. Entran en las tabernas, fuman grandes puros pestilentes, llamados “mataquintos”, hacen chistes y piropean a las mozas. En la aldea, el cura encuentra en seguida una muchacha guapa y pobre, por añadidura, como abundan tanto en España.

La elegida es su criada. Después de servirle de día, le sirve de noche. Cuando se cansa de ella, toma otra. Cerca de la Alberca, hay un cura que tiene un verdadero harén. Rubicundo y rozagante, el cura trabaja día y noche. Un rato la criada, otro rato la misa, otro rato la huerta, y entre eso, cobrar las misas y leer la epístola de san Pablo, se pasa la vida. Cuando a la muchacha le ocurre algún percance desagradable, la llevan corriendo a Béjar o a Plasencia. Al fruto espúreo lo meten en la inclusa. A la madre no le dan ya trabajo en ninguna parte; ni en una finca de labor, ni en una fábrica. Verdad es que no hay ciudad española donde no abunden las casas públicas, y a la mujer no le falta trabajo. En cuanto al cura, ya habrá tenido tiempo de echarle el ojo a otra.

El Arcipreste de Hita, el genial satírico, relata lo que pasó con algunas autoridades eclesiásticas en Talavera, cuando un obispo demasiado severo les prohibió tomar personal femenino a su servicio: “Nos dirigiremos al rey de Castilla. El sabe que todos somos de carne...”. Uno gemía: “Abandonaré Talavera, me marcharé a Oropesa...”. Sancho Muniés decía maliciosamente: “¿Cómo va a saber el obispo quién es mi criada? ¿Por qué no puede ser mi pariente o una persona recogida por caridad...?”. El de más allá juraba que por nada del mundo dejaría a su querida Horabuena. El Arcipreste escribía esto hace seiscientos años, pero en España son muchas las cosas que viven al margen de la historia. El labriego sigue labrando la tierra con el mismo arado de aquellos tiempos. El mismo burro arrastra los cántaros de agua. Y los alegres curas siguen divirtiéndose con sus criadas, igual que en los tiempos del Arcipreste. Sólo han cambiado los obispos, que son más prudentes y ya no dan órdenes precipitadas.

Sí ¡ya lo creo que viven bien los curas en España! Pero todavía viven mejor los frailes. Los conventos de España no se parecen en nada a los humildes *skitos*. Están creados para todo, menos para la mortificación de la carne pecadora. Tienen el aspecto, si no de palacios, por lo menos de hermosas fincas. En Salamanca hay un convento-rascacielos, por el estilo de un banco de Nueva York. Cuanto más rica es la comarca, más abundan en ella los conventos. Los frailes saben escoger los lugares, no sólo más pintorescos, sino también más lucrativos. A

un pobre le es tan difícil entrar en un convento, como al camello evangélico pasar por el ojo de una aguja. Los frailes dan las tierras en arriendo y colocan el dinero a interés. Tienen acciones en sociedades anónimas y el prior de un buen convento, al abrir *El Debate*, no se interesa sólo por los telegramas del Vaticano, sino también por las cotizaciones de bolsa. No pocas fábricas y minas del norte de España están bajo el control financiero de los jesuitas.

Un convento de jesuitas cerca de Murcia. En la puerta, un cerrojo sólido. El mes de mayo puede repetirse. En el convento había cuarenta frailes. Ahora hay tres. Los demás prefirieron temporalmente el traje seglar y los domicilios particulares. Bastante más que a los discursos del señor Azaña, temen al vulgo anónimo, al petróleo y a las cerillas. Quedaron tres en el convento para regentar los asuntos. Uno sigue enseñando a los niños la palabra de Cristo. Otro vigila a los obreros que trabajan para el convento. El tercero negocia con los campesinos, pues este año, pese a los discursos fogosos de los diputados, el convento dio en arriendo tantas hectáreas y recibió a cambio tantos miles de pesetas

En Madrid quemaron unos cuantos conventos. Algunos frailes se fueron al extranjero a desarrollar una labor diplomática; pero la mayoría sigue desempeñando su labor local: amonestar, enseñar, trabajar el terreno... En Málaga los frailes de los conventos quemados alquilan nuevos locales y abrieron escuelas. No se resignaban, ni mucho menos, a despedirse de una vida secular de hartura y molicie.

Para la gente experta en la vida, el convento es un sanatorio agradable. Yo conocí en Segovia a un fraile. Había sido un abogado rico, famoso por sus juergas y devaneos amorosos. Pero se cansó. “Todo tiene su hora”; dice el Eclesiastés. Ahora, el ex abogado, cansado de los placeres de la vida, se pasea por el jardín, olfatea las flores, estudia los bajorrelieves románicos, lee libros. En la mesa le presentan platos exquisitos y vinos añejos. El hombre descansa y además, naturalmente, reza, y con sus oraciones salva a toda la cristiandad.

Lo que ya no es tan fácil es salvar a España. Para eso no bastan ni la suavidad del nuncio, ni la laboriosidad de los curas, ni las oraciones de los frailes. Contra los incendiarios el gobierno puede echar a la calle los piquetes de la guardia civil; pero ¿quién salvará a España de la falta de fe? Mientras el Estado sostenía a toda la alegre hermandad frailuna, los campesinos iban a la iglesia a deleitarse en la contemplación de las muñecas vestidas de encaje. Hacían, en una palabra, lo que deben hacer unos feligreses formales. Pero he aquí que se habla de que los mismos aldeanos tendrán que mantener a los alegres compadres... Los aldeanos, huraños, se rascan la mollera. En rigor, podrían pasarse sin ellos. La misa no es sal, ni clavos, la misa no se paga. El nuncio sonrío, pero en el fondo de su alma está preocupado. En este momento, empiezan los milagros.

Este otoño, una muchacha llamada Ramona Olazábal, se ha visto honrada con la visita de la Virgen. La Virgen conversó con ella amistosamente y luego, con una espada celeste le marcó las palmas de las manos. Pronto le salieron a Ramona imitadores. Una chiquilla, María Azurmendi, declaró que también ella había visto a la Virgen y que, aunque sin marcarle las manos, le había sonreído y regalado una medalla. Joaquín Muchategui, de nueve años, vio también a la Virgen, que le dijo algo en secreto, algo que él no pudo explicar bien. Tal vez algo sobre el discurso del señor Azaña... O sobre el arriendo de las tierras de los conventos. ¡Quién sabe! Juana Morabel vio a la Virgen con siete espadas, y Juana Laros la vio rodeada de estrellas. Total: que hubo muchos afortunados, pero ninguno dejó atrás a Ramona Olazábal. Sea como fuere, Ramona tenía las palmas rasgadas. Verdad es que los médicos que examinaron a la muchacha declararon que las palmas de las manos habían sido cortadas con un vulgar cortaplumas y que la muchacha padecía de hemiplejía, pero ya se sabe que los médicos son todos unos ateos... A Ezquioga empezaron a acudir docenas de miles de peregrinos.

Tampoco en otras regiones de España se duermen los acostumbrados a darse buena vida. No cabe duda que España entra en un período de milagros, no sólo de visiones, sino de verdaderos milagros. Un auto-

móvil se detiene al borde mismo de un precipicio; un agonizante salta alegremente de su lecho; una bala se aplasta contra la palma de la mano. Los milagros españoles siempre se distinguieron por su realismo. Gonzalo de Berceo escribió, en su tiempo, muchos milagros. Así, por ejemplo: una monja está embarazada y le amenaza un severo castigo. Llega el obispo al convento. La monja le ruega a la Virgen que la ampare. La Virgen no tarda en acudir en su auxilio. Esta vez, no le corta las palmas de las manos. Esta vez, la Virgen se ocupa de cosas más serias. Recibe el niño de la monja, como una buena partera, y luego lo lleva al bosque y se lo entrega a un tal Pedro para que lo cuide. El obispo ordena que unas matronas hábiles reconozcan a la monja. Las matronas aseguran que la monja no está encinta. Entonces, el obispo enfadado, quiere castigar a la priora por haber calumniado a la monja. Para salvar a la priora, la monja se hinca de rodillas y le cuenta al obispo cómo la Virgen le tomó a su hijo. Conmovida, la comunidad se dirige al bosque en busca de Pedro, y al ver al recién nacido en su cunita, prorrumpe en cánticos de alabanzas a la Virgen. Así es un milagro clásico del siglo XIII. Los milagros del siglo XX sólo se distinguen de los del siglo XIII por ser menos fantásticos y más consecuentes. Su mira no es tanto consolar como amedrentar. La Madre de Dios hace llamamientos a los católicos para que acudan en defensa de los derechos de la Iglesia apostólica romana.

En Vizcaya y en Navarra, los católicos hacen propaganda abiertamente para luchar contra la República atea. En Andalucía y Extremadura se ocultan, entre las lamentaciones, preces y cuchicheos femeniles. Pero en todas partes es lo mismo. En la oscuridad de los confesionarios no se murmura sólo sobre los mandatos del apóstol san Pedro y la santidad del ayuno, sino también sobre las intrigas satánicas de los ateos y revolucionarios. Y es que la gente de iglesia es mucho más seria y activa que los periodistas españoles. Éstos sólo cobran unos míseros céntimos por línea; en cambio, los frailes y los curas defienden sus acciones, sus tierras, sus casas y su poderío.

Hace poco, la policía descubrió en una iglesia un depósito de armas de fuego. Por lo visto, el señor Azaña no está del todo satisfecho de la

sonrisa del nuncio. Quiere hacer que el nuncio sea todavía más transigente. La policía sólo encuentra lo que debe encontrar. ¿Cuántos arsenales como éste habrá en España? Se encuentran algunos revólveres; los llevan a los diplomáticos. En los conventos e iglesias siguen trabajando los representantes de la belicosa Iglesia. Preparan los milagros y las elecciones. Cierran las fábricas y abandonan las tierras sin cultivar. Azuzan a las beatas y negocian con la guardia civil. Saben que los destinos del país no se deciden ahora con unas docenas de valientes armados de pistolas. Tienen otras armas y otros arsenales...

IX

LAS HURDES

Salamanca es una ciudad señorial y bulliciosa. En la Plaza Mayor, bajo las arcadas, se pasean desde por la mañana hasta por la noche los estudiantes, los soldados y las señoritas. Los señoritos toman vermut y pican aceitunas. Discuten las declaraciones ministeriales. Se enamoran. Suspiran de gusto, mientras los limpiabotas frotan con la gamuza sus zapatos irresistiblemente lustrosos. Se guiñan unos a otros, pasean en un sentido y en otro, viven en la plaza y en ella envejecen. Por la noche, se encienden los antiguos faroles. Las arcadas toman un aire de misterio, como alcobas. La hermosa plaza achica a todas las bellezas locales. Todos los habitantes de Salamanca están enamorados de ella. No de esta o aquella señorita, sino de la plaza misma, de sus arcadas, de sus faroles, de sus casas antiguas, del paseo, largo como la vida. Bulliciosa y señorial es Salamanca. Las jotas y las erres castellanas resuenan aquí como gritos guerreros. A las bocinas de los autos contestan los sempiternos moradores de las viejas ciudades castellanas, los sufridos burros. Del café llega el sonido de un altavoz. ¿Es un cantar flamenco de Andalucía o un discurso de Alcalá Zamora? Ruidosa y suntuosa es la ciudad de Salamanca. A cada paso se ven palacios del

Renacimiento. Abundan tanto como las tiendas de ultramarinos. Estos palacios pasan aquí por casas ordinarias. Los olvidan incluso las agencias de turismo. En ellos vive gente modesta. En los palacios blasonados, adornados con conchas de piedra, ninfas y fuentes, viven sencillamente, cuando es preciso toman aceite de ricino, cuando hace falta chillan a la criada: “¿Por qué está tan dura la ternera...?”. La Universidad de Salamanca es tan espléndida arquitectónicamente, que no se explica uno cómo se puede estudiar allí patología o derecho civil. Está construida para la contemplación. Sí, Salamanca es la ciudad de los poetas.

El Gran Hotel es una exposición permanente de objetos antiguos. La comida se compone de diez platos. Camareros distinguidos, charlestón. ¿Quién se atreve a decir que España es un país atrasado? Es un país lleno de bienestar, hasta de molicie... La gran plaza zumba, gira, canta.

Los aficionados al alpinismo pueden ir a la Peña de Francia, que está muy cerca. Cien kilómetros por una calzada magnífica. ¡Ya estamos en el puerto! Ante los ojos se abre el infierno. Es un esfuerzo de la naturaleza por reproducir todo lo duro y cruel que atormenta al hombre en sus horas de insomnio. Una bajada brusca por un desfiladero agreste, pelado. Alrededor, más montañas. Ni árboles, ni hierba. Ni huellas de seres humanos. ¿Adonde, entonces, conduce esta magnífica carretera? ¿Tal vez a un refugio para los turistas snobs que buscan la soledad? ¿O acaso sencillamente al infierno? Unos kilómetros más. Unas cabañas. Aquí vive gente...

La carretera conduce a la región llamada Las Hurdes. Los españoles pronuncian este nombre de mala gana, con una confusión manifiesta. Por lo visto, Las Hurdes no armonizan bien con los rascacielos de la Gran Vía, ni con los discursos de las Cortes. Pero no hay que darle vueltas; Las Hurdes son España. Las Hurdes comprenden dieciocho aldeas de Cáceres, limítrofes con la provincia de Salamanca. Hace unos años, eran muy pocos los que sabían que existían Las Hurdes. Ninguna carretera transitable unía Las Hurdes con el resto de España.

Los exploradores que se aventuraban a ir por allí, lo hacían con las mismas precauciones que los que visitan el África central. Los habitantes de Las Hurdes se morían silenciosamente de hambre y de enfermedades. Sus gemidos no llegaban hasta la vecina Salamanca Eran enfermos y seres raquíuticos; no interesaban, por tanto ni a los recaudadores de contribuciones ni a las zonas de reclutamiento. Por desgracia, un buen día el rey, afanoso de popularidad, decidió visitar Las Hurdes, como aquel que echa una limosna al tullido. El caballo del rey relinchó lastimeramente al franquear el puerto. Cuando el rey vio a sus leales y desconocidos subditos, también suspiró... Le aguardaba una noche entera en el infierno. Como un vagabundo sin abrigo, el rey no tenía dónde pernoctar. No se atrevía a entrar en las lóbregas y pestilentes covachas. Dispusieron especialmente para el rey una tienda de campaña, en el cementerio. Este lugar le pareció al rey el más habitable de Las Hurdes. Probablemente tenía razón...

Después de la visita regia, empezaron a hablar en Madrid de Las Hurdes. Se formó una “Sociedad Protectora de Las Hurdes”, con unos estatutos tan nobles como los de la Sociedad Protectora de Animales. Construyeron la carretera. Por encima de las aldeas, y algo apartado de ellas, con preferencia en el alto de los montes para evitar una vecindad demasiado maléfica, levantaron unas casitas blancas y bonitas para el maestro, el cura y el médico. Los aldeanos siguen alojándose como antes, en casuchas lóbregas de adobes. Duermen todos revueltos, calentándose unos a otros, sin calefacción, sin aire, sin luz, pero encima de ellas hay unas casitas europeas con este rótulo: “Sociedad Protectora de Las Hurdes”. Los blancos no se conducen de otro modo en los rincones más apartados del África.

Dos terceras partes de los habitantes de Las Hurdes están marcados con el estigma de la degeneración. Entre ellos, hay muchos con bocio. Los hurdanos se distinguen por su poca estatura y su debilidad. Los niños se desarrollan muy lentamente. A los diez años, no se les echarían más de cuatro o cinco. Las mujeres no alcanzan la pubertad hasta después de los veinte años. Luego, de repente, envejecen. En Las Hurdes no hay adolescentes ni personas de edad madura. No hay más

que niños y viejos. Niños hay muchísimos, descalzos, casi desnudos, incluso en invierno. He aquí una niña cargada con un recién nacido de piernecitas arqueadas, semiazules. ¿Se morirá?... Dentro de un año, vendrá otro nuevo.

Arriba, en la casita blanca, vive el médico. Aquí tiene un campo magnífico para estudiar todas las clases de degeneración; lo que no puede es auxiliar. ¿Cómo curar a los hambrientos? El secreto de Las Hurdes es sencillísimo. La gente vive y muere pasando hambre, de generación en generación. La tierra carece de cal. No hay abonos. El arbolado es escaso, los olivos y los castaños pertenecen a los labradores ricos de la aldea que está al otro lado de los montes: la Alberca. Los hurdanos comen un puñado de habas, a veces un mendrugo de pan, a veces bellotas. Y como todavía no se ha descubierto la medicina contra el hambre, el médico observa y lleva la estadística. No menos difícil es la labor del maestro. Los niños le tienen querencia a la escuela. En la escuela hay luz y calor. Los niños acuden a la escuela descalzos, desde las aldeas vecinas, de cinco a ocho kilómetros. El maestro comprueba el desarrollo mental de los niños. Tiene tablas, diagramas, números. “Dime, ¿qué representa este cuadro...?”. El maestro hace números, saca la media y se encoge de hombros. Según sus cálculos, un niño hurdano de doce años corresponde a uno normal de tres. Los niños procuran estudiar con aplicación; hay entre ellos muchos muy capaces, pero se pone de por medio el dolor de estómago, sudor, escalofríos, calambres, todas las señales del hambre más vulgar. Es inútil llamar al médico. El diagnóstico es clarísimo:

—Entre mis alumnos, apenas he encontrado uno que una vez en su vida haya comido hasta hartarse...

Las cartillas corrientes, como en todas las escuelas del mundo. Las cartillas empiezan así: “Su majestad el rey es nuestro bienhechor...”. Luego, unas páginas más adelante: “La República española es nuestra bienhechora...”. Las cartillas son las mismas. En Madrid se ha hecho la revolución. El maestro, obediente, cambió los textos de caligrafía.

Aparte de esto, no ha cambiado nada. Los niños vuelven descalzos a sus casas, pisando sobre las piedras frías. Chozas ahumadas. La madre se retuerce en interminables partos. Dos patatas, algunas castañas robadas, y a tenderse a dormir sobre la tierra.

La niña sigue cargada con la criatura. Todavía no se ha muerto. Mira al mundo hostil, con una insensatez concentrada. No sabe todavía que es un hijo de una región maldita. Pero este anciano lo sabe. Nos introduce en su casa. No se ve nada. La respiración se hace difícil. Sin embargo, es la mejor choza de la aldea. Hasta tiene sus provisiones: un cesto de bellotas. El viejo está tranquilo. Su negocio está resuelto. Se comerá las bellotas, y luego a morir... El cura de la casita blanca no pierde el tiempo. Puede estar satisfecho de su parroquia. El no enseña ni cuida a los enfermos. No hace más que cantar responsos...

Los infelices miran el automóvil con terror e ilusión. No les trajeron ni pan ni salud. Se retiran de nuevo a sus chozas. Sólo la niña no consigue todavía tranquilizarse. No aparta los ojos de los forasteros. ¿Qué edad tendrá? ¿Diez años? A lo mejor, dieciocho... El recién nacido cerró sus ojos azules. Alrededor, montes majestuosos. Aquí la naturaleza se burla de la insignificancia del hombre. Le enseña su superioridad. ¡Qué alturas, qué precipicios! ¡Qué vértigo! No da nada al hombre. Todavía está libre de él. La gente, asustada, se desliza a sus montoncitos de adobes. Sabe que nadie le ha de prestar socorro. Al otro lado de las montañas viven los dichosos. Los que tienen olivos, pan, pesetas, rey y República. Les gusta divertirse. Por eso construyeron la carretera, para venir a mirar a los habitantes de Las Hurdes como a unos bichos raros. Llegan y vuelven a marcharse. Pero los habitantes de Las Hurdes no van a ninguna parte. Como antes, el lugar más habitable de Las Hurdes es el cementerio.

La niña quedó atrás, con la criatura azulada. ¿Habrá muerto ya? El automóvil, trepidando, se precipita carretera adelante. Salamanca. Una plaza alegre. El Gran Hotel. Música. “¿Dónde han estado ustedes hoy? ¿En Las Hurdes?” No de esto no se habla en la buena sociedad. Esta tarde, en el cine, dan una nueva película americana.

X

¿QUÉ ES LA DIGNIDAD?

La terraza de un gran café en la Gran Vía de Madrid. La una de la madrugada. Han terminado los espectáculos. El público empieza a reunirse; es el público que se llama “distinguido”: comerciantes, abogados, periodistas, señoritos. Alrededor de las mesitas, revolotean los vendedores de periódicos, los limpiabotas, los mendigos. Solícitos, buscan el sustento. Una mujerona, morena, vende billetes de lotería. “¡Mañana se sortea!” Otra mujer le trae un niño de pecho. La vendedora de lotería coge tranquilamente una silla, se desabrocha la blusa y se pone a amamantar al niño. Es una mendiga. En las mesas se ven caballeros elegantes. Los camareros de los cafés de París se hubieran echado sobre la mendiga, como una jauría furiosa. En Berlín, su comportamiento parecería tan inaudito, que la someterían a un psiquiatra. Pero, ¿aquí? Aquí la cosa parece lo más natural del mundo. Después de dar el pecho a su hijo, la mendiga vuelve a su trabajo: “¡Mañana se sortea!”.

No hay que creer que este sentido democrático de la vida española haya nacido de la burguesía. No, nada de eso; ha nacido a pesar de ella. El burgués español adora la jerarquía, ni más ni menos que sus hermanos extranjeros de clase. Sabe perfectamente que un duro vale cinco veces tanto como una peseta, y su religión está estrechamente enlazada a las matemáticas elementales. El burgués español querría, muy de buen grado, trazar una línea divisoria entre sí mismo y el pueblo, pero no puede. Tampoco puede hacerlo el Estado. Una red sutilísima de leyes antiguas, una tupida telaraña de preceptos: todo está combinado para ensañar al campesino analfabeto, pero el llamado “pueblo”, esclavizado pero no humillado, impide que se trace esa raya divisoria.

Un señor, abogado del Estado, tramposo en el juego por herencia, va hoy de Segovia a Madrid. El maletero le lleva el equipaje, un equipaje

adornado con escudos sospechosos. Ayer, este señor le sacó el dinero a un primo. Hoy, le da una peseta al maletero. El maletero, en lugar de mascullar las gracias, sonríe y extiende la mano: “¡Feliz viaje!”. Al abogado no le queda más remedio que aceptar el saludo. En Madrid, un mendigo se acerca al señor Sánchez. El señor Sánchez gesticula: “No llevo suelto”. El mendigo se toca cortésmente su sombrero roto: “¡Dispense que le haya molestado!”. Sánchez se pone a leer *El Sol* en el parque municipal. A su lado, un obrero masca un chorizo: Sánchez tuerce el gesto. ¡Vaya una vecindad! Entonces, el obrero le ofrece cortésmente: “¿Usted gusta?”. En sus adentros, el señor Sánchez no aprueba de ninguna manera aquella familiaridad, pero nació y creció en España. Por lo tanto, puede reconciliarse con ella. Nadie está dispuesto a humillarse ante él. Podrán pedirle una perra. En ocasiones, llegarán incluso a asesinarle, pero arrastrarse a sus pies, eso, nunca. Aquí, la pobreza no ha llegado todavía a ser un deshonor. El burgués francés supo inculcar su moral a sus enemigos más irreconciliables. El pobre en Francia se avergüenza de los agujeros de sus pantalones, del brillo hambriento de sus ojos, de pernoctar en un banco de los bulevares. En España, el pobre rebosa dignidad. Tiene hambre, pero es orgulloso. El fue quien obligó al burgués español a respetar sus andrajos.

Tengo la pluma áspera y muy mal carácter. Estoy acostumbrado a escribir de todos esos fantasmas, tan viles como miserables, que gobiernan nuestro mundo. De los Kreigers imaginarios y los Olsons vivos. Conozco bien la pobreza humillada y envidiosa. En cambio, no encuentro palabras para cantar como se merece la pobreza noble de España, la de los campesinos de Sanabria, la de los jornaleros de Córdoba y Jerez, la de los obreros de San Fernando y de Sagunto, la de los desamparados que en el Sur cantan canciones lastimeras, la de los pobres que en Cataluña bailan las gentiles sardanas, la de los que, desarmados, hacen frente a la guardia civil, la de los que se hacinan ahora en las cárceles republicanas, la de los que luchan y sonríen, la del pueblo, en fin, pueblo severo, valiente, cariñoso. España no es Carmen, ni son los toreros, ni es Alfonso, ni Cambó, ni la diplomacia de Lerroux, ni las novelas de Blasco Ibáñez, ni todo lo que el país expor-

ta al extranjero junto, revuelto con los chulos argentinos y el “málaga” de Perpiñán. No, España son veinte millones de Quijotes andrajosos y un montón de rocas estériles, aleado todo con una amarga injusticia. España es las canciones tristes como el murmullo del olivo seco, el zumbido de los huelguistas entre los cuales no hay un solo esquírol. España es la bondad innata, el amor al prójimo, la caridad. España es un gran país que supo conservar el ardor juvenil a pesar de todos los esfuerzos que hicieron para apagarlo los inquisidores, los parásitos, los Borbones, los caballeros de industria, los pasteleros, los ingleses, los matones, los mercenarios y los chulos blasonados...

Los campesinos y obreros españoles son psicológicamente mucho más delicados que los más finos moradores de las capitales europeas. La exhibición humana, esta baja obligatoria de nuestra vida contemporánea, les repugna. No miran, no disputan; acuden en auxilio del necesitado llanamente, como por casualidad. En España no existe el subsidio del Estado para los obreros sin trabajo. El ministro del Trabajo, socialista, está demasiado ocupado con estadísticas y proyectos. Mientras tanto, el número de los parados va en aumento. ¿De qué viven los obreros que no trabajan? Viven gracias a la ayuda de sus compañeros, que de su mísero jornal ceden siempre un poco para los que aún son más desgraciados que ellos. En Barcelona, los pisos son espaciosos y los salarios muy bajos. Por eso viven varias familias en cada piso. Los que trabajan reparten con los parados. En las aldeas de Extremadura, el jornalero da la mitad de su pan al compañero sin trabajo. Y esto se hace callando, sin que nadie se entere. En Madrid los señoritos se preguntan asombrados: “¿Cómo no se han muerto ya de hambre los sin trabajo?”. Para sacar a un burgués de Berlín cinco marcos para la sopa de los pobres hay que mentarle la Biblia y a Brüning, hay que halagarle: “Tiene usted un corazón noble”, hay que prometerle: “Contaremos en el periódico su rasgo generoso”, hay que echar mano de la filosofía: “Si no tienen ni una mala sopa, empezarán a asaltar las tiendas...”. Lo extraño es que un tipo de esta clase y un campesino de la aldea de Olivenza que mantiene a la familia de un compañero sin tra-

bajo, ocultando su sacrificio incluso a los vecinos, puedan designarse con la misma palabra arcaica: “hombre”.

“Un duro”. Esta palabra hace latir violentamente los corazones de todos los funcionarios de Madrid, de todos los viajeros de Barcelona; pero los aldeanos y los obreros españoles son indiferentes al dinero. Las grandes carreteras no acabaron aquí con la hospitalidad. El campesino francés jamás deja entrar en su casa a un forastero. Si le ofrece un vaso de vino, ya es una taberna, y por lo tanto exigirá lo que ese vaso de vino valga en la ciudad más próxima. Si obsequia con queso, es que ha leído en la gacetilla local que ese queso es la especialidad de la región y muy rebuscado por los parisienses. El turista puede entrar en cualquier cabaña desde Galicia hasta Almería; en todas le recibirán con una sonrisa acogedora. Le darán cuanto tengan: pan, hortalizas, fruta. Si ofrece dinero, producirá confusión, a veces ofensa. Quisimos pagar unas manzanas a un habitante de Sanabria. Para él una peseta es una suma considerable. No tiene con qué comprar ni sal ni aceite. Pero miró nuestra moneda y se indignó. El sonido de la plata no ahoga todavía en sus oídos la voz humana. Otro aldeano, cerca de Murcia, nos trajo al auto un puñado de naranjas. No era un aldeano rico, era un pobre viejo que poseía unos cuantos árboles y trabajaba para su vecino por tres pesetas diarias. Sin embargo rehusó el dinero sencilla y majestuosamente. Una mendiga en Granada me ofreció un pedazo de morcilla de cebolla. En Algeciras un limpiabotas me regaló un cigarrillo. Un golfillo desharrapado de Madrid me obsequió con un caramelo y una sonrisa. Toda esta gente sabe que una sonrisa es más importante para el hombre que una peseta.

Los holgazanes de Madrid, sentados en sus cafés, se lamentan del amargo sino de España. Os dirán que el país parece porque los campesinos y obreros no quieren trabajar... ¡La maldita pereza heredada a través de siglos! No hay necesidad de molestarse en desmentirlo. El mismo Madrid lo desmiente, lo desmienten la misma vida de los holgazanes, sus cafés, sus bancos, sus palacios. ¿Con qué ha sido creado todo eso? ¿Con qué, sino con la tenacidad de los campesinos, que arrancan pan de las peñas, sin abonos, sin máquinas? ¿Con qué, sino

con el arte de los obreros, que en fábricas arcaicas, entre ingenieros analfabetos y gerentes ladrones, se esfuerzan en fabricar artículos para la exportación?

Es inexplicable cómo puede trabajar un jornalero de Extremadura sin más alimento que el que los médicos prescriben a los gordos ricos como “régimen de hambre”, pero prohibiéndoles todo movimiento y todo esfuerzo.

Los españoles trabajan activamente, pero sin la nerviosidad americana. Hasta en el trabajo conservan su dignidad. Ford instaló en Barcelona unos talleres de montaje, con su famosa “cadena sin fin”, pero los obreros no quisieron trabajar con Ford. Un obrero calificado de Barcelona cobra siete u ocho pesetas diarias. Ford paga quince, pero en su fábrica no hay ningún obrero del sindicato profesional. Sólo hay parias reclutados en el “barrio chino”. Los obreros españoles aman su oficio. Son excelentes torneros, zapateros, bañistas. En el trabajo buscan la creación. Unas pesetas más o menos no les seducen tanto como la libertad.

El derecho al descanso se considera aquí tan necesario y natural como el derecho al aire que se respira. He aquí a un zapatero: ha trabajado varias horas; ahora está sentado en su puerta y escucha... Escucha cómo canta una muchacha cargada con un cántaro, escucha el rebuznar del burro, escucha el alboroto de los chiquillos. Llega un cliente. Hay que poner medias suelas. El zapatero pregunta a su mujer: “¿Tenemos comida para hoy?”. Al enterarse de que tienen pan y habas, el zapatero envía al cliente a otro zapatero que está descansando. Un mozo de equipajes de Sevilla, después de llevar un baúl, recibió su propina. “Si lleva usted otro, le daré más.” El maletero se niega. Para hoy, ya tiene bastante. Que gane ahora su compañero. Para míster Ford, estos hombres, si no son locos, son unos criminales. No quieren trabajar porque son imbéciles. No entienden que el secreto de la vida está en el ahorro. No se preocupan del día de mañana. Entre los obreros españoles, estos tipos son corrientes. No son perezosos; tampoco son arribistas. Son gente que sabe vivir incluso pasando hambre. Los jornaleros de Anda-

lucía contratan meticulosamente su derecho al tabaco. No quiere decir, claro está, que los obreros de Andalucía fumen puros. No tienen ni para cigarrillos. Se trata sencillamente de quince minutos de descanso, lo que se tarda en echar y fumar un cigarro. Es el derecho, no sólo a trabajar para la prosperidad del señor conde o del señor marqués, sino de tenderse sobre el suelo varias veces al día, mirar a lo lejos o simplemente respirar...

El valor, esta virtud histórica del pueblo español, sólo se conserva entre los obreros y campesinos. A la primera señal de peligro, el rey huyó al extranjero. Los generales, héroes de la guerra marroquí, mueren viejos en los lechos caseros. Los patriotas de Cataluña juran que están dispuestos a morir por la patria, pero lo que en realidad hacen es ganar dinero negociando con Madrid. Antes negociaban con Primo de Rivera; ahora negocian con la República. Los periodistas organizan en los cafés conspiraciones inofensivas pero ponen a salvo la pelleja, asegurándose con buenas relaciones. Sólo los obreros y los campesinos saben morir. Los fusilaba la guardia civil del rey. Los sigue fusilando la guardia civil de la República. Pero ellos saben avanzar contra los fusiles alzando las manos inermes.

Madrid. Septiembre. Una manifestación. Un comunista pronuncia un discurso subido en el zócalo de una casa. Es un obrero. Le escuchan los vecinos del barrio de Cuatro Caminos, obreros y artesanos. Suenan disparos... El orador continúa hablando. La muchedumbre continúa escuchando...

Apenas pasa día sin que los periódicos comuniquen: “En Gijón los obreros se negaron a dispersarse. Un muerto, dos heridos. En la provincia de Granada, una colisión entre la guardia civil y los campesinos: tres muertos. En Sevilla, dos... En Bilbao, cuatro... En Badajoz, uno...”.

Disparan. El obrero sigue hablando. Los demás siguen escuchando. Una vieja canción española canta el valor. Pero eso era antaño, cuando la temeridad loada por los trovadores no se reducía todavía a los torneos celebrados en honor de esta o aquella dama o en homenaje al rey.

La vieja canción española dice: “Mi ornato son mis armas, mi descanso es la pelea, mi lecho las piedras, mi sueño siempre el velar...”. Esta canción tienen derecho a cantarla hoy no los salteadores de la guerra de Marruecos, ni los héroes de la República que negociaron con Alfonso su viaje de Madrid a París; tienen derecho a cantarla los campesinos y obreros, los sindicalistas y los comunistas. Verdad es que éstos no tienen aún armas con que “adornarse”. En cambio, hace tiempo que su lecho son las piedras duras, y amando el descanso demuestran ahora que su “descanso” puede resultar muy peligroso para el sueño mullido de la República.

XI

EXTREMADURA

Sería difícil decir qué provincia española es la más pobre. Donde la tierra es fértil, los campesinos carecen de tierra, y allí donde la poseen, no es tierra, sino piedras. Pobre es la severa Castilla, con sus rocas peladas como el destino, con sus minúsculas aldehuelas olvidadas por todos, con sus nombres altisonantes y sus pucheros de garbanzos. Pobre es Andalucía, a pesar de su sol y de sus olivos, a pesar de las viñas y del mar. Pobre como un país arrasado por los invasores, como una casucha donde lo embargaron todo, todo, hasta el último trasto. En vez del garbanzo de Castilla, aquí comen el gazpacho, agua con un poco de aceite y unos mendrugos de pan ablandados. He ahí la comida y he ahí la cena. Pobres son también Aragón y la Mancha. Es difícil rivalizar con ellas en punto a pobreza. Y, sin embargo, me parece que aún es más pobre la vasta y triste Extremadura. Realmente, es una región “extrema” y “dura”, abandonada. Hasta allí no llegan todavía ni las caravanas de turistas ni los agitadores de la Confederación Nacional del Trabajo, de Barcelona. Allí siguen creyendo todavía que los rusos llevan barbas de boyardos y que los socialistas son verdaderos revolucionarios. “Extremadura”... ¡Está tan lejos del mundo! ¡Nombre

triste, país triste! En Cáceres, hay magníficos palacios. Son los palacios de los terratenientes. Se ven pórticos florentinos, surtidores árabes, faroles venecianos. El propietario de esta villa posee diez mil hectáreas de tierra. Es un caballero distinguido y un cazador apasionado. Suele venir aquí todos los otoños a cazar perdices. En abril, después del cambio de régimen, se trasladó de Madrid a París. Ahora es la época de la caza, pero el patio está oscuro, herméticamente cerradas las ventanas y el surtidor no canta. El caballero está ausente, el caballero está en Francia. Ha exportado allí bastantes pesetas, y, con dinero, hasta en Francia se encuentran verdaderas perdices vivas. Los palacios de Cáceres se quedaron desiertos. Sus administradores se encargan de girarles las rentas a los terratenientes al extranjero. En cuanto al clima, estos señores no son muy exigentes. Pueden invernar perfectamente en Biarritz.

Al lado de los palacios, los conventos. Uno tras otro. Toda una ciudad de conventos. Los frailes saben que Extremadura no es tan pobre como parece. ¿Por qué ofender a Dios? En Extremadura hay bosques de corcho, en Extremadura hay magníficos campos, Extremadura es célebre por su cría de cerdos. El jamón serrano es apreciado por los glotones del mundo entero. Los frailes en España no brotan en todas partes; brotan sólo al lado de la riqueza. Como los gorriones el trigo al lado de las cuadras, picotean el oro. Los frailes no se marcharon de Cáceres. Reforzaron los cerrojos de las puertas, cuchichearon amistosamente con el capitán de la guardia civil, pasaron unas cuantas noches inquietos, pero ya han tenido tiempo de tranquilizarse.

La ciudad es, sin duda alguna, una ciudad fastuosa. Encierra joyas artísticas como la catedral, algunas casas del Renacimiento, las antiguas fortificaciones. Pero, ¿vale la pena hablar del resto? ¿Aunque sea del agua? En Cáceres no hay conducción de aguas. Mañana y tarde, mujeres, muchachas, niñas, tienen que bajar a buscar el agua con cántaros. La ciudad está en un alto, el agua abajo. Las mujeres llevan el cántaro en la cabeza. Es muy pintoresco, y muy pesado. Huelga decir que la esposa del señor Torres no anda con el cántaro encima de la cabeza. Tiene sus criadas. El señor Torres está convencido de que la

cabeza de su criada no tiene otro objeto que servir de peana al cántaro. El agua de Cáceres no sólo está muy lejos, sino que además es de pésima calidad. En Cáceres, el tifus es crónico. Los señores beben agua mineral o se arreglan con vino. En cuanto al “pueblo”... Pocos son los que se mueren de malaria en España. El tifus no es peor. Además, en Extremadura hay demasiada gente. En el mismo Cáceres hay treinta y cinco mil habitantes, y miles de ellos sin trabajo. Estos ya no mueren de tifus ni de malaria, sino sencillamente de hambre.

Los turistas van a Sevilla y a Granada. A nadie se le ocurre venir hasta Cáceres. Y, sin embargo, difícilmente se encontrará en España una ciudad más fantástica que ésta. Vista desde abajo, parece una decoración teatral. Las casas se montan unas sobre otras, formando un anfiteatro. Por las calles abruptas trepan muchachas esbeltas con sus cántaros. Hombres con sombreros anchos yacen tumbados sobre las piedras. Aquello no es vida, aquello es una pantomima. Es decir, mirando la ciudad desde abajo... Y, realmente, ¿vale la pena subir hasta arriba, donde los bellos cántaros se convierten en charcos de microbios, donde las pintorescas casitas, vistas de cerca, resultan ser tugurios llenos de la más negra miseria; donde los nobles comparsas, tumbados perezosamente sobre las piedras, no son otra cosa que los sin trabajo, que ven pasar los días sin auxilio, sin esperanza, condenados a una muerte segura?

¡Qué pródiga es España en estas decepciones! Cada época contempla la comedia humana a su manera. En unos lugares, suena el aplauso; en otros, los silbidos. El viajero del siglo pasado veía la miseria, pero sólo le conmovía cuando se le aparecía sobre el fondo de un paisaje exquisito. En cambio, volvía púdicamente la cara ante los *slums* de Londres. Sabía que Dickens era un moralista. En España descartaban la moral, contemplaban en los cuadros de Murillo la vida real y admiraban los andrajos del pordiosero como una riqueza de museo. Lo que a ellos les emociona, a nosotros nos da ganas de silbar. Cuanta más bella es la tierra, cuanto más armonía interior respira, cuanto más esbeltas son sus mujeres, cuanto más rica en perspectivas arquitectónicas, en bosques de olivos, tanto más nos indigna su miseria insoporta-

ble. El señorito, al divisar una mujer en la calle, exclama como por rutina: “¡Te quiero, preciosa!”, y pasa a su lado, indiferente. Es vergonzoso pagar el tributo a la belleza de Extremadura con un piropo semejante. Aquí hay cosas dignas de amor, pero también dignas de odio...

El viaje de Cáceres a Badajoz es un viaje larguísimo. El tren para en pleno campo. Cambio de tren. Hay que esperar dos horas. En lugar de estación, una choza. Al lado de la choza, una enorme chumbera como un ántrax morbosos, dos burros, una fábrica abandonada. En el andén, unos chicos descalzos y un anciano loco. Y sobre todo esto flota un hastío atroz. Se acercan dos perros. Descargan sobre ellos una ducha. El loco grita como un gallo. Los chiquillos encuentran una manzana podrida. ¡Qué fiesta! No recuerdo el nombre de la estación. No es más que una choza perdida en Extremadura...

Badajoz es la frontera de Portugal; pero Badajoz es aquel rincón perdido de Gogol, de donde, “aunque galopes tres años seguidos, no llegarás a ningún Estado”. En Badajoz se publican varios periódicos. El más avanzado es *La Voz Extremeña*. En este periódico, el folletín de batalla es: *Veinte años después*, de Alejandro Dumas. Este periódico trae una información exacta de los acontecimientos mundiales: “La esposa del respetable comerciante don Cecilio Alcalá Bencalle, doña Servanda Rodríguez, dio ayer a luz un hermoso niño. El distinguido comerciante don Luis Pérez Alvarez se halla enfermo de gripe, aunque afortunadamente leve... El respetable señor don Juan Retanel, director del Banco Español de Crédito, se fue ayer a Zafra... Ha llegado nuestro querido amigo don Laureano Calzado, director de la cárcel de Alcocer. Le deseamos, así como a su bella esposa, doña Avelina, una grata estancia entre nosotros”. Muchos dones y doñas que enferman, curan y casan. El periódico está repleto de estas interesantes noticias. Se puede añadir todavía la sección literaria. Después de la novela de Dumas, aparece la crítica de *La gente pobre*, de Dostoievski. “Este libro nos permite entender mejor el carácter asiático de la Rusia de los soviets.”

El diputado por Badajoz es una persona culta. Desde luego, no vive en Badajoz, vive en Madrid. No obstante, podría pasar por un auténtico extremeño. Estuvo en Moscú y publicó un libro sobre su viaje. Este libro ha sido leído, no sólo en Badajoz, sino en toda España. En este libro describe toda clase de maravillas. Por ejemplo, en Moscú vio a los popes. Todos ellos llevan luengas barbas. El autor, observador y perspicaz, declara: “En Rusia los popes son judíos...”. Sí, ¡qué lejos está Moscú de Badajoz!

Extremadura no es ni Cáceres ni Badajoz. Toda Extremadura es una aldea. Basta olvidar la significación habitual de algunas palabras. Al llegar a una aldea de Extremadura, no se puede adivinar de ninguna manera que es una “aldea”. Olivenza tiene doce mil habitantes. Don Benito llega a los cuarenta mil. En estas aldeas hay de todo, hasta un casino para los empleados y tenderos locales. Hay de todo, menos tierra. Ni vegas ni huertas. Estas aldeas están pobladas de labriegos. La tierra pertenece a distintos marqueses y condes, que viven en Madrid o en el extranjero. Las fincas tienen el tamaño de municipios. El duque de Hornachuelos, por ejemplo, posee cincuenta y seis mil hectáreas de tierra virgen. El duque es aficionado a la caza. Los campesinos no tienen ni monturas. Han de alquilar su alojamiento, por el que pagan veinte y cuarenta pesetas al mes. Apenas alborea el día, salen de la aldea para llegar al trabajo antes de que se levante el sol. A veces, la tierra de labor está a diez kilómetros de la aldea. Con cierta fantasía, podrían organizarse de esta manera los trabajos forzados. Así está organizada en Extremadura la vida en las aldeas.

Olivenza. Gran gentío en las calles. Los hombres, con sombreros anchos y camisas rojas y azules, agrupados en las esquinas, esperan... Un forastero podría creer que es día de fiesta. En realidad, es una huelga. Los patronos quieren que los jornaleros trabajen, no “de sol a sol”, como antes sino “desde el alba hasta la noche”. Entre el alba y la salida del sol media una hora. Otra hora entre la puesta del sol y la noche. La fórmula es poética: “Desde el alba hasta el crepúsculo”, en lugar “de sol a sol”; pero, traducido al lenguaje llano, esta poética fórmula quiere decir: dos horas más de trabajo al día. Los huelguistas,

huraños, tiesos en las esquinas de las calles, esperan... Es difícil saber lo que esperan. Tristemente, se hurgan los dientes con palillos, pero eso de comer, hace tiempo que no lo han hecho. Los patronos también usan palillos, pero antes de los palillos despacharon una comida suculenta. Los patronos pueden esperar mucho más fácilmente el fin de la huelga...

En Olivenza hay 800 jornaleros sin trabajo. A éstos les ayudan sus compañeros. Ahora, los compañeros están en huelga. Pasan hambre los huelguistas y pasan hambre los sin trabajo. El alcalde de Olivenza es socialista. Pero no es un político de Madrid. Es un hombre de confianza de los jornaleros. Sin embargo, no puede hacer nada en su ayuda. El gobernador no da ningún subsidio. El gobernador prohibió que se gravase a los comerciantes con un tributo a favor de los sin trabajo. El gobernador telegrafía al alcalde: “Es necesario que termine la huelga”. No es un consejo a los patronos, no; es una orden a los jornaleros. En Olivenza no hay más que ocho guardias civiles, pero los extremeños son fatalistas, y se están esperando tranquilamente a ver en qué para la cosa. En la vecina Andalucía saben pavonearse, mentir, bromear. Los andaluces son los actores cómicos de España. Extremadura es silenciosa y parca en gestos. Aquí cantan a veces canciones tristes, pero más a menudo callan. Ocho guardias civiles vigilan como cancheros a los prisioneros de Olivenza. En la escuela hay un fraile. Viste de seglar. Con una sonrisa dulzona, me dice: “Aquí no tienen de qué quejarse. Aquí se vive bien...”.

Margarita Nelken representa en las Cortes a Extremadura. Es una escritora de vanguardia y socialista. Ella misma me confesó: “Me veo obligada a recurrir a todos los medios para contener a los campesinos, que quieren sublevarse”. En Badajoz conversé con uno de los socialistas locales. Es un pequeño empleado. Vive mal y por las noches se dedica a estudiar esperanto y a leer *El Capital* en edición popular. Éste me dijo: “Si no fuera por Madrid, hace tiempo que nos hubiéramos echado a la calle”.

En una de las aldeas de Extremadura los aldeanos firmaron recientemente un contrato con el administrador de un enorme latifundio. Consiguieron ciertas ventajas: antes de la huelga cobraban cuatro pesetas al día; ahora el nuevo contrato dice: “Cuatro pesetas y la manutención”. El contrato fue sellado por el alcalde. El administrador hervía de indignación: “¡Holgazanes!”. El administrador escribía al amo misivas lastimeras, pero no podía hacer nada. El contrato estaba firmado. El administrador dio órdenes para que se distribuyese la comida a los jornaleros: una sopa, un poco de agua caliente con aceite, sin carne, sin pescado, sin verdura. Los jornaleros no protestaron. Saben perfectamente desde su infancia lo que es un gazpacho. Pero el administrador, además de ordenar que se diera de comer a los obreros, ordenó cerrar el pozo, diciendo: “El contrato dice que estoy obligado a daros de comer, pero no dice que os dé de beber...”. El agua es del amo. No había nada que hacer. Al mediodía el sol aprieta de firme. La sed atormenta a los braceros, pero no hay agua. No se les ocurrió forzar el pozo ni tirar dentro al administrador. Se limitaron a enviar una solicitud al diputado, a ver si era posible abrir el pozo, pues no podían trabajar sin agua con el calor. A Extremadura no han llegado todavía los sindicalistas ni los comunistas. En Extremadura los socialistas son el partido extremo. Claro está que hay socialistas de todas clases. Los que trabajan en las aldeas sólo piensan en el modo de preparar la revolución. Los que están sentados en Madrid a gusto hacen todo lo posible para apartar a los obreros de la revolución. Un cantar español dice:

Unos cantan lo que saben: otros saben lo que cantan...

No sé cómo terminó la huelga de Olivenza. No sé si siguen trabajando “de sol a sol” o “desde el alba hasta la noche”. Sólo puedo asegurar que allí trabajan desde que nacen hasta que mueren. A veces, cantan su amargo sino; otras veces, tiran los aperos y se plantan en la calle, severos y mudos. Esto es hermoso como la antigua pintura española, sí; pero también terrible como el pozo cerrado.

XII

CINCO ENCUENTROS

Primero

Julián Pérez tiene veintitrés años. Sus opiniones son extremadamente radicales: se burla de la República española, ansia una revolución de verdad. “¡Todo el mundo debe trabajar! ¡Como en Rusia!” Pero el principio básico de Julián Pérez es no hacer nada. Una vez al mes, con el corazón encogido, escribe su articulito para un periódico de la noche. Ese día, está de mal humor y se queja de *surménage*. El resto del mes pasa hambre, pero es feliz. Es feliz, sobre todo, mientras duerme, y duerme hasta las dos de la tarde.

Pero no ha sido siempre tan feliz Julián Pérez. Hijo de un rico labrador de Galicia y de una madre piadosa, ésta decidió consagrar a su hijo a Dios. Le metieron en un convento. Julián recuerda con ternura la comida conventual. En cambio, el reglamento del convento no parece que le hiciera mucha gracia. Una vez a la semana, los novicios presenciaban la comida de los frailes. Al llegar aquí, Julián se anima: entremeses, truchas, tortilla con manteca, cordero, aves... En la garganta de Julián juguetea una bolita sospechosa. Pero, antes de empezar la comida, los novicios tenían que besar los pies de los frailes, arrastrándose debajo de la mesa. Era un mal aperitivo. Decididamente, Julián prefiere el vermut. Los frailes cultos apartaban a tiempo los pies, pero había algunos apegados a la tradición... No, no es cosa de suspirar por el rancho conventual. En el convento había que levantarse temprano y recitar las oraciones. Antes de terminar el primer año de noviciado, Julián se hizo un formidable ateo. Pero, una vez dentro del convento, no era tan fácil salir. Tuvo que acudir a varios ardides. Empezó quejándose de la vista. No le cabía la menor duda: iba a quedarse completamente ciego, y un fraile ciego no representa más que una pesada carga para el convento. Por fin, al cumplir los diecisiete años, Julián logró colgar los hábitos y trocar la sotana por la chaqueta.

Julián fijó su residencia en Madrid, y en lugar de recitar las preces conventuales, se dedicó a echar piropos a cuantas bellezas se encontraba en la calle. Esta ocupación le ocasionaba ciertos gastos. Su padre vino de Galicia muy enfadado. Julián declaró que estaba firmemente decidido a marcharse a París y empezar allí una vida nueva. Le dieron mil pesetas, asegurándole que era el último ensayo y que no contara con más fondos. Una peseta valía entonces cinco francos. En una casa de cambio le dieron a Julián un montón de papel. Al cambiar uno de estos papeles, el número de papelitos se multiplicó increíblemente. Entonces, Julián cayó en la cuenta de que la vida era de una belleza insuperable. Se las arregló para gastarse todo el dinero en dos semanas, y luego empezó a pasar hambre. Julián era un gran tragón. Pero, como buen español, sabía pasar hambre con dignidad y sin perder el buen humor. Lo malo era que las patronas de París no entendían el orgullo castellano. Julián pasó las negras. Unas veces, se contentaban con ponerle de patitas en la calle. Otras veces, le llevaban a la comisaría. Por fortuna para él, empezaron a llegar a París los emigrados políticos españoles. El ex novicio se hizo secretario de un socialista famoso. Julián abrazó las doctrinas socialistas con la misma seriedad con que antes había abrazado el catecismo. Suponía que si enviaba a don Fernando una carta dirigida a don Niceto la cosa no tendría la menor trascendencia. Además, al copiar el proyecto de la reforma agraria intercalaba algún que otro párrafo del artículo del señor López sobre el arte incomparable de la “Argentina”. Al fin, el personaje socialista decidió darle a Julián algunos francos a condición de que no se ocupara más de sus asuntos.

Pero la revolución llegó a tiempo. Julián, en su condición de secretario del gran socialista, se trasladó a Madrid en compañía de los emigrados políticos. Por el camino vació unas cuantas botellas de champán a la prosperidad de la República. En Madrid, en cambio, no prosperaba nadie: ni la República ni Julián. El socialista famoso llegó a ministro, pero no es cosa fácil enfrentarse con un ministro. En el camino se interponen diez ordenanzas. Se habían acabado las indemnizaciones. Julián se puso muy triste. Pero he aquí que se entera de que su padre

está enfermo. Esto podría ser, efectivamente, una solución inesperada. Julián empieza a soñar con la herencia. Clava los ojos en las mujeres bonitas con quienes se cruza en la calle, pensando que, caso de recibir la grata nueva, podría casarse con una de ellas. Pero los labradores son gente muy avispada, y el padre de Julián no se murió. El hijo no tuvo más remedio que suspirar y conformarse con su mala suerte. Después de todo, Julián era un buen chico.

Cuando no tiene un real, recorre todos los cafés de Madrid hipnotizando desesperadamente los vasos de café. Cuando, por rara casualidad, entra en posesión de un duro, obsequia generosamente a sus amigos. A la patrona no le ha pagado un céntimo desde que llegó a Madrid, es decir, desde la revolución. Desde la primera revolución, pues Julián está esperando la segunda, la revolución social. En París se despidió patéticamente de su última patrona parisina, asegurándole que el destronamiento del rey de España y su destierro le aseguraba el pago de sus facturas. Julián sostiene que la revolución ejerce una influencia mágica sobre las patronas. No obstante, la de París no quiso resignarse a esperar hasta la segunda revolución y le escribió una carta muy dolida al padre de Julián. Este, por supuesto, no le contestó. En vista de ello, fue con el caso a la comisaría. En la comisaría la recibieron de muy mal talante. ¡Pues sí que hay pocos sujetos de éstos en París! Y la policía tiene razón. Es mucho más fácil deshacerse del rey que de los Julianes... Julián es candoroso, pero cuco. Es un pajarito cantor con un apetito completamente normal. Sin pajaritos así, la gente se aburriría. Pero Julián no es único en su especie. Madrid está lleno de pajaritos como él.

Segundo

Conchita Gómez tiene veinticinco años. Es una mujer exuberante y abrasadora. Se toca con mantilla y maneja el abanico. Si la exportasen al extranjero, no la creerían una mujer de carne y hueso, sino uno de esos cromos que en Bremen y en Rotterdam pegan a las cajas de cigarrillos. Pero en su villorrio es una señorita corriente, de buena familia.

Las señoritas sospechosas llevan sombrero, es lo más distinguido, pero el sombrero no inspira confianza. Una señorita de sombrero puede pasear por la calle principal con su novio sin su madre y hasta sin criada... ¡No hay que fiarse de las señoritas de sombrero! Algunas modernizantes se echan a la calle sin mantilla y sin sombrero. Es una ligereza. Cuando una de estas señoritas entra en la iglesia no tiene más remedio que taparse la cabeza con el pañuelito de bolsillo, lo cual desentona con la majestuosa severidad del templo. Decididamente, las señoritas de mantilla son las más virtuosas...

Conchita se pasa la vida en la iglesia. Lo cual no quiere decir que se pase la vida en éxtasis, nada de eso; son sencillamente sus señas. Su tío compró hace treinta y cinco años una magnífica iglesia románica e instaló en ella un taller textil para la “restauración del arte nacional”. En la iglesia se conservan unos ángeles muy notables del siglo XII. Conchita se sienta al lado de los ángeles del siglo XII y lee novelas de Panteleimon Romanoff. Rusia es un país extraordinario, donde las señoritas pueden pasear solas por las calles de día y hasta de noche... Conchita suspira tristemente. Los ángeles del siglo XII sonrían conmovidos.

El tío de Conchita, don César Gómez, es hombre de ideas avanzadas. Aficionado al arte antiguo, no por eso desdeña el confort. En la iglesia hay sepulcros medievales de obispos, y hay también un cuarto de baño y hasta un bidet. Una cosa no está reñida con la otra. En las alfombrillas tejidas en el taller de don César se reproducen exactamente los sueños de los artesanos medievales: un caballero embutido en una armadura, con las piernas saliéndole del sobaco, y un borrico con una cabeza de leviatán. Estas alfombrillas se exportan a América, y Conchita estudia el inglés. Contempla los borricos mitológicos y teclea vivamente en la máquina: “Alfombras estilo siglo XIV, 2 x 4 metros, 36 dólares, incluidos los portes”.

Don César está enfermo. Ahora, Conchita, su sobrina, dirige el taller. La correspondencia y la contabilidad están en orden. Rara es la mujer española que conoce la física y la cosmografía. En cambio, tienen

todas un espíritu muy hacendoso. “Entre los pucheros anda Dios”, decía santa Teresa, y a ella la poesía mística no le impedía organizar conventos que eran modelo de economía. Conchita también adora la poesía, pero esto no obsta para que sepa calcular las alfombras y los dólares.

Conchita no es gran amiga de los frailes. Aprueba incluso a los autores de la quema de conventos. Conchita se burla de las amigas que van a contar todos sus secretos al confesionario. Sin embargo, al entrar en la catedral se arrodilla fervorosamente. Ella dice que no lo hace por los curas, que son todos unos embaucadores, sino por Dios, que, si existe, forzosamente ha de ser honrado y digno de respeto. Al terminar su trabajo, Conchita se sienta en la iglesia, entre el sepulcro del obispo y el bidet, y se pone a soñar. Unas veces, sueña con el novio. Otras veces, con la revolución.

Conchita dice: “Yo soy comunista”. ¿Qué es el comunismo? En realidad, ella no lo sabe; pero hay una cosa que la impresionó definitivamente: en Moscú las señoritas salen a la calle sin “carabina”. Y aunque su tío, el respetable don César, le asegura que en Moscú la gente se muere de hambre y come ratas, Conchita se obstina en sus ideas. Después de todo, las ratas son un detalle; en cambio, en Rusia las señoritas pueden hacer lo que les da la gana. ¿Cuándo llegará, por fin, a España el comunismo?

Conchita tiene veinticinco años, un cuerpo exuberante y una no menos exuberante imaginación. Tiene ganas de ir, ya que no a Moscú, por lo menos a Madrid. Pero la tía no puede dejar al tío enfermo, y hacer el viaje a Madrid sola sería indecente en una señorita. De vez en cuando, va al cine con la tía. En la pantalla, unos jóvenes americanos se besan impudicamente. La tía, avergonzada, baja los ojos. Pero Conchita, no; Conchita suspira tan ruidosa y expresivamente, que su suspiro bien podría pasar por el acompañamiento “sonoro” de la escena muda.

Del cine, a casa. Los angelitos románicos sonrían. Conchita lee *Anna Karenina* y se atormenta. ¡Qué bien se debe de vivir en aquel Moscú comunista! ¿Cuándo vendrá de una vez aquí la revolución?

Tercero

Por su desbarajuste, su fantasía soñadora, su amplitud y su aburrimiento, España recuerda con frecuencia a la Rusia prerrevolucionaria. En España hay muchos rincones perdidos a lo Chejov. La gente se juega las pestañas. Luego, lloriquea: “¡Es para matarse!”, pero no se suicidan nunca. Comen cochinitillos asados, frecuentan los burdeles y todos los años, concienzudamente, con la ayuda de sus fieles esposas, aumentan la población de la península. En uno de estos rincones perdidos vive don Pedro Jiménez. Es dentista de profesión y de natural escéptico. El escepticismo es un atributo relacionado con su profesión. Los dentistas suelen ser escépticos. Son gente poco alegre. Don Pedro es pesimista a rabiar. Se ha cansado de las muelas careadas y de la historia de España. Ya no cree en nada.

¡Qué aburridas son estas ciudades de provincias! Un hombre casado no puede acercarse a una mujer. Las chicas solteras se pasan el día, desde por la mañana hasta por la noche, sin pensar más que en una cosa: en pescar novio. Las señoras casadas se quedan en casa a incubar la descendencia. ¿Qué va a hacer aquí un don Pedro, tan aficionado a la poesía? Como buen español, don Pedro ha llegado incluso a ignorar la existencia de su mujer. Se estremece cuando su mujer gime en los dolores del parto, como si se preguntara: “¿De dónde salen esos gritos...?”. Otros caballeros suelen frecuentar las casas públicas, pero don Pedro posee un alma demasiado sensible, y no ve la relación entre dos duros y el amor. En la ciudad donde vive don Pedro hay un café con esta sugestiva inscripción: “Servido por camareras”. Pero tampoco allí hallan expansión los sentimientos líricos de don Pedro. De las dos camareras, una, rolliza, con las uñas bien barnizadas, sirve el café y acepta propinas; pero es inaccesible. Todos saben que está entretenida por don Tomás, el abogado, y don Tomás es un celoso de mil diablos. La otra camarera sí es accesible. Se pasea con los soldados,

pero tiene una mota blanca en un ojo y las piernas torcidas. No se ajusta, pues, ni remotamente al ideal estético de don Pedro.

Don Pedro saca muelas y por las noches le cuenta a don Ramón Espina, inspector del timbre y escéptico fracasado: “A mí, sólo me atrae en la vida la belleza, pero esta vida de aquí no ofrece belleza ninguna, sólo depara tedio y vulgaridad...” Esto se lo dice junto a una mesa en el mejor café de la ciudad, un café decorado en el más riguroso estilo chino. Nadie se explica quién ni por qué, en este rincón apartado de España, sintió la necesidad de poner estos mandarines de coleta...

Pero precisamente esta incongruencia es la que ha seducido a don Pedro, y todas las noches acude a este café. Bien es verdad que ostenta el prosaico nombre de Café del Comercio, pero don Pedro transige con este nombre vulgar en gracia a las linternas de papel y a los pájaros del paraíso. En el café toca una orquesta. Cuatro musiquillos morenuchos interpretan un potpourri de *El Profeta*. Se oyen acordes lánguidos. Por un momento don Pedro olvida los empastes, los chismes de la ciudad, la vulgaridad cotidiana. Hasta se dibuja una sonrisa en sus labios amargos. Es su descanso. Así se pasan los años. La mujer da a luz el sexto, el séptimo hijo. La gente se muere con las dentaduras recién puestas. Se suceden las revoluciones, unas triunfantes y otras fracasadas. Mientras tanto, don Pedro, sentado en el Café del Comercio, escucha los potpourris y critica la prosa de la vida.

Después de la revolución llegó a la ciudad el nuevo gobernador republicano. Don Pedro le empastó las muelas. Don Pedro le dijo al gobernador: “La política es una bajeza. Aquí los hombres se mueren vegetando como animales... En toda la ciudad no hay más que un sitio donde pueda uno distraerse: el Café del Comercio”. El gobernador abrió la boca, hizo relampaguear sus muelas de oro y dijo orgullosamente: “Ahora, todo eso cambiará. Ahora vivimos en República...”. En vista de esto, don Pedro intentó ocuparse de política. Claro está que por política don Pedro no podía entender los chismes locales, ni las proclamas electorales de los radicales, ni las discusiones de don Ramón sobre la necesidad de aumentar los tributos, sino una política

complicada y misteriosa. Entró en una librería cuajada de portadas deslumbrantes y polícromas y compró un libro: Todos los sistemas políticos al alcance de todos: socialismo, comunismo, anarquismo, fascismo, individualismo, radicalismo, sindicalismo, marxismo, nacionalismo, federalismo. Todo en un solo tomo. Y todo por cuatro pesetas. Aquella noche, don Pedro no fue al Café del Comercio. Se dedicó a estudiar los distintos sistemas expuestos en el libro. Pero todos aquellos “ismos” le parecían demasiado prosaicos y oscuros. Tan oscuros y prosaicos como las muelas careadas. Por fin, le regaló el libro a don Ramón, añadiendo: “Todo eso es una vulgaridad... Escuche, ahora van a tocar el número seis, la *Obertura* de Gounod”.

El día en que yo llegué a la ciudad donde vive nuestro pobre don Pedro era un día alegre y soleado. Don Pedro me dijo con nostalgia: “¡Otra vez sol! Aquí siempre tenemos sol”. Y lo decía en el mismo tono con que suelen decir en el Norte: “¡Aquí siempre está lloviendo!”. Don Pedro me llevó al Café del Comercio. Con una sonrisa culpable, entornó los ojos: “El número once, el vals de *La viuda alegre...*”. Luego suspiró: “A usted probablemente no le interesa esto, pero aquí no hay nada interesante, ni museos, ni dancings... No me explico a qué ha venido usted aquí...”. No me lo preguntaba: se asombraba en voz alta. Luego, se puso a soñar: “¡Qué hermoso sería poder hacer un viaje a Moscú! ¡Ya lo creo! ¡Moscú!...”. Don Pedro continuó: “Allí han hecho una revolución de verdad, no como aquí... Aquí no hemos pasado de radicalismo. En cambio, ustedes tienen el comunismo”. Sí, don Pedro entiende de política, no hay duda; no en balde llegó a leerse casi la mitad del manualillo. Además, don Pedro está enamorado de la literatura rusa: “Adoro sus autores revolucionarios... Me he leído todo 'Rasputín', sí; todo..., todo...”. Al llegar aquí se calló. Número 13: *Las lamentaciones de la ninfa*.

Cuarto

Don Álvaro González de la Torre y Rodríguez presta sus servicios en el ayuntamiento. Tiene a su cargo una tarea muy sucia: velar por la

pureza de las aguas. En España, todo se vuelven concesiones. El gobierno y los ayuntamientos arriendan a los particulares el derecho a comerciar con el tabaco, el derecho a instalar teléfonos, el derecho a suministrar agua a una población. En España el agua está siempre turbia. En Sevilla hay dos empresas concesionarias de suministro de aguas, que están en lucha continua. Y cada una de ellas ensucia el agua de la otra. En la ciudad donde vive don Álvaro González de la Torre, la sociedad concesionaria no tiene competidora, de modo que nadie se molesta en ensuciar el agua. Nadie la ensucia. Y nadie tampoco se molesta en filtrarla. El agua sale sucia por naturaleza. De vez en cuando, don Álvaro conversa con los representantes de la empresa suministradora de las aguas sobre las cualidades del agua pura. Lo hace únicamente porque en remotos tiempos Dios Nuestro Señor maldijo a Adán. Don Álvaro es pobre y tiene que trabajar. Sin embargo, al presentarse suele decir: “Álvaro González de la Torre y Rodríguez, poeta”. Porque en realidad don Álvaro no es un empleado del municipio, sino un lírico de altos vuelos, que conversa con su musa mucho más a menudo que con los representantes de la sociedad concesionaria del suministro de aguas.

Don Álvaro tiene sus buenos cincuenta y tres años. Pero es joven de alma y jamás se hará viejo. Es un poeta eterno. Cuando ve detrás de la rejilla a la joven Pepita, la hija del taquillero, don Álvaro corre al Casino del Comercio, se sienta delante de un papel blanco y escribe a escape una vibrante estrofa: “Mi corazón solloza como el cielo de Siberia porque no quieres ser mía, ¡oh, gacela cubierta de sedas de Damasco!”.

Don Álvaro no envejece, pero tampoco se casará nunca. Él está enamorado de la poesía y de la libertad. Su estatura no es grande, pero le salva la capa. Se pasea envuelto en una hermosa capa con vistas de color esmeralda. Los amplios pliegues disfrazan la endeblez de su cuerpecito. Podría presumir de bigotazos, pero prefiere presumir de la uña del meñique. En toda la ciudad, no hay otra uña como la suya. A los otros dedos don Álvaro los desprecia para concentrar en el meñique todas sus energías, y, en efecto, la uña de su meñique, larga y bri-

llante, es capaz de sacar de quicio a todas las bellezas de la localidad. Don Álvaro levanta la uña en alto, apuntando al cielo, y murmura: “El crepúsculo muere, como muere mi corazón de pasión por vos...”.

En España todo va decayendo. Ya los jóvenes no saben morir de pasión. En vez de capas llevan gabardinas, se cortan las uñas y no saben escribir ni una mala aleluya. “Yo soy el último mosquetero”, dice don Álvaro hablando de sí mismo. Cuando pasa por las callejuelas angostas detrás de las rejas se oyen suspiros prolongados. Son los suspiros de las gacelas cubiertas de damasco. Por lo menos, así se lo figura don Álvaro. En realidad, las muchachas al ver venir a don Álvaro se ríen a carcajadas. Ellas adoran a los “bellezos” del cine, a los aviadores, a los majaderos atléticos con gabardina. Se burlan de la capa y de la uña del pobre don Álvaro. En vez de poesías suelen leer a hurtadillas las novelas de Benoit y, si acaso, alguna que otra investigación científica, como, por ejemplo, las *Instrucciones para amar sin consecuencias*. Ignoran que hace nueve años, en los juegos florales de la ciudad, don Álvaro ganó una mención honorífica. Ignoran también que su corazón de poeta solloza como el cielo de Siberia. Sólo saben que en Siberia rondan los lobos y en su ciudad unos jóvenes sinvergüenzas. Con esto, tienen bastante.

Don Álvaro está solo. Aparte de su musa, la única persona con quien puede explayarse es su vieja criada; pero tampoco ésta quiere saber nada de los gemidos de su corazón. Han subido las patatas, hay que fregar el suelo, coser un botón... Don Álvaro podría maldecir del mundo. Pero no, don Álvaro es feliz. Ante él se extiende un hermoso mar, sobre él los pliegues de una hermosa capa, las rimas fluyen fáciles y ligeras... Don Álvaro desprecia la conducción de aguas. Bebe el agua purísima de su inspiración. ¿Qué importa que nadie se preste a imprimir sus poemas, ni siquiera aquel que le premiaron con la mención honorífica? La gente es grosera. Sólo les interesan las patatas, las pesetas, las elecciones. Don Álvaro está muy por encima de todos ellos.

El sueldo de don Álvaro es minúsculo. Pero le basta para vivir. Su capa tiene ya nueve años. La compró el año de la mención honorífica. Pero una capa cuanto más vieja es más hermosa. Le pasa lo que a las ruinas romanas. La uña y la poesía no le cuestan gran cosa. Tampoco gasta nada en mujeres. Se contenta con los suspiros de las bellas cubiertas de damasco. Come lo que le prepara su vieja fregona: cocido todos los días, siempre cocido. Únicamente al anochecer se dirige a un cafetín y pide un “chatito” de manzanilla. La manzanilla es un vinillo de color oro pálido con el aroma del otoño meridional. Antes de saborearlo, don Álvaro lo olfatea ávidamente. Acerca el vasito a su nariz carnosa y las ventanas se dilatan vibrantes. Luego, bebe el vino y escribe una elegía. Así vive don Álvaro. Nada puede turbarle: ni las bur-las, ni la pobreza, ni la vejez. Cuando vino la revolución, sus compañeros de oficina se olvidaron del chismorreó y de las bellas mujeres y se pusieron a cavilar: “¿Qué partido triunfará en las elecciones? ¿Expulsarán a los frailes? ¿Se apoderarán los sindicalistas del ayuntamiento?”. Pero don Álvaro no tomaba parte en estas discusiones. Al enterarse de que se había proclamado la República en España bebió su “chatito” y escribió un poema: “¡Oh, República, tienes el seno turgen-te y ojos sevillanos; te amo, ¡oh. República!, como amo a la aurora matinal!”. Este poema se leyó en la fiesta anual de la escuela de labores manuales. Don Álvaro se puso en la solapa un lacito tricolor, pero al anochecer se lo quitó. Los colores republicanos no entonaban bien con las vistas de su capa. Don Álvaro se me quejaba de que los toreros de ahora matan al toro con demasiada técnica, sin arriesgar la vida; de que ahora en el periódico local, en lugar de versos, imprimen las sesiones de las Cortes, y, por fin, de que rara vez se encuentra ya una mujer hermosa con la peineta alta debajo de la mantilla. Un minuto más tarde, se sonreía él solo. Acababa de descubrir que las estrellas de otoño parecían brillantes, y el hallazgo le regocijó tanto como si hubiera tropezado con un montón de brillantes auténticos. Al despedirse de mí, me dijo: “No se olvide usted de que en España vive el último mosquetero”. Se embozó en su capa, hizo brillar una vez más la uña del meñique y se alejó, pequeño, pero majestuoso.

Quinto

Luis Martínez es un hombre corpulento, de unos cuarenta años. Viste como un deportista, posee 300 hectáreas de tierra y unos mofletes de hombre de aldea. Y, a pesar de todo, Martínez está neurasténico. No han podido curarle ni las 300 hectáreas ni el aire del campo. Antes, Martínez vivía en Madrid y se ocupaba de política. Leía el *Programa de Erfurt* y se excitaba. Sus compañeros aseguraban que los socialistas debían esperar para hacer la revolución hasta que en España se llegase a la concentración del capital. Y aunque esto parecía un argumento de peso, no era muy seductor. La concentración del capital no llegaba nunca, porque los capitalistas desfalcaban al país al menudeo, pero tenazmente, ni más ni menos que los terratenientes y los palatinos. Martínez, contradiciendo a todos los libros, aseguraba que era preciso desencadenar sin más espera la revolución social. Nadie se molestaba en discutir con él: “Es un buen chico, simpático, pero está neurasténico...”. Martínez se casó con una francesa. Otro efecto más de la neurastenia. La mujer de Martínez no soportaba el aceite de oliva ni la vida de reclusa, dos cosas sin las que no se concibe la vida doméstica en España. Martínez sufría sin quejarse. Por lo visto, le gustaba hacerlo todo al revés, y la vida doméstica le parecía tan aburrida como la concentración del capital.

Martínez tomó parte en varias conspiraciones. La policía le seguía el rastro. Tuvo que esconderse. Un buen día, recibió la noticia de que se había muerto su padre. El padre le dejaba 300 hectáreas de tierra en la provincia de Jaén. Entonces, Martínez decidió luchar con la policía y con la neurastenia en medio de la soledad rústica. Se fue a su finca. En las fincas de labor del campo español rara vez hay casas habitables. El administrador y los jornaleros viven en el “cortijo”. De lejos, un cortijo parece una fortaleza blanca rodeada de muros altos y lisos. De cerca, más que casa es una pocilga. El cortijo de Martínez es un cortijo clásico. No sólo carece de mesa de escribir, sino que no tiene ni una sola cama decente. Sólo se puede llegar hasta allí en mula. La francesa

opinó que el cortijo era todavía peor que el aceite de oliva. Y Martínez tuvo que alquilar un piso en Jaén. Todas las mañanas, apenas alborea, Martínez se dirige a su cortijo, trabaja en el campo, prueba el gazpacho y charla con sus jornaleros sobre la revolución social. Hasta el aire del campo hubo de rendirse ante tamaña neurastenia. Anochecido, vuelve a casa. Chilla el gramófono. Su mujer se deleita oyendo las canciones de Chevalier.

Trescientas hectáreas no son un latifundio, ni mucho menos. Pero son una fortuna. Martínez tiene ovejas, trigo, olivares. No es fácil compaginar a Chevalier con la paja de un cortijo, pero todavía es menos fácil compaginar a un revolucionario con 300 hectáreas. Hasta un hombre sano se volvería neurasténico con este lío. Martínez se embarulló. Al principio, propuso a los trabajadores organizar juntos algo por el estilo de una colectividad agraria. Pero los trabajadores del campo andaluz son candorosos y desconfiados. ¿Y qué, si viene una sequía? A lo mejor, el señor no buscaba más que engañarles... Tendrían que trabajar todo el año de balde... ¡No, no era negocio! El jornal era más seguro. Martínez les ofreció unas cuantas hectáreas de tierra. Los braceros las rechazaron. El capitalismo triunfaba, y el conspirador, quisiera que no, tenía que hacerse capitalista.

No obstante, Martínez sigue ocupándose de política. Su partido, el socialismo, padece la misma enfermedad que él. Ante el capitalismo blanden una bandera roja. Pero ante los obreros preconizan las ventajas de la bandera blanca. Martínez es socialista. Sus trabajadores son revolucionarios. Están afiliados a la Confederación Nacional del Trabajo. Este otoño se presentaron a ver al amo y le declararon cortésmente: “Camarada Martínez, nuestro sindicato declara la huelga. Tendrá que recoger usted mismo la aceituna, si no quiere que se le pierda”. Martínez intentó entablar negociaciones. Pero los obreros se obstinaron. Entonces, Martínez se enfadó. ¡En este país no se puede hacer nada! ¡Necesitan una dictadura! Pero no se puso a recoger la aceituna. Se fue a casa. Encontró a su mujer escuchando a Mistinguette. Furibundo, se precipitó sobre el gramófono. Y vociferó lleno de orgullo:

“¡Ya ha estallado una huelga! La razón está de su parte... ¡Ya es hora de que empiece la verdadera revolución!”.

La huelga se terminó. Los obreros vuelven a recoger la aceituna. Martínez se pasa otra vez los días en el cortijo, desde por la mañana hasta por la noche. A sus obreros suele decirles: “Por desgracia, aquí, entre nosotros, es imposible el comunismo... Nos gusta demasiado el desorden... Hay que ir educando poco a poco al obrero... Por eso yo me inclino al socialismo...”. Esta conversación tiene lugar en el automóvil, en el pequeño Ford de Martínez. Martínez tiene también un chófer. El chófer pertenece al sindicato reformista. Es socialista, como su amo. Como se ve, Martínez no carece de correligionarios. En caso necesario, puede hallar solidaridad en seguida en su chófer. Son camaradas y amigos. Pero Martínez no se dirige a su chófer en busca de ayuda. “A ti sí que no te entiendo —le dice—. ¿Por qué eres socialista tú, vamos a ver? Tú debías estar en contra mía. Debías ser sindicalista o comunista...” Martínez no olvida la teoría de la lucha de clases. Tiene 300 hectáreas. Además, padece la enfermedad de los liberales rusos del siglo pasado. Tiene la conciencia enferma. Pero no es Severin, ni tampoco Snowden. Es, sencillamente, un intelectual español. En vez de libros de caballerías, lee el *Programa de Erfurt*. Piensa a un tiempo mismo en Tolstoi y en los tractores, en la revolución y en las 300 hectáreas. No encuentra postura. Para la literatura mundial ha llegado demasiado tarde. Los novelistas rusos han agotado el tema. ¿Y la cosecha de aceitunas? Pero no; dejemos a Martínez con su neurastenia.

XIII

SEVILLA

Plazas con palmeras, rótulos de hoteles: “Bristol”, “Madrid”, “París”, botones de librea, guías, anticuarios con antigüedades novísimas, tiendas de la casa Kodak, casas de cambio, pastelerías para las inglesas,

cocktails para los americanos, un cielo teñido de azul oscuro, el aire quieto como un estanque. Podría ser Niza, Lugano o Sorrento. Pero no, es Sevilla.

Las estaciones climáticas meridionales son como las cortesanas prehistóricas. Antes, un místico, al llegar a Sevilla, encendía la pipa debajo de una palmera y se maravillaba: “¡Oh, no se apaga la cerilla!”. El místico se daba cuenta en seguida de que aquello era el paraíso terrenal. La burguesía de antes de la guerra padecía de “aerofobia”. La más leve brisa le producía pánico. Soñaba con un invierno sin invierno, con una naturaleza semejante a una estufa. El nuevo burgués ha traicionado las tradiciones idílicas. Ama la especulación, la navegación aérea, las excursiones al cabo Norte, el récord... Los héroes de Paúl Morand, los amigos de Mosley o de Tardieu, no buscan la calma ni las mimosas. Y Niza y Murano, Sevilla y Pau, se pasaron de moda. Los hoteles sevillanos tienen un aspecto estúpido y conmovedor, con sus pomposos vestíbulos, sus alcobas cargadas de terciopelos, sus ninfas entronizadas sobre el *buffet* y su aire casero en lugar de comfortable.

Los hoteles sevillanos están vacíos. Veleidades de la moda y veleidades de las cotizaciones bursátiles. Los místicos sustituyen ahora el sol de Sevilla por los carbones de la chimenea. La Sevilla turística depende más de los destinos de la libra esterlina que de los destinos de la República española. Verdad es que también la República les hace pasar malos ratos a todas estas hermandades sevillanas, empezando por los dueños de los hoteles y terminando por los guías que acompañan a los místicos a los burdeles clásicos de Andalucía.

¡Con el rey estábamos mejor! Ahora, el guía tiene pocos clientes. ¡Con el rey estábamos mejor! Sobre todo, el dueño del hotel X., un caballero respetabilísimo, que, según dicen, ganó un buen pico en la concesión de la Telefónica y posee un capitalito de sesenta millones de pesetas. Este caballero tuvo que huir a París. ¡Con el rey estábamos mejor! Una americana de unos cincuenta años, descaradamente pintada, se indigna: ¡Ah, ella quería tanto a España! Todos los años venía

aquí para comprar de ganga cuadros y estatuas antiguas. Tiene en América una tienda de antigüedades. A su digna profesión cuadraba mucho mejor una Monarquía. ¡Con el rey estábamos mejor!

El director del museo, orgullo de la ciudad, muy perito en bellezas artísticas, me dice, indignado: “Nuestros campesinos se han vuelto locos. No quieren trabajar más que cuatro horas diarias”. No hay necesidad de que los campesinos trabajen “de sol a sol”; no es cuestión de estadística, sino de tradición. En Sevilla, saben odiar la revolución, antes de que nazca. Aquí se juega a cartas vistas. En Madrid, todavía se puede filosofar; aquí no pierden el tiempo, y ya están disparando. El lujo, sobre todo, es aquí muy vicioso. El miedo carga los revólveres, y detrás de cada esquina acecha la muerte.

Además de su cielo de tarjeta postal y de sus vírgenes engalanadas, Sevilla se enorgullece de su Alcázar. El Alcázar de Sevilla es un palacio moro restaurado y, por consiguiente, muy desvirtuado. Todavía recuerdo perfectamente haber visto de niño, cerca de Moscú, un restaurante con gabinetes reservados. Se llamaba “Mauritania”. En los reservados, se divertían los comerciantes de Moscú sobre baldosines y alfombras multicolores. Desde entonces, en mi conciencia, orgía es sinónimo de “mauritañada”. No es una asociación casual de ideas. El arte de los moros, aun en sus manifestaciones más geniales, jamás se eleva por encima de la molicie bien entendida. Es un estudio razonado del baño o del harén. No refleja pasión, ni lucha, ni movimiento. El arte moro exige una renunciación oriental. Seguramente que el sultán en su Alcázar no se sentía más a gusto que un mozo de cuerda que dormita al lado de uno de los surtidores de Trebizondo o de Samsun. Los europeos no saben dormir ni recrearse de esta manera. Para ellos, el arte moro no sirve más que para decorar los cafés cantantes. No en vano, millares de bares, hoteles y cabarets de Europa se llaman “Alcázares” o “Alhambras”. Al llegar a Sevilla, los turistas —los advenedizos de Berlín, los usureros de París, y no digamos los corredores de bolsa de Liverpool— se apresuran a endosarse la indumentaria mora, y, recostándose lánguidamente, abrazan a sus repugnantes esposas delante del fotógrafo del patio del Alcázar. Es un pasatiempo hartó

inocente, pero fuerza es reconocer que entre estos turistas y este arte dudoso hay algo de común. ¿Por qué a estos turistas no se les ocurre nunca, ni por asomo, retratarse junto a los muros de las iglesias de Segovia o a la sombra de las murallas de Ávila? No; su ideal es el Alcázar.

Además del Alcázar, Sevilla tiene Triana. Triana no es un palacio, sino un arrabal, al otro lado del turbio Guadalquivir, un barrio habitado por la miseria. Patios donde pululan críos semidesnudos, guaridas oscuras de artesanos, vendedoras que despachan a algún afortunado mortal cinco castañas. Pestilencia en la calmicie sin viento, oscuridad bajo el cielo azul, la mueca de los sin trabajo, el hambre... Aquí no llegan los turistas. Aquí no hay palacios pomposos, ni lujosos burdeles. Los reclutadores recogen aquí las jóvenes bellezas hambrientas y las expiden a Madrid o a Barcelona. Aquí nadie echa de menos a la realeza destronada. Aquí nadie se alegra de la República.

A veces, el viento sacude los barrios pobres de Andalucía como en vísperas de una tormenta: la gente grita, se agolpa, se enfurece. Entonces, aparecen otros hombres armados de fusiles, suenan algunos disparos, unos hombres caen sobre la acera, las mujeres rompen a aullar lastimeramente. Aquí, al lado del Alcázar, en la ciudad más viciosa y más beata de España, entre los bandidos extranjeros y la canalla del país, nace martirizada la revolución española.

En la calle principal, delante de una tienda de gramófonos, se agolpa la gente. Un disco nuevo: "El fusilamiento de Galán". Un actor empieza pronunciando un discurso remedando a Galán antes de ser fusilado. Exige justicia, saluda a la revolución próxima. Una descarga cerrada... El disco termina, naturalmente, con el himno republicano. La muchedumbre escucha esta parodia estúpida de la muerte. A la misma hora, en uno de los arrabales, los guardias de Seguridad, sin sermones ni himnos, rematan tranquilamente a unos cuantos obreros parados...

En el Círculo de la Prensa, los periodistas se pasan la noche jugando. En las paredes se ven los retratos de los jefes republicanos. Encima de

la mesa, los naipes; a lo mejor, marcados... El presidente del círculo es un monárquico, lo cual no le impide adorar a la República. Están jugando, unos ganando y otros perdiendo. Luego, de prisa y corriendo, escriben unos articulitos: se indignan de la desvergüenza de los obreros, reclaman de Madrid medidas radicales, incitan a los ciudadanos a morir por la libertad, como Galán. Esta última invitación va dirigida a los ciudadanos policías; pero los policías no mueren, sino que matan. Desgraciadamente, sus hazañas no se reproducen en los discos de gramófono. En un arrabal de Sevilla, se levantan unos palacios inmensos y feos. Es el cadáver de la Exposición internacional. A la dictadura le gustaba epatar y no le asustaba perder millones. Los pabellones de la Exposición son una muestra más de la vanidad y falta de gusto de la burguesía española. Al lado de los pabellones, están los hoteles. Fueron construidos para visitantes imaginarios. Los hoteles han quebrado y están cerrados. En uno de ellos quisieron instalarse los que carecían de albergue. Pero las autoridades republicanas llamaron en seguida a los guardias para que desalojaran a los huéspedes indeseables. Ahora, duermen donde pueden. Un periodista francés me escribe, todo conmovido: “En Sevilla, naturalmente, habrá bastantes pobres; pero, bajo un cielo tan hermoso, la miseria se soporta fácilmente. Mejor que en sus casas, los pobres preferirán dormir al sereno, contemplando las hermosas estrellas del cielo meridional”.

Las autoridades republicanas arrojaron a los vagabundos del hotel deshabitado. Pero en Sevilla hay una casa muy hospitalaria, la cárcel. En la cárcel se albergan bastantes pobres sindicalistas y comunistas. Están sentados en mazmorras oscuras. En el patio, en lugar de retrete, un pozo negro. Las ventanas de las celdas dan sobre este pozo. El famoso sol sevillano calienta que es un primor. El director de la cárcel habla de los presos políticos: “Son gente sin cultura, con ellos no se puede hablar. Lo único que siento es que hayan suprimido las cadenas...”. Pero el director ya se las sabe arreglar sin cadenas. Los vigilantes tienen buenos puños, y la cárcel gruesos muros. De la cárcel no desalojan a nadie las autoridades republicanas. Es una cárcel antigua,

ruinosa, un monumento del pasado y, al mismo tiempo, el puesto de avanzada de la República.

En Sevilla nace la revolución y en Sevilla es donde se apresta la República a estrangularla. Recientemente, el gobernador de Sevilla trompeteaba en el Círculo Mercantil (el gobernador sabe dónde están sus incondicionales): “¡Ha llegado la hora de dar el golpe definitivo a los obreros!”. Los socialistas sevillanos quedaron perplejos. El gobernador se pasaba de la raya. Había que destituirlo. Los socialistas de Madrid, los de los ministerios, callaron. El gobernador siguió en su puesto. Empezó la batida.

Un café cantante de los muchos que hay en Sevilla. En el escenario, unas mujeres medio desnudas ejecutando la danza del vientre, la danza del trasero, la danza de los pechos. Levantándose las falditas, enseñan su anatomía más íntima. El público ruge, enervado. En un palco está sentado un señorito elegante. Le grita a la bailarina: “¡Ole! ¡Preciosa!”. Al terminar su número, la bailarina sube al palco del señorito. Beben coñac. El señorito es feliz. En este momento, no se acuerda ni del Alcázar, ni de los habitantes del barrio de Triana, ni de los discursos del gobernador. Sólo sueña con el montoncito de carne caliente que tiene delante como un *biftek* servido en bandeja.

Mi vecino me señala al señorito. “Durante los últimos disturbios, ese hombre mató con sus propias manos a un obrero...”

Ahora, sale a las tablas una mujerzuela envuelta en la bandera republicana. Canta: “¡Galán fue un valiente, dio por nosotros la vida, el héroe!”. El señorito, el que mató a un obrero, sonríe. En este momento, se siente capaz de matar a diez Galanes... Pero, ¿vale la pena?

Madrid está un poco asombrado del exceso de celo del señor gobernador. Tal vez hoy mismo, tal vez mañana, el señor gobernador se asombre, a su vez, del exceso de celo de este señorito. Ya se han cansado de esperar. Este año no habrá procesiones por Semana Santa, ni magníficas corridas de toros, ni la afluencia de turistas de otros años... El señorito reclama su tranquilidad y sus pesetas. Sevilla no quiere esperar más.

Ninguna de las dos Sevillas, ni ésta, ni aquélla, la de la otra orilla del turbio Guadalquivir...

XIV

DULZURAS

Ramón es andaluz y no hay manera de saber cuándo habla en serio y cuándo en broma. Oyéndole hablar, diríase que siempre se siente desgraciado. En realidad, es un desgraciado que tiene hambre; pero él no habla nunca del hambre, sino de su amor trágico. Resulta que Dolorcitas ya no le quiere. Está de un humor como para ahorcarse; pero, al contarme esto, sonrío. ¿Será verdad que Dolorcitas ya no le quiere y que sonrío de dolor? También es posible que toda esta historia la haya inventado, y que no exista ni la tal Dolorcitas. Pues Ramón, en el fondo, es un bromista. Hace mucho tiempo que Andalucía suministra, además de su vino fuerte, sus chascarrillos. Es la Marsella y la Odesa de España. Ramón es capaz de hacer reír al más huraño castellano. Y, a pesar de todo, es un hombre triste. Sus canciones —herencia de los moros— no parecen cantares, sino lamentos. Ramón acude a la cita con la mujer amada y canta: “Mi Lola se fue a Madrid con Perico, Perico es un gachó muy rico, yo no tengo más que lágrimas...”. Cuando Ramón ayuda a su madre a encender el fogón, le canta: “Se murió mi madre, sobre su tumba grita la lechuza”. En boca de Ramón, estas cosas son coplas alegres; pero en boca de su amo, en boca de don Rafael, son una hipocresía.

Cádiz es blanco y dulce. Cádiz es la ciudad de la sal, pero por su aspecto parece más bien de azúcar. Casas en forma de cubos, sol, palmeras. El barroco es la hipocresía en el arte. Fácilmente se adivina que las iglesias de Cádiz están llenas de estatuas y lienzos barrocos. El Cristo se finge crucificado, se retuerce simulando dolor, pero teniendo

cuidado siempre de guardar el estilo. Los centuriones se fingen guardias civiles, pero, en realidad, no hacen más que cosquillear el costado del Cristo con sus lanzas. María se finge madre solícita, pero, en rigor, coquetea a derecha e izquierda con los angelotes que la rodean y que son ya unos efebos. Pose, convencionalismo, ampulosidad nostálgica como el desierto. El “panóptico” suele estar embadurnado de sangre de mentirijillas, pero más a menudo está espolvoreado de azúcar. Cádiz es la ciudad de Murillo.

En mayo, los obreros de Cádiz quemaron cuatro conventos. Aún quedan otros cuantos enteritos. Aquí, los incendiarios trabajaron deprisa y sin gran empeño. Los frailes están reconstruyendo ya los pabellones damnificados. Unos muros ahumados no rompen la blancura universal. El gobernador clausuró todos los sindicatos obreros. De este modo, restableció la tranquilidad general de la provincia. El alcalde de Cádiz sonríe finamente. En su despacho, donde antes lucía el retrato de don Alfonso, se ve una mujerzuela desnuda, de seno exuberante. Es la República. ¡Cuánto más agradable es mirar a la mujerzuela que al rey orejudo! Todos se sienten, por consiguiente, doblemente felices. Encima de la mesa del alcalde hay un bastón, no un bastón cualquiera, sino un bastón mágico, símbolo de la autoridad. Seguramente que cuando el alcalde de Cádiz empuña el bastón, todos los hambrientos de Cádiz se hacen la ilusión de haber comido hasta hartarse. En las calles hay palmeras, y debajo de las palmeras crece la hierba. Si debajo de las palmeras ve uno tumbado a un desgraciado que no ha comido, siempre queda el recurso de hablar de la benignidad del clima, pues aquí reina siempre una temperatura suave; por lo tanto, los que carecen de techo son felices. Aquí hasta hace calor, y ya se sabe que el calor quita el apetito, lo cual quiere decir que los hambrientos no pasan hambre. En Cádiz, hay bienestar y orden. Si a veces ocurre algún contratiempo, el elegante señorito de Ramón, don Rafael, sonríe condescendiente: “¡Otra vez nuestro Ramón cantando sobre las lechuzas de la tumba de su madre!...”.

Huelga de pescadores. Los pescadores dicen que se han cansado de pasar hambre. Quieren cobrar dos pesetas más. El secretario de la

Unión Patronal de las Industrias de Pesca me explica tranquilamente: “Los pescadores están en huelga porque les han azuzado los agitadores. No tienen ningún motivo para ir a la huelga. Ni ellos mismos saben lo que quieren...”. La conversación tiene lugar en el local de la asociación patronal. Paredes desnudas, olor a pescado. ¡Qué lástima! Yo colgaría aquí un Cristo barroco y quemaría incienso alrededor del secretario.

San Fernando es un suburbio de Cádiz. Sin embargo, San Fernando es también una ciudad y tiene alcalde propio. Me recibió como reciben los presidentes de las repúblicas a los embajadores extranjeros. Para realzar su autoridad, empuñó incluso su mágica vara. Me dirigió al boticario de la localidad, que tiene fama de ser hombre de cultura europea, y con este motivo me entregó un certificado oficial, donde constaba que él, el alcalde, me recomendaba al boticario. Y todo sin una sonrisa, completamente en serio. Tal vez el alcalde se acordaba de que Dolorcitas se fue con Perico. Tal vez se ahogaba de risa contenida a duras penas.

En San Fernando todo prospera, naturalmente. En San Fernando, además de las casas, blanquean al sol unas montañas de sal. Las casas blancas son a veces palacios. En estos palacios viven los industriales de Cádiz. Pero, a veces, las casas blancas son mazmorras. En estas mazmorras viven los obreros. De palabra, la burguesía andaluza es perezosa y bucólica, sólo gusta de canciones tristes y de tragedias imaginarias. De hecho, sabe arreglar muy bien sus asuntos. La sal está en manos de un gran trust: el Consorcio Salinero de San Fernando. Al frente del trust está don Salvador G. Suso. Es fácil que este señor esté dispuesto a llorar también, como Ramón, sobre la tumba de la lechuza y por su Dolorcitas. Pero el capital del consorcio es considerable y los montones de sal, mediante unas operaciones bursátiles, se transforman en azúcar pura. Juan, un obrero, trabaja también en la sal. Quiso ir a la huelga, pero don Salvador no se rindió. El que se rindió fue Juan. El gobernador supo clausurar a tiempo el sindicato obrero. El consorcio supo despedir a tiempo a los obreros sospechosos. Juan trabaja bien. Después de una jornada de trabajo durísima,

recibe cinco pesetas. Don Manuel asegura que Juan, en el fondo de su alma, es feliz y que sólo se finge desdichado. “Dolorcitas...” Juan sabe que la sal no es su Dolorcitas y que las cinco pesetas son mil veces peor que las lechuzas de la tumba. Juan lo sabe, pero Juan sonríe. Sobre la mesa de Juan hay una novela de Gladkov y un número de *Solidaridad Obrera*. En el colchón de Juan, embutido, espera un revólver. Juan canta la copla sobre la tumba de su madre. En Andalucía, los bailes de máscaras son muy animados. “Hasta medianoche son obligatorias las caretas.”

En San Fernando, están los astilleros del Estado. En los astilleros se declaró una huelga. El ministro llamó a los delegados obreros a Madrid. El ministro llevaba personalmente las negociaciones. Quería ganar tiempo. El gobernador clausuró el sindicato. Las fuerzas de los obreros se agotaron. Perdieron la huelga. La República no resultó ser peor que don Manuel. Al principio, despidieron a los obreros; luego los volvieron a admitir, pero no a todos. “Sobraron” seiscientos. Seiscientos vagabundos sin trabajo en medio de verdaderas montañas de sal y de azúcar imaginaria, entre las canciones tristes y las risas alegres, buscan pan. En San Fernando, hay muchas curiosidades dignas de visitarse. Hay el Museo marítimo, los santos barrocos, los industriales de la sal y, por último, el café La Mallorquina, con orquesta y vino oloroso. Sin embargo, en San Fernando no sobra el pan; lo que sobran son bocas.

El dueño del café La Mallorquina es, al mismo tiempo, ingeniero de los astilleros del Estado. No son, naturalmente, cosas incompatibles. De día, trabaja en los astilleros; por la noche, corretea por el café, olfateando el aroma del vino y vigilando las sonrisas de los parroquianos. Pregunte a este señor: “¿Qué peticiones expusieron los obreros en la huelga?” El ingeniero sonrió. “Son tan tontas, que da vergüenza repetirlas. Pedían, por ejemplo, que se instalaran duchas para los obreros...” El ingeniero estaba pulcramente vestido y, probablemente, habría tomado su baño. Pero al contarme que también los obreros querían lavarse después del trabajo, levantaba los brazos al cielo. En el café, los ingenieros, los negociantes de sal, los empleados, los comer-

ciantes, sorbiendo la olorosa manzanilla, suspiraban lánguidamente. En esta hora del crepúsculo la nostalgia andaluza se adueñaba de ellos...

Por las calles, vagaban los obreros sin trabajo. Sonreían alegremente. ¿Quién diría que no habían comido en todo el día? En cuanto a Juan, estaba leyendo una novela maravillosa sobre seres felices y, de cuando en cuando, echaba una mirada a su colchón... Era un revólver viejo, pero todavía podía servir.

De Cádiz a Málaga hay unos centenares de kilómetros. Entre las dos ciudades se ha enquistado Gibraltar, con sus monos salvajes y sus ingleses ultracivilizados. Un peñasco, cogido por unos bandoleros que editan un periódico y comen avena, todo encima del peñasco, y con las bocas de sus cañones comprueban los pabellones nacionales de todos los barcos que pasan. En Cádiz, es el Atlántico; en Málaga, el Mediterráneo. El agua cambia de color. La gente es la misma, la misma la dulzura. Pero en Málaga la dulzura está reforzada por el vino, el célebre vino de Málaga, espeso como jarabe. Más palmeras, más señores sonrientes que hablan de la felicidad universal, más miseria descarada y cruel. En el mundo, el nombre de Málaga va unido a las pasas y al vino, que más que vino parece un licor de higos. En cambio, a nadie se le ocurre pensar que Málaga pueda encerrar mucha amargura.

En Málaga, han quemado casi todas las iglesias y conventos. En ninguna otra ciudad adquirió el fuego tanta furia destructora. Los extranjeros suelen hospedarse en un hotel de la playa. Cielo azul, clima excelente, tranquilidad... No suelen subir por las calles angostas, como grietas, que conducen al barrio de los indígenas. Aquí se alberga la pobreza de Málaga. Aquí, los automóviles que se aventuran son recibidos con gritos hostiles, a veces con piedras. Aquí no hay más que mazmorras y niños desnudos. De aquí salieron los incendiarios del mes de mayo.

En el taller de un escultor, una estatua de la Virgen. La estatua está cubierta de polvo. El escultor suspira: "Me encargaron esta estatua, pero no han venido a recogerla...". El escultor trabaja ahora en otra

estatua. La tetuda República, naturalmente. Otra efigie de la República le ha sido encargada ya por un banco. El escultor se da prisa, no le vaya a pasar lo mismo que con la Virgen. ¡Quién sabe si sus clientes tendrán tiempo para recoger y pagar estas mujerzuelas pechugonas !

Un caballero se lamenta: “Han quemado todas las iglesias; es una catástrofe para Málaga. Granada tiene su Alhambra, Sevilla su Alcázar, pero Málaga no tenía más que su clima y sus iglesias. Ya no vendrán más turistas. Nuestras procesiones de Semana Santa no tenían nada que envidiar a las de Sevilla... Es preciso difundir por el extranjero que Málaga es un pueblo tranquilo y piadoso”. Este monólogo fue declamado cerca de las ruinas del palacio episcopal. No, no trabajó mal el “pueblo piadoso” de Málaga...

Además de los conventos, los obreros quemaron la redacción de un periódico. *La Unión Mercantil*. Todos los periódicos de Málaga están en manos de las derechas, pero *La Unión Mercantil* se atrajo un odio especial entre los habitantes de las chozas. Ahora, dos guardias de buena talla vigilan incesantemente la redacción del respetable periódico, velando por la libertad de la prensa. Para conocer toda la dulzura de Málaga, empecé por saborear el vino empalagoso y luego me fui a la redacción de *La Unión Mercantil*. El redactor me recibió con una sonrisa afable: “Nuestra ideología social está expuesta en el número tal. Le entregarán un ejemplar. Además, el secretario le facilitará cuantos informes solicite usted”. En lugar de dedos, el redactor tiene unos apéndices grasientos. Su sonrisa y su mirada están saturadas de la tristeza tradicional. Al preguntarle yo que por qué el pueblo había escogido su periódico en la quema, me contestó, sonriendo: “Intrigas de la competencia... La chusma se componía de criminales. Fue un acto de pillaje bien organizado”. “¿Por qué, entonces, los bandidos prefirieron la redacción de un periódico a una joyería?” El secretario dejó escapar un suspiro, lamentándose de la incultura de los campesinos. Resulta que también éstos son unos “criminales”. El año pasado recogieron la aceituna por familias y cobraban a destajo. Ahora exigen —¡qué osadía!— cinco pesetas diarias. El secretario sonrío irónica-

mente, pero su sonrisa está protegida por dos fieras armadas de fusiles.

Por el puerto rondan también fieras armadas de fusiles. Hoy están en huelga los marineros de la compañía naviera Iberia. No hay que decir que sus peticiones son estúpidas y criminales. Todos, empezando por el gobernador y terminando por el secretario de la redacción de *La Unión Mercantil*, están convencidos de que sólo unos locos pueden exigir, además de pan, una rajita de tocino o de chorizo. Además, estos chiflados sueñan con poder descansar, sentarse un rato, charlar... “Por aquí debajo andan las influencias de Moscú y las intrigas de los monárquicos...”

Los huelguistas se reunieron en los muelles, convenciendo a los sin trabajo de que no se prestaran a sustituirlos. La policía cogió presos a dieciséis marineros. Los presos, hacinados en una cárcel oscura y pestilente, suspiran. Están tristes por la suerte de su pequeña Dolores. ¿Se habrá marchado con el ricachón de Perico?

La noche azul extiende su manto sobre la Málaga blanca. En los casinos flota el acre perfume de los habanos. Aquí están reunidos el secretario del gobierno civil, el director de *La Unión Mercantil* y el gerente de la Iberia. Juegan a las cartas, suspirando líricamente. En los barrios obreros no hay casinos ni palmeras. Acaban de retirar de las cuerdas las camisas remendadas y de sorber el acuoso gazpacho. En algunas casitas están muy apretados esta noche. Los habitantes de Málaga — obreros, cargadores, pescadores— han alojado a los huelguistas forasteros. Los marineros no hablan ni de la maldad de los policías, ni de la revolución. Unos cuentan chascarrillos, otros cantan a la tumba de su madre, los demás aseguran que se están marchitando por un amor desgraciado. Abrevian como pueden la velada de hambre, sin disputas ni discursos. Ríen. También los habitantes de Málaga, aquellos que en mayo quemaron la redacción de *La Unión Mercantil*, saben reír. Parece un idilio inocente. ¿Quién va a pensar que en esta choza están escondidos dos revólveres y que alguna que otra mano se crispa convulsivamente de impaciencia?

XV

JEREZ

Jerez no debe su fama mundial a los hechos guerreros, ni a sus antigüedades, ni a su suntuosidad y sabiduría, sino únicamente a su vino aromático y empalagoso, vino color oro pálido. Las tarjetas de visita de Jerez se encuentran en cualquier palacio del mundo. Son las etiquetas de las más añejas botellas. A su vez, en las bodegas de Jerez se encuentran las tarjetas de visita de todas las testas coronadas del mundo: Jorge de Inglaterra, el viejo rey de Suecia, que todavía suele sorber el jerez durante sus partidas de bridge, el príncipe de Piamonte, que empieza por el jerez su arte de reinar. Los recibidores de las bodegas de jerez están empapelados con el almanaque Gotha.

Pero no son sólo los reyes de juguete los que aprecian el jerez. Sus altas cualidades están reconocidas también por los auténticos reyes del mundo: los reyes del petróleo, del nitrato, del cobre... Una botellita de jerez siempre entona bien con el despacho del señor director; sirve para suavizar la sequedad de los balances, para rociar el humor de los bolsistas en los “viernes negros” y los “miércoles negros”.

Los *gentlemen* ingleses, bautizando al jerez con el nombre de *sherry*, divulgaron su fama por el mundo entero. El jerez sirve para reconfortar a los señores de las plantaciones, a los virreyes, a los oficiales de las expediciones de castigo y a los espías. Este vino es, unas veces, seco y áspero, en cuyo caso se llama “amontillado”; otras veces denso, y se llama “oloroso”, o bien oscuro y dulzón, y entonces su nombre es “solera”. El tesoro de las cepas de la región se carga en el puerto de Cádiz. Este tesoro, que será el consuelo de los sedientos del mundo entero. Ha bajado la libra, bajaron las coronas, se tambalea el florín, pero nunca los reyes y los fabricantes, los ministros y los bolsistas, sintieron tanta necesidad como ahora de este elixir reconfortante.

Jerez es una pequeña ciudad de provincia, con pilas de barricas en lugar de monumentos. Sin embargo, entre las pilas de barricas, tropie-

za uno a cada paso con los escudos de las diferentes potencias, grandes y pequeñas. En Jerez tienen consulado, no sólo las minúsculas repúblicas de la América central, sino hasta la Rusia zarista. Este cargo, tan elevado como abstracto, lo ocupa el principal cosechero de la región.

Las bodegas de González Byass son, con la iglesia barroca y el monumento a Primo de Rivera, una de las principales atracciones de Jerez. Aquí solían rendir culto al vino los Borbones. González Byass presume de su “Rotonda”. Es una bodega donde las barricas están alineadas unas encima de otras, formando circo. Los reyes estampaban aquí sus firmas, sobre las barricas. Al visitante le enseñan aquí los autógrafos de Alfonso XIII y de sus bisabuelos. La “Rotonda” de González Byass recuerda la cripta de El Escorial. Allí, los féretros que guardan los restos de los reyes. Aquí, las barricas sin vino... Es el museo de González Byass.

En la fábrica de González Byass, en vez de reliquias de museo, hay máquinas: máquinas de envasar vino, máquinas de corchar botellas. Al lado de las máquinas, unas obreras. El señor González Byass, coleccionista de autógrafos regios y cónsul de la Rusia zarista, miembro del consejo de administración de una poderosa empresa, con capital inglés, y poseedor de muchos millones de pesetas, retribuye generosamente a sus obreras: éstas cobran dos pesetas diarias; cuatro francos, sesenta pfennigs, treinta copeques.

Alrededor de Jerez, viñedos inacabables. Los republicanos de Jerez aseguran orgullosamente que los campesinos de la región viven felices. Aquí, no hay latifundios, la tierra está distribuida entre pequeños propietarios. Entre veintitrés “pequeños propietarios”, poseen 47.000 hectáreas. Los campesinos no tienen ni un palmo de tierra. Las habitaciones, en esta región, son caras y no pocas veces los campesinos tienen que pagar por una casita 500 pesetas al año. El jornalero cobra seis pesetas diarias, pero sólo trabaja seis meses, de modo que gana, a lo sumo, 1.000 pesetas al año. La mitad se le va en pagar su alojamiento. Con las 500 pesetas restantes, tienen que vivir él y su familia.

No come carne más que dos o tres veces al año. Anda con los zapatos rotos. Se creerá que esto es ya el límite de la miseria; pero ¡quién!, estas seis pesetas diarias—conquista de los sindicatos— provocaron un griterío histórico en todos los terratenientes. “¡Los campesinos han perdido la cabeza!” Lo consideraron como un acto revolucionario. Muchos lo pagaron caro. Unos con meses de cárcel, otros con la vida...

Alrededor de Jerez hay hermosas fincas pertenecientes a los señores de Villamarta, de Ander, de Harvey. Alrededor de Jerez hay también centenares de aldeas habitadas por labriegos pordioseros. En un litigio entablado entre el señor de Ander y un labriego, la “República de trabajadores” no vacila. El gobernador firma una orden y la policía captura a los “cabecillas”. Por lo visto, la República cree que con mil pesetas al año se puede vivir bien. Claro que no a todo el mundo le bastan. La misma República sabe ser generosa. Don Salvador de Madañaga, por ejemplo, percibe al año los siguientes sueldos: como embajador, 300.000 pesetas; como catedrático en Oxford, 100.000; como representante de España en la Sociedad de Naciones, otras 60.000; como diputado, 12.000. En total, 472.000 pesetas. Don Julián Besteiro, socialista, cobra como presidente del Congreso, 60.000 pesetas; como catedrático, 16.000; como diputado, 12.000; para gastos de automóvil, 15.000 pesetas. En total: 105.000 pesetas. Don Ramón Pérez de Ayala recibe como embajador 200.000 pesetas; como presidente del Patronato del Museo del Prado, 60.000; como diputado, 12.000. En total: 272.000 pesetas.

Jerez no es sólo vino, millones, miseria. Jerez es también lucha. Allí presencié un mitin de los braceros del campo. Un lagar. Humo. Sombreros de ala ancha. Discursos. Discursos que no se pueden reproducir en los periódicos madrileños. Los obreros de los cortijos exponen las condiciones en que viven. Trabajar para el amo, luego a dormir sobre la tierra al lado de las vacas. Los obreros de las bodegas exponen sus cuitas. Los patronos reemplazan a los adultos por niños. A uno, lo arrestaron ayer por cantar *La Internacional*. A otro lo apalearon por haber invitado a boicotear la casa del coñac Caballero, pues el señor Caballero no es sólo el amo, sino que es también el alcalde.

En Jerez se publica una hoja periódica: *La voz del campesino*. La edita Sebastián Oliva, un labriego que trabaja en las viñas, viejo revolucionario, muy familiarizado con las cárceles de España. Es un hombre de unos cuarenta y cinco años, con brazos membrudos como las raíces de un árbol y ojos secos y ardientes. Estuvo en Cuba, donde trabajó en las plantaciones. También allí conoció las rejas de la cárcel. Sus ideas políticas son candorosas y enrevesadas. Toda la fuerza se le va en los sentimientos, en su extraordinaria pasión, en su devoción fanática por su “verdad”, bastante confusa para los demás, pero para él infalible. Si viviese en otra parte, se le podría llamar semianarquista y semicomunista. En Jerez no tiene más que una denominación: campesino andaluz.

En el periódico *La voz del campesino*, sólo escriben los labriegos. Es un periódico estrambótico, incoherente. No obstante, lo lee uno sin esa repugnancia con que se hojean instintivamente los grandes rotativos, los de la “derecha” y los de la “izquierda”, llenos todos de grandes palabras y nobles propósitos. En esta hojita campesina, José Márquez, después de hablar de Caín y Abel, escribe: “Sin los labradores no hubieran podido existir ni Gutenberg, ni Cervantes, ni Colón, ni Reclus, ni otros grandes pensadores”. El labriego Alfonso Núñez incita a sus compañeros a no acudir a la recolección de aceituna mientras no se abra el sindicato clausurado por las autoridades. Su artículo se titula: “La cárcel de Córdoba”. Avelino Damián “filosofea”: “Andalucía es el país de los prados verdes y el cielo azul, pero nosotros vivimos en una pocilga”. Mauro Bajabienra comunica que en Córdoba trece señores poseen ellos solos 24.000 hectáreas. Luis Pared llama a los patronos “tigres”. La redacción observa que el calificativo es ofensivo para los tigres. Luego, hay versos, lamentaciones, relatos de atropellos cometidos, sueños de un “paraíso libre” y arengas para la lucha.

La voz del campesino es una hoja que sólo leen los aldeanos. No se exporta al mundo entero con los barriles del vino. Los cónsules de las potencias grandes y chicas suelen frecuentar las bodegas, pero no los mítines. Jerez, para el resto del mundo, sigue siendo lo que ha sido siempre: “vino color oro pálido”. Un vino que embriaga ligera, dulcí-

simamente. Tal vez ocasionara una jaqueca a sus aficionados si adivinaran lo que es el otro Jerez, el Jerez de la lucha por la justicia.

XVI

CONSIDERACIONES ESTÉTICAS SOBRE CÓRDOBA

Córdoba es una ciudad llena de melancolía. Esta ciudad ha experimentado y comprendido lo que nosotros llamamos “historia”. Ha conocido una grandeza auténtica, hecha no sólo de poderío militar, sino una verdadera hegemonía espiritual. Mucho antes del Renacimiento italiano, los moros y los judíos descubrieron aquí los tesoros de la cultura antigua. Junto a la Europa alucinante, presa de terror medieval, junto a los fanáticos piojosos y los santurrones mitrados, en Córdoba vivía un estado seglar de médicos, de arquitectos, de filósofos, de escritores. El problema de la sucesión es, a veces, complicadísimo. El judío Maimónides, bajo la vigilancia del Islam, supo transmitir a los cristianos sus entusiasmos por la Hélade. Córdoba fue conquistada en nombre del profeta. Sin embargo, el triunfo de la media luna fue el triunfo del escepticismo. El catolicismo oprimía la curiosidad del mundo juvenil. Siglos más tarde, se metió también con los humanistas. Los *sans-culottes* analfabetos tuvieron que hacer valer de nuevo su derecho a sonreír. Y los *sans-culottes* vencieron. Pero lo que entonces parecía la juventud del mundo, cien años más tarde nos parece a nosotros, y con razón, “el podrido liberalismo”. Para el rejuvenecimiento de Europa hace falta un nuevo credo llevado *ad absurdum*.

El caso es que Córdoba se ha convertido, entre tanto, en una pequeña ciudad de provincia. Sus antiguos barrios están llenos de profundo encanto. Callejuelas estrechas, tortuosas; casas policromadas, tranquilas, frescas, con patios interiores refrescados por medio de plantas y surtidores. El plano de la ciudad es estrambótico y lógico en su ilo-

gismo, como la escarcha depositada en los cristales, como los sueños...

En la moderna Córdoba hay calles amplias, casas que son casi rascacielos, automóviles; en una palabra, todo lo que requiere una ciudad moderna. Sin embargo, sobre la Córdoba moderna pesa la maldición bíblica: se asfixia bajo el calor andaluz.

Los estetas de nuestro tiempo gustan de llamarse “constructivistas”. Exigen un arte claro y lógico. Su caballo de batalla es la arquitectura. Frente a los pintores parisienses, tremolan como bandera el esqueleto de un rascacielos y la exactitud de la máquina. Pero los estetas, pónganse como se pongan, siguen siendo estetas. Al hablar del confort, piensan en la belleza. Empezaron por la lógica y acabaron por el estilo. La estética de nuestra época, como toda estética, compensa la falta de lógica con el despotismo de la moda. Nada más incongruente que ver palacios florentinos en Estocolmo. Es el tributo al universalismo. Pero ni el comercio internacional ni las redes aéreas vencen del clima. La estética nacida en Nueva York y que es probable que corresponda a los gustos y hábitos de Norteamérica, se convirtió con ayuda del dólar en la estética universal, igualmente obligatoria en Francfort que en Jarkov, en Oslo que en Sevilla. Esta estética nueva se llama “constructivista”, pero en realidad es tan decorativa como los demás estilos que conocemos por la historia del arte.

La Córdoba antigua puede burlarse con razón de la moderna. Sus callejuelas tortuosas no fueron ningún capricho. Las trazaron arquitectos que conocían su arte: arquitectos moros y judíos. Para ellos, Córdoba era Córdoba; no conocían el *standard* yanqui. Construían la ciudad buscando la manera de asegurar sombra a sus calles, hasta en un mediodía tórrido de julio. Los patios están siempre frescos. Las ventanas no dan a la calle, sino al patio interior, refrescado por las plantas y los surtidores.

Por las calles estrechas y tortuosas pasan los burros. Para los automóviles, no hay aquí espacio suficiente. Para los automóviles han abierto otras calles rectas y anchas por donde pueden expansionarse los Fords

y el sol... Las personas que cruzan por ellas se derriten de calor. De día, la vida en los barrios nuevos es un verdadero martirio. Los rasca-cielos, con sus grandes ventanales, son invernaderos achicharrantes. Pero los “constructivistas” no se achican. Así crece la Córdoba moderna, como la Sevilla y la Granada modernas. Ni el predicador ni el artista piensan en el hombre. Sólo tienen delante un material: la piedra dura o la carne blanda.

Además del plano de la ciudad, a Córdoba le dejaron su mezquita famosa. Es un bosque de granito: avenidas de fustes, avenidas entre las cuales se vaga sin ver ni el techo ni las paredes, unas veces perdiéndose como en medio de una selva cerrada, otras veces, saliendo a un descampado. Las perspectivas: ¡he ahí la única inspiración del arte mahometano ! Es, ante todo, el triunfo de la razón. Es un acercamiento a la exaltación del matemático: el culto a los números. En la mezquita de Córdoba los creyentes oraban, pero con más propiedad hubiesen podido ocuparse allí de filosofía o de gimnasia, meditar sobre lo infinito o resolver ecuaciones. La mezquita no es un templo, es un salón de actos. Por cierto que ahora se ha convertido en una catedral católica. Cuando triunfó la Inquisición, los católicos decidieron redimir los santuarios infieles. Dentro de la mezquita construyeron un altar mayor y unas capillas en el más vil estilo barroco. Se empeñaban en vencer el espíritu mundano con muecas de piedra, mármol barato y fanatismo hipócrita. ¿Vale la pena de pensar en su derrota, sobre todo ahora, cuando el arte mundano, endeble y triste, va a ser suplantado por un nuevo absolutismo?

Los primeros cristianos, volviendo la espalda a la escultura romana familiarizada con la estética y la anatomía, retornaron a la barbarie. Sus sarcófagos parecen balbucesos infantiles. Dos o tres siglos duró este divorcio. El arte se hizo impotente, pero grandioso en su impotencia. Realmente, la humanidad veía el mundo de una manera nueva. El Buen Pastor, tosco y desmirriado, no era sólo un engendro del dios Pan. Representaba una nueva forma y un nuevo ser. Acababa realmente de nacer. El camino iba ascendiendo hacia la escultura románica y gótica. Pero los bárbaros que adaptaron al cristianismo la mezquita de

Córdoba no eran ningunos niños; eran unos degenerados. Odiaban el espíritu mundano de la mezquita. Cegados por el dogma, eran enemigos de la razón, pero ya no podían crear nada fuera de aquellas ridículas rosquillas de piedra. Eran fanáticos por su conducta, sabían destruir mezquitas y quemar herejes, pero carecían de la inspiración de los fanáticos. En su fuero interno, estos fracasados envidiaban seguramente la pericia de los arquitectos árabes que habían levantado la mezquita que ellos afeaban.

Hoy, todo el mundo está conforme en que el relativismo ha muerto. En que el arte sólo puede avanzar por el camino del análisis y de la crítica y hasta de la burla. ¿Quién vendrá mañana a reemplazar a Picasso, a Joyce, a Pasternak, a Prokofiev, a Meyerhold? ¿Unos bárbaros auténticos con palabras nuevas y un arte nuevo, o los “cristianizadores” de la mezquita de Córdoba, esos “alumnos aventajados” disfrazados de bárbaros, malos maestros e hipócritas ejemplares?

XVII

UN DISCÍPULO DE BAKUNIN

Le conocí en Fernán Núñez. A pesar de su encopetado doble nombre, Fernán Núñez no es más que un pueblecito insignificante de Andalucía, habitado por labriegos, un pueblecito como tantos, con su casino y su miseria. Más que pueblo, parece el arrabal triste de una ciudad. Sin embargo, aquí hasta la ciudad está lejos, y esta ciudad, Córdoba, no es una ciudad, sino un museo. En estos pueblucos, pese a la consabida sucursal del banco y al casino, se da uno cuenta de lo lejos que está España del resto del mundo. Los Pirineos, aunque perforados por varios túneles, siguen siendo los Pirineos, y el viento del Sur, seco e irrespirable, anuncia la proximidad del desierto africano.

La República mandó a las provincias a sus nuevos gobernadores: periodistas, abogadillos. La cosa parecía un cuento de hadas. Caballeros que todavía ayer sesteaban en los sofás de los cafés de Madrid preocupados por la busca y captura de un duro, viéronse convertidos de la noche a la mañana, como por encanto, en sátrapas omnipotentes. De los que venían a ser sus nuevos feudos no tenían más que recuerdo confuso desde los bancos de la escuela. Un abobado cualquiera de Asturias, después de estrechar la mano de sus amigos, tomaba el tren y se marchaba a gobernar la provincia de Extremadura. Se desató la competencia. Pero el gobernador de Sevilla los achicó a todos. Aprovechando una delación, averiguó que en la Casa de Cornelio, un cafetín, se alojaba el supuesto estado mayor de los revolucionarios armados. Mandó sitiar la casa por fuerzas de artillería y los cañones dispararon veintidós proyectiles contra el mísero edificio, una vez desalojado. Después de esta batalla, fue ya empresa fácil arrestar a un centenar de obreros y clausurar los odiados sindicatos.

Tampoco el gobernador de la vecina Córdoba perdía el tiempo. El día 11 de agosto ordenó la clausura de treinta y un sindicatos obreros. La cárcel de Córdoba vino a convertirse en la sucursal de la Confederación Nacional del Trabajo. En la provincia de Córdoba sólo funcionan ahora los sindicatos de los socialistas. El gobernador les quitó de en medio bonitamente sus peligrosos competidores.

En Fernán Núñez hay, además del casino, una casa del pueblo, que es otro casino: el casino socialista. De las paredes del salón penden los retratos de Carlos Marx y de Pablo Iglesias. Del primero, lo único que los socialistas saben es que luchó a brazo partido contra los anarquistas. A Pablo Iglesias le veneran como al padre espiritual de los ministros republicanos Indalecio Prieto y Largo Caballero. Junto a estos retratos luce también una imagen fascinadora, una matrona casi desnuda: la República. Es la facha con que se la encuentra uno en todas las oficinas públicas, hasta en las comisarías de policía.

Rodeando a una mesa estaban sentados los socialistas de Fernán Núñez: el dueño del café, el veterinario, un escribiente, unos cuantos

campesinos. Llevaba la voz cantante el veterinario. Los campesinos callaban.

Pregunté a uno de los campesinos si podría presentarme a algún sindicalista. Pregunta harto indiscreta de mi parte, ya lo sé. Pero, por fortuna, en los pueblos de España las pasiones políticas todavía no han envenenado del todo los sentimientos humanos. A veces, los enemigos se lían a tiros; pero, mientras no se vienen a las manos y salen a relucir las pistolas, saben conversar unos con otros como buenos amigos.

Así conocí a mi anarquista. Entró en el salón, huraño y tranquilo, saludó cortésmente a toda la ronda y se sentó debajo del retrato de la República. No era ni oficinista ni veterinario. Sus manos encallecidas delataban a voces su profesión. Era un simple labriego. Labraba la tierra, o podaba las cepas, o recogía aceitunas, según la estación del año.

Como todos los labriegos, era muy pobre. Su traje, comprado en tiempos al prendero por un par de duros, había tomado el color pardo de la miseria. Este anarquista no era presidente de ningún sindicato ni colaborador de ningún periódico barcelonés. Trabajaba “de sol a sol”. Cuando el sol, apiadándose por fin de él, se ponía, nuestro hombre se entregaba al pensamiento, a la discusión, a la lectura. Si le hacían preguntas insidiosas, contestaba correcta, pero enérgicamente. Nada ni nadie podía obligarle a cambiar de convicciones.

“¿Los socialistas?” Y echa una sonrisa maliciosa al veterinario. “¿Los socialistas? Un partido burgués...” No, a él que le hablen de huelgas, de pistolas, de revueltas en las calles. La palabra “dictadura” le entristece más que le asusta. Aborrece al estado y es partidario de la comuna libre. El veterinario discute con un compañero sobre quién defiende mejor a los obreros, si la Segunda o la Tercera Internacional. Naturalmente, el veterinario opta por la Segunda. Al llegar aquí, suena la voz suave, pero muy clara, muy rotunda, del campesino, del que está sentado debajo del retrato de la República:

—Yo no creo más que en la Primera Internacional...

Y, como por encanto, resucita la historia, reviven las agrias discordias de allá por el año setenta y tantos... Los anarquistas españoles, las escisiones, las páginas polvorientas. Así resurge también el mapa de España, lejos, muy lejos del mundo habitable...

El sólo cree en la Primera Internacional. Además, profesa el principio de la libertad. Y no es un fantasma del pasado, no; es un ser viviente, un hombre de carne y hueso. Todavía no hace dos horas que estaba recogiendo aceitunas. Yo puedo certificar que sus manos encallecidas están calientes de vida. Y, sin embargo, exclama, sin alzar apenas la voz: “Yo sólo creo en la libertad”. Siento un deseo irreprimible de comprender a este ser contemporáneo mío y, sin embargo, enigmático, y le pregunto:

—Vamos a ver. En Fernán Núñez hay una viuda. Esta viuda no cree más que en el cura. No quiere mandar a su hijo a la escuela. Le teme a la instrucción como a Satanás. A mí, me consta que vosotros, los anarquistas, estáis en contra de la religión. Pues bien, ¿es lícito o no es lícito obligar a esa mujer a mandar a su chico a la escuela?

Se queda un momento callado. Luego, me mira lastimeramente, como toro asaeteado por las banderillas. Y, como el toro, no puede retroceder.

—Obligar no se puede. Hay que convencer. ¿Que no se puede convencer? ¡Pues hay que convencer!

¿Acaso este hombre que tengo delante es un tolstoyano? ¿Un dujor?² ¿Tal vez un discípulo de Gandhi? No, nada de eso; este hombre cree en la eficacia de la lucha. Sabe que hay que apoderarse de la tierra, que hay que apoderarse de las fábricas. Que todo el mundo tiene que trabajar. Es revolucionario. Cree apasionadamente en la revolución. En la revolución y en la libertad...

—Nuestro maestro es Bakunin.

² Una secta religiosa rusa que predicaba la no resistencia al mal.

¡Con qué absurdos se tropieza uno en la historia! ¡Quién le diría a Mijail, aquel señorito ruso rebelde y holgazán, que se divertía en jugar con bombas como un oso de circo; quién le diría a aquel Mijail, que escribía largas epístolas sentimentales a Nicolás I, que, a la vuelta de setenta años, había de encontrar un discípulo apasionado en un labriego semianalfabeto del pueblecito de Fernán Núñez!

Hace tiempo que la historia falló el pleito librado entre Marx y Bakunin. Hoy, Marx es el maestro de un potente estado, del estado que está levantando la Magnitostroi³ y organizando los koljoses.⁴

Tras él forman ciento setenta millones de habitantes y se alza una revolución victoriosa. ¿Y Bakunin? Bakunin no ha conseguido más que ser el maestro de este labriego de Fernán Núñez.

En nuestra discusión no queda sitio para el pobre veterinario. El pobre veterinario no puede citar en apoyo de sus convicciones, no ya a Marx, sino ni siquiera a Pablo Iglesias. Su maestro es Largo Caballero, y su sostén el gobernador civil, que clausuró el local del sindicato afiliado a la Confederación. Pero el discípulo de Bakunin no está solo. Hay muchos como él en Fernán Núñez, en Jerez y en Sevilla. Y, sin embargo, nada más fácil que demostrar la confusión caótica de sus ideas. Nada más fácil tampoco que convencerse de que su táctica — esta incesante campaña de guerrillas, huelgas parciales, sangrías, salvas sueltas— conduce y necesariamente tiene que conducir a los obreros a la derrota.

Pero, entre tanto que ese día llega, en este casino socialista, debajo del retrato de la República, al lado del elocuente veterinario, está sentado, no un teórico ni un caudillo, sino un hombre vivo, un auténtico labriego de Fernán Núñez, todo lo estrambótico, todo lo soñador, todo lo valiente, todo lo mísero y todo lo irreconciliable que sabe ser un campesino andaluz.

³ Una gigantesca fábrica minero-metalúrgico-químico-industrial de los soviets.

⁴ Colectividades agrarias.

Sus ideas políticas no pueden ser más candorosas. Pero, ¿quién se atreverá a decirle que sus sueños de una comuna libre no son más que frases de folletos anticuados o delirios de su imaginación febril?

Sus ideas no pueden ser, indudablemente, más extemporáneas. La dictadura está en la calle. Esto es tan seguro como que vivimos en el año 1932. Y, sin embargo, el campesino de Fernán Núñez me distrajo por un momento de la actualidad. ¿De dónde salía aquella voz apagada, obstinándose en la apoteosis del hombre y de los tiempos del porvenir?...

XVIII

LA DESPEDIDA DEL MARINERO

En España, el arte no se ha divorciado todavía de la vida, no se ha convertido aún en el juego estéril de unos cuantos espíritus especialmente refinados. Aquí, el arte es inseparable de las montañas, de los burros, de la severa vida campesina. En Granada vi a los alfareros, reconcentrados en su trabajo, fabricar sus pucheros y sus jarras con verdadera inspiración. Podría uno enterrar estos cacharos, desenterrarlos más tarde y venderlos luego a los turistas como curiosidades arqueológicas. Pero no es la ley de la inercia. Es la continuidad de ciertas proporciones, unidas a la misma luz, al mismo cuerpo, a la misma fiesta: una jarra de vino y un puñado de aceitunas. El mundo antiguo se componía de dos planos: en el de arriba, arqueología, estilo, modas; en el de abajo, la simplicidad de los hábitos vulgares y cotidianos.

El artesano pinta platos: pájaros, flores, hojas. Es un arte sencillo y grande al mismo tiempo. Estos platos alegran a cientos de miles de campesinos. Adornan la escasez del sustento. Reemplazan a los cuadros y a las estatuas. Estos pájaros pintados en el barro vuelan; estas

flores florecen, y la ilusión, tan necesaria para el hombre como el pan y el agua, flota extrañamente en la cabaña ahumada.

Los alfareros de Granada, los tejedores de Córdoba, los guarnicioneros de Salamanca, los encajeros de Toledo, no son artesanos: son artistas.

El pastor de Galicia canta su canción: es un poeta. La campesina de Andalucía baila. Es una perfecta bailarina. Se la puede llevar al tablado. Un extranjero se siente aquí capaz de creer en la vida perenne del arte más de una vez enterrado por él mismo. En otros países, el arte se sostiene ahora convencionalmente, como el curso del papel moneda. Es cosa convenida que en las paredes han de colgar unos cuadros lamentables. Es cosa convenida que en las revistas, entre dos artículos, se han de publicar unas líneas cortas llamadas “versos”. Es cosa convenida que el arte es un atributo indispensable de toda vida civilizada.

Entre las viejas canciones españolas hay una, simbólica si se quiere. Es una canción que dice que un día de san Juan un jinete se acercó a un lago. En el lago vio un barco maravilloso con el velamen de seda desplegado al viento. En el barco cantaba un marinero. Su canción era tan bella, que los pájaros, al oírle, se posaban en los mástiles. Tan bella, que los peces, al escucharle, sacaban sus cabecitas del agua. Entonces, el jinete preguntó al marinero: “Dime, marinero, ¿qué es lo que cantas?”. El marinero respondió: “Sólo digo mi canción a quien conmigo va”.

Claro que, con cierta dosis de mala intención o de estupidez, se podría interpretar esta canción en un sentido místico. Pero, ¿para qué? ¿Acaso vale la pena de confundir el alto timbre de la voz del marinero con una oración? Se trata sencillamente de la sugestión del canto. Esta canción nos recuerda que el arte apela a nuestros sentimientos. Si desnudamos a una mujer, veremos un cuerpo bonito; si desnudamos a una berza, no aparecerá más que el troncho. Los métodos del arte no son métodos científicos, y es en vano si los críticos se indignan ante los tronchos.

No es que yo quiera, ni mucho menos, exagerar el valor de las viejas canciones ni de las jarras bonitas. Sé que esta alegría efímera se paga con la miseria. Que el arte popular se conserva en España unido a otros muchos vestigios del régimen feudal, que no tardarán en perecer junto con él.

En las provincias más adelantadas —en Valencia o en Cataluña— ya se ven teteras esmaltadas en vez de jarras, y, en lugar de las viejas canciones, se oyen los sonos del foxtrot. Pronto los últimos platos de los alfareros granadinos serán trasladados a los museos, y las bellas canciones se editarán para que las estudien treinta o cuarenta etnógrafos. España entrará, al fin, en la nueva era dura y afanosa, en la era desprovista de pájaros, de sueños y de canciones. ¿Es cosa de lamentarse de ello? Toda época tiene su lirismo. En tiempos de Cervantes no había aeroplanos, ni puentes colgantes, ni grandes rotativas. El progreso no significa sólo adquisición, significa también pérdida. ¿Le hubiera valido algo a Cervantes echar de menos la cerámica mora o la poesía didáctica hebrea? Cervantes contemplaba el hermoso acueducto romano de Segovia y, no obstante, se contentaba con el agua de los pozos sospechosos de sus convecinos. Dulcinea le parecía mucho más importante que la conducción de aguas. Nosotros tenemos derecho a no estar de acuerdo con él, tenemos derecho a preferir una tetera esmaltada a la más hermosa de las jarras.

El mal está en que España, como otros países, no quiere en modo alguno prescindir sencillamente del arte, y lo reemplaza con sustitutos. El proceso de la decadencia de los sentimientos estéticos en Europa se puede comparar a la calvicie. Los pueblos, despreocupados, tonsuraban a su poesía y a sus poetas. Luego, cayeron en la cuenta de que no se podía vivir sin agua. Y es verdad, mientras sólo se trate del agua; mas la cosa resulta ya más discutible tratándose del arte. La poesía o la pintura que ahora fabrican en Madrid apenas sirven para nada. Y no es que falten los temas. Si en vez de escribir sobre las aventuras amorosas de fulanito o de zutanito, los escritores se inspiraran en las desdichas del campesino andaluz, sus novelas seguirían siendo novelas. Hoy, el mundo no necesita imágenes ni rimas. Lo que

necesita son estadística y propaganda. El jinete no quiso embarcarse con el marinero. Prefirió quedarse en tierra. Pues bien: entonces es preciso decidirse y volver la espalda virilmente de una vez al velamen de seda para ocuparse de cosas concretas: de máquinas y caminos, y no empeñarse en sustituir la canción del marinero por el gramófono portátil.

XIX

GRANADA

La Alhambra, el palacio moro, está emplazado en lo alto de Granada. Este verano estalló en Granada una huelga. En las calles, la gente cantaba y gritaba. La guardia civil disparaba. Hubo algunos muertos. Momentos después, llegó a Granada un autocar cargado de turistas, de esos ociosos aburridos que recorren el mundo comprobando si efectivamente se hallan en su sitio todos los monumentos enumerados en el Baedeker. El autocar pasó rápidamente por las calles desiertas. Los cadáveres habían sido ya recogidos. Los turistas no prestaron el menor interés a las manchas rojizas que teñían las piedras del suelo. Tenían prisa en llegar a la Alhambra. Allí, el guía les indicó: “En este mismo lugar el sultán mató al amante de su favorita”. Y los turistas estuvieron contemplando durante largo rato la mancha oxidada para cerciorarse de si era efectivamente de sangre o no... Luego se sentaron en el autocar y salieron para Málaga.

Algunos turistas visitan la ciudad de Granada más detenidamente. Al lado de la Alhambra han construido dos magníficos hoteles para los turistas. Los alrededores están llenos de notas exóticas. Por las avenidas rondan gitanas con rosas encarnadas en el pelo y los ojos encendidos de catastrófica pasión. Gritan: “¡Somos gitanas!”, y hacen sonar sus castañuelas. El turista puede, si gusta, encaminar sus pasos a las cuevas, donde hay, por lo menos, un centenar de “gitanas” de éstas.

Habrán estado en Madrid, incluso tal vez en París; pero para el turista serán siempre hijas salvajes de la naturaleza. Por cien pesetas, las hijas de la naturaleza bailan a la luz de la luna. Durante la *season* la dirección del hotel Alhambra las contrata para dar algunas zambras. Además de las gitanas, Granada brinda a los turistas varias tiendas de recuerdos españoles castizos, tales como, por ejemplo, castañuelas y panderetas. Verdad es que estos instrumentos estridentes sólo se fabrican para los extranjeros. Pero, ¿no se da por descontado desde antes de emprender el viaje que la pandereta es España? Los guías arrojan su capa a los pies de la anciana *miss*: “¡Quisiera morir por ti!”. Inmediatamente, el guía traduce su aforismo a la momia británica. El guía no llega a morir, pero con estos arrebatos de pasión la capa se estropea. No es de extrañar, pues, que la *miss* le dé una pesetilla más de propina... Por un duro, el guía canta toda una serenata. Por dos duros, esta serenata será rociada por la luz de la luna en los jardines de la Alhambra. Queriendo, le sirven a uno gitanas, panderetas, hasta la mismísima Carmen, e incluso toreros, verdaderos toreros de carne y hueso. No es más que cuestión de *valuta*.

Es la auténtica España de los turistas, o, como suelen llamarla aquí, “la españolada”. De un gran país bastante orgulloso y suficientemente desgraciado han hecho un café cantante. Todos han contribuido a ello: los de casa y los de fuera. Mérimée y Zuloaga,

Blasco Ibáñez y Balmont, Montherlant y las postales, los poetas románticos y los dueños de los hoteles. Granada es la capital de esta España escenográfica. Granada rima bien con serenata y tiene en lo alto de sus calles a la Alhambra. Granada es una gitana con una rosa en la cabeza.

Granada cuenta con más de cien mil habitantes. Como se comprende, los que pueden vivir golpeando la pandereta y cantando las maravillas de la Alhambra no son más que unos cuantos. Granada es una ciudad como otra cualquiera. Tiene también su ensanche. Gran Vía. Rascacielitos. Algunas tiendas elegantes. La Granada moderna nació a principios de siglo, y debe su existencia al azúcar. No al azúcar espiritual

del litoral andaluz, sino al más vulgar azúcar refinado. Hará unos treinta años, empezaron a cultivar en los alrededores de Granada remolacha azucarera. La nueva burguesía compró las tierras a los aristócratas arruinados, construyó fábricas y llenó la ciudad con el lujo sospechoso de sus fachadas cargadas de bajorrelieves, lustres de bronce, estatuas de mármol. Huelga decir que el azúcar sólo se servía a la mesa de estos buenos burgueses en esos azucareros extravagantes que representan unas veces un cisne, otras veces una babucha. Ahora, el burgués de Granada, a pesar de la crisis, se apasiona por los inmuebles de diez pisos y por los automóviles. No le interesan los palacios de la Alhambra. Va al cine, donde las caderas de Clara Bow le distraen un poco de las caderas de las bellezas locales, gitanas y no gitanas. En el casino habla de política, pone verde a Madrid y exige, naturalmente, que se clausuren los sindicatos. No arroja su capa a los pies de ninguna *miss*, por la sencilla razón de que no viste capa, sino un abrigo inglés que deja cuidadosamente en el guardarropa. Y al burdel no va buscando baile de pandereta precisamente, sino los “números parisienses” de que le ha hablado don Nicolás, recién llegado del extranjero. Para el burgués. Granada no es la Alhambra, sino la Gran Vía, con sus bancos, sus tiendas y sus casinos.

Pero en Granada no hay sólo el ensanche. Hay también el Albaicín. En el Albaicín viven los artesanos y los obreros. En los talleres textiles del Albaicín vi no pocas bellezas femeninas. Pero éstas no tocan la pandereta. Se pasan el día entero de pie al lado del telar mecánico. Por este trabajo cobran un jornal de dos pesetas. Es un trabajo pintoresco, sí; pero es también el hambre. En el Albaicín la gente sabe pasar hambre. La Andalucía montañosa del norte es mucho más áspera que la del litoral, y en el Albaicín la gente ríe poco. Aquí pocos se acuerdan de la Alhambra. Aquí se pasan el día pensando en cómo arrancar una peseta. Aquí discuten quién tiene razón, si el *Mundo Obrero* o *Solidaridad Obrera*. De aquí bajaron los huelguistas gritando: “¡Viva la revolución!”, para volver arrastrando, dos horas más tarde, algunos cadáveres. Para la pobreza, Granada es el Albaicín.

Pero Granada es, además del nombre de la ciudad, el nombre de la provincia. Desde las torres de la Alhambra se abre un panorama magnífico de campos y montañas que se pierden a lo lejos. Al fondo se alzan las montañas de Sierra Nevada. Se divisa también el tema eterno de España, ese tema que, como una monótona canción oriental, repite su estribillo doliente en todos los rincones de la península. Otra vez las fincas inmensas, otra vez los cortijos solitarios, otra vez los pueblachos míseros. Siempre la misma cantilena: tantas hectáreas del conde de Tal..., tantas del duque de Cual... ¡Canción triste y pegajosa! ¿Cómo pasar indiferente ante estas cifras? Bella es Sierra Nevada, majestuosos los peñascos de Castilla, sugestivas las colinas de Extremadura... ¡Lástima que todo esto no sea sólo paisaje, sino la historia interminable de la infamia de unos y la desdicha de otros!

Un propietario posee, en Pedresa, 150.000 hectáreas de tierra; otro, de Benalcázares, 31.000; otro, de Almadén, 5.000. Ayer mismo, en aquella aldea, los campesinos volvieron a lanzar el grito de “¡tierra!”. Los guardias civiles dispararon. El grito viene resonando desde la primavera. El gobierno republicano no se contentó con enviar contra los campesinos ametralladoras, sino que envió incluso escuadrillas de aeroplanos. ¡Granada!... Para los campesinos, Granada es la lucha por la tierra.

Hace cinco años, España respiraba una atmósfera tranquila, pero asfixiante. Primo de Rivera hablaba de la grandeza nacional. Los socialistas hablaban de los encantos de la colaboración con la dictadura, de los comités paritarios y de la armonía entre el trabajo y el capital. Los poetas componían versos al amor “deshumanizado”. Y los estetas hablaban de la “deshumanización del arte”...

Hace cinco años, un joven poeta soviético, soldado del Ejército rojo, “soñador ucraniano”, luchando contra los blancos, cantó a Granada. ¿De dónde sacó aquel mozo ruso su nostalgia española?

¡Qué nombre tan bello tienes. Granada! Nombre jugoso de fruta soleada. Dejé mi familia, dejé mi cabaña, y me fui a pelear también por

España, para devolver la tierra soñada a los campesinos de mi bella Granada. ¡Granada, Granadal

No, estas estrofas no son ninguna broma. Según todas las probabilidades, la suerte de los campesinos de Granada se decidirá lejos de los campos de Andalucía. El triunfo de los conservadores ingleses infundió en seguida aliento a los condes y a los marqueses andaluces de los latifundios. En el otro platillo de la balanza, pesan los éxitos del plan quinquenal. Pero los versos de Svetlov, sin ser ningún pronóstico político —son sencillamente unos versos sobre Granada—, indican el tino de un poeta de nuestra época. Por Granada pasaron centenares de escritores extranjeros. Unos se contentaban con las gitanas; otros, más cultos e inteligentes, se hundían en las profundidades mullidas del arte oriental. Unos se enamoraban de una vulgar mujer de carne y hueso; otros, de un hermoso cadáver de piedra. Svetlov no ha estado nunca en Granada. A lo mejor, no entiende ni jota del arte árabe. Tampoco sabe nada de los bancos de la Gran Vía ni de las chozas del Albaicín. Para él, Granada no es más que “tierra” española, la “tierra” por la que claman los campesinos. Huelga decir que el joven poeta ignorante ha sabido ver mucho mejor la tragedia española que Lacretelle o Larbau. En ciertas épocas históricas, el exceso de ciencia se trueca en ignorancia y el refinamiento superfluo atrofia en el hombre la sensibilidad natural. Hoy, la Alhambra está envuelta en una densa niebla. Dejémosla a los turistas de Baedeker, con sus cipreses y sus gitanas. En uno de los patios de la Alhambra los muros son tan transparentes que los rayos del sol los atraviesan y juegan sobre las losas, formando un oleaje irisado. Es un truco del arquitecto, de la más elemental poesía humana. Si tuviera tiempo, me gustaría pasar días enteros junto a este oleaje irisado. Si hubiera nacido en otra época no escribiría sobre las fincas del conde de Romanones: escribiría sobre el juego de luces y de sombras. Pero ya llegará el día en que el hombre pueda volver a la Alhambra. Por ahora, su puesto está abajo, donde los habitantes del Albaicín tienen puesto cerco a la Gran Vía, donde los campesinos de la provincia de Granada mueren con un grito tan sencillo como “madre”, como “agua”: “¡Tierra! ¡Tierra!”.

XX

“QUERER Y ESPERAR”

La palabra favorita de los españoles es: “mañana”. Las máquinas americanas, en cuanto tocan suelo de España, se vuelven lánguidas y perezosas. Aquí las cartas se contestan al cabo de un mes o un año, si se contestan. Nunca hay prisa. ¿Por qué ni para qué? Sin embargo, la mujer española suele parir todos los años, puntualmente, sin huelgas. Un español me declaró orgullosamente:

—Hace siete años que estoy casado. Tengo seis hijos, y el séptimo ya está en camino...

La mujer tiene que parir. Es su único destino. Es su obligación. Las muchachas tienen que lanzar miradas incendiarias a los transeúntes para pescar novio. Sólo están libres de este deber las niñas hasta los doce años y las ancianas. Todos los demás miembros del sexo femenino están sometidos a un reglamento severísimo.

Una señorita que se estime en algo no puede pasearse sola. Se pasea con su madre, a veces con amigas, a veces con la cocinera. España es el único país donde existe el oficio de dama de compañía de señoritas jóvenes. En el lenguaje humorístico, se las llama “carabinas”. Estas “carabinas” defienden la virginidad de las jóvenes de la burguesía. Y las señoritas no tienen más remedio que pasear, pues de lo contrario no pescarían nunca novio. En todas las ciudades de España, de siete a nueve, la gente invade el paseo. Acompañadas por sus mamás, o sin mamás, pero en piquetes de tres o cuatro, las muchachas pasean. Llevan las caritas tan cubiertas de pintura, que a su lado una *poule* de Montmartre parecería una monja. Echan miradas lánguidas y apasionadas a los hombres con quienes se cruzan. El extranjero, viéndolas mirar de ese modo, podría tomarlas por profesionales: tantas pesetas y

un hotelito en la esquina. Pero, si se atreviera a abordarlas, volverían la cabeza indignadas y la madre escupiría un sonoro: “¡Sinvergüenza!”. La señorita española lleva los párpados azulados y un bucle cuidadosamente pegado a la frente. Se ríe sin cesar, como si le hicieran cosquillas, con una risita impúdica. Pero bien puede asegurarse que aún conserva su doncella, como todas las del paseo. Todas las que pasean son solteras y vírgenes virtuosas bajo la custodia celosa de sus mamás. Es el prólogo español.

Los jóvenes miran a las vírgenes y languidecen. Les entra a la vez frío y calor. La mujer española sabe querer, pero en España esta palabra tiene un doble sentido. “Querer” es amar y, al mismo tiempo, es desear. Y ellas están deseando, pero no les queda más que un camino de colmar su deseo: casarse.

Don Jaime García es empleado del Banco Hispano-Americano. Es un caballero apasionado, de mejillas azuladas y alma poética. Ayer vio en el paseo a una señorita muy simpática. Hoy la está esperando. La señorita cruza con su mamá. Don Jaime pierde la respiración. Vira en redondo y sigue a la señorita. La señorita ya no duda más. El caballero la quiere. En otro país, la parejita se iría al anochecer a la orilla del río a besarse; pero España es un país distinguido y don Jaime coge la pluma. Escribe una carta. Ya habrá averiguado que su dama se llama Juanita y que es hija de don Manuel Rosales, dueño de un almacén de cacharrería. Don Jaime escribe: “Desde el día en que la vi no vivo, no acierto a beber agua ni a dormir. El agua me parece envenenada, el sueño huye de mis ojos...”. Como hemos dicho, don Jaime tiene el alma poética. Sin embargo, esta inspiración está al alcance de cualquiera y mucho más divulgada que la ortografía. La señorita recibe la carta. La señorita no contesta. Pero don Jaime no desespera. Cada juego tiene sus reglas. Una muchacha educada no contesta nunca a la primera carta. El amante no ahorra papel ni ardor. Escribe su segunda epístola: “Si no me quiere, me marchitaré como una flor sin agua”... La señorita repite orgullosamente: “¡Como una flor sin agua!”. Mientras tanto, la mamá recoge sus informes: ¿cuánto gana el señor García en el banco? Tampoco a la segunda carta contesta la señorita. Don

Jaime suspira, pero no pierde los ánimos. Una muchacha educada rara vez contesta a la segunda carta. Don Jaime escribe la tercera, rotunda, decisiva: “Si mañana no sale a la reja, me suicidaré”. La tercera carta ya es la tercera carta. Se reúne el consejo de familia: padre, madre, tíos, tías. Todos dan su parecer. El muchacho gana 300 pesetas al mes. Es trabajador y prudente. No juega, y don Francisco ha hablado muy bien de él.

Así empieza la felicidad. Don Jaime se acerca a la ventana, a la que se asoma la bella señorita. El es el novio; ella, la novia. En la ventana hay una reja. De hoy en adelante, todas las noches se las pasará el enamorado debajo de la ventana, conversando con la bella señorita. Pero no están solos: en la casa vecina vigila don Rafael. No hay en Córdoba, en Granada, en Murcia, una sola calle sin su caballero enamorado. Ya es el cuarto mes que pasa don Jaime plantado junto a la ventana, y en la ventana hay una reja. Don Jaime habla con su amada. ¿De qué habla? Del amor, desde luego. Don Jaime susurra apasionadamente: “¡Te quiero!” “Querer”, en español, significa desear, y Juanita se ruboriza púdicamente. Contesta: “Tenemos que esperar”.

“Esperar” también tiene dos significados en español: tener esperanzas y tener paciencia. El caballero —¿qué remedio le queda?— espera. Murmura un juramento de fidelidad “hasta la tumba” y suspira de “amor celeste”. Luego, la aguja del reloj y la madre apartan de la ventana a su adorado tormento. Don Jaime suspira. Al doblar la esquina, su andar cambia de un modo inesperado. Garbosamente, da media vuelta a la derecha. Tiene dos duros en el bolsillo. Se dirige al establecimiento de “la fulana”. Allí no hay mamás. Don Jaime, atormentado por los diálogos nocturnos y por la larga espera, puede, al fin, querer sin tanto hablar, y querer de veras.

Una vez casado, por espacio de dos o tres meses don Jaime interrumpe sus visitas a “la fulana”. Al cabo de ese tiempo, se restablece el orden antiguo. Juanita está embarazada y se queda en casa. Don Jaime no habla siquiera con ella. Un caballero habla cuando está en ayunas, no después de hartarse. Con la reja se acabaron los ejercicios poéticos.

Don Jaime vuelve al regazo de “la fulana”. Es un parroquiano fiel. Al cabo de tres años, tiene tres hijos. Si tiene ganas de conversación, su mujer puede charlar con la mujer de don Rafael, con sus tías. Verdad es que el solícito esposo no le deja tiempo de aburrirse. Apenas acaba de criar a Pepito, ya está allí Juanita. En el banco, don Jaime bosteza; en casa, trabaja.

En España el amor sin certificado de matrimonio es un crimen gravísimo. Un catedrático de una gran ciudad me dijo con orgullo:

—Aquella señora que va por allí es la médica X. Vive con el doctor Y., pero, ¿sabe usted?, no están casados... A pesar de eso, nosotros los tratamos...

Aquel “nosotros” sonaba con cierto aire de heroísmo. “Nosotros”, los avanzados, los izquierdistas, los enamorados de Moscú y de la revolución, “nosotros”... Pero los demás, ¡naturalmente!

En Murcia le ocurrió un percance a la hija de un comerciante rico. La señorita se paseaba con su novio fuera de la ciudad. Hacía tiempo que ambos “querían” y “esperaban”. A la novia la vigilaba una criada. Pero el novio se las apañó para burlar al “argos”. A tiempo, deslizó un duro en la mano de la criada. La criada se quedó discretamente atrás. Los caballeros no fallan una. Al cabo de nueve meses, la señorita daba a luz una criatura. El caballero no se casó con ella. ¿Cómo va uno a casarse con una mujer tan casquivana? Los padres maldecían. La pecadora lloraba. Percances de éstos lo mismo pueden ocurrir en la familia de cualquier comerciante de Berlín o de París. Ya se sabe. Es un percance corriente. En cambio, el castigo dice mucho del genio local. A la pecadora de Murcia la encerraron. No son palabras. La encerraron a cal y canto, con cerrojo y todo, tapiando puertas y ventanas. Pasaron cuatro años. La criada saca todos los días a la criatura. Un chiquillo como todos los chiquillos. A lo mejor, es hijo de la criada... La señorita desapareció. Desde entonces, nadie ha vuelto a saber de ella. No se marchó ni se murió; está sentada en su cuarto, con las ventanas y la puerta herméticamente cerradas. Allí sigue, sepultada en vida. En las Cortes chillan hablando de los derechos de la mujer. Los socialis-

tas de todo el mundo aseguran que España es el país de la libertad. El padre de la pecadora lee los periódicos en el casino. Pero el cerrojo del cuarto maldito sigue sin descorrerse. Todos en la ciudad lo saben. Y a nadie le choca. Ella misma tiene la culpa...

Una niña juega a la pelota con los chicos. Pasarán uno o dos años y ya empezará a mirar con recelo a sus compañeros de juego infantiles. Su vida de mujer está llena de peligros y asechanzas. En las universidades españolas hay ya estudiantas. Verdad es que son pocas, pero bastantes para que los amantes de la libertad se regocijen: “¡Somos una nación adelantada!”. Sin embargo, jamás se dará el caso de que una estudianta se acerque llanamente a un estudiante, jamás se dirigirá a él y le preguntará con sencillez, como a un camarada: “¿Qué lección toca hoy?”. Previsora, llevará siempre consigo a una amiga que la proteja. En Salamanca y en Valencia vi en los pasillos de la Universidad a las estudiantas. Paseaban en patrullas. Nunca se ve un guardia civil solo. Hacen siempre el servicio en parejas. Uno solo tendría miedo. También tiene miedo una muchacha sola. ¿Qué pensarían de ella? Basta una mala lengua para que no encuentre novio...

En el cortijo conviven un obrero y una obrera. Duermen el uno al lado del otro. Se quieren de verdad. Son novios, pero la muchacha no se atreve a dejar que se acerque su novio. ¿Qué pensaría de ella? La abandonaría con el crío. El obrero lo sabe también. Hay que esperar. En otoño, se casarán. La moza se revuelve toda la noche en la paja, sin poder conciliar el sueño. Murmura palabras incoherentes en su semi-delirio. El mozo se dirige a la aldea vecina, a una viudita simpática que por una peseta cura a los enamorados sus afanes y de propina les regala una mala enfermedad. No hay otro remedio. Hay que esperar hasta el otoño. En otoño, después de escuchar los latinajos del cura y con la conciencia de sus derechos, si no ante Dios, por lo menos, ante la gente, el mozo transmitirá a la que ya es su legítima esposa el regalito de la viuda.

En Madrid se ve a veces cómo se descompone la cara de un solitario maniático ante la simple conjugación de los dos verbos típicamente

españoles: “querer” y “esperar”. Los católicos se las arreglan tan bien como los hipócritas ingleses. El cine es en Madrid lo que en Londres el Hyde Park. Un joven está sentado al lado de una muchacha. A la muchacha la protege su madre. Al joven le protege la oscuridad. El no sabe a quién tiene al lado. Sólo sabe que es una muchacha de Madrid y, por consiguiente, una muchacha atormentada por la espera. Deja maniobrar libremente sus manos. La muchacha no grita: “¡Sinvergüenza!”. La muchacha cierra los ojos. En este momento, no se acuerda de la película. Cuando encienden las luces, vuelven a ser dos desconocidos. ¡Pobre de él si se le ocurriera decir: “¡Hasta la vista!”. Entonces sí que le gritaría: “¡Sinvergüenza!”. Ella no le conoce. Entre los dos no hubo nada. No hubo nada, fuera de la oscuridad y de los pesados sueños madrileños.

Aquí no hay “amantes”. Los amantes no saben adonde ir. Las casas están custodiadas por los porteros. Las pensiones, por las patronas. Los parques, por los guardias. Si ven entrar a un hombre en casa de una mujer, corre el peligro de que le lleven a la comisaría. Si ella le ama, tiene que esperar, y, si no quiere esperar, entonces ya se sabe: es una “perdida”.

El caballero español se pasa el día pensando en las mujeres. No obstante, desde el fondo de su ser, las desprecia. A su propia mujer no sabe llamarla más que “¡tonta!”. “Por lo general —justifica—, las mujeres sois todas unas tontas, y sólo un tonto puede perder el tiempo hablando con vosotras.” A su hija, en vez de mandarla a la escuela, la manda al convento. Aquí, le enseñan a confesarse y a bordar. Más tarde, la enseñarán a coquetear y a pintarse. Un poco más tarde, a parir hijos. Por último, ella, a su vez, enseñará a sus hijas cuando le llegue la hora. Y su vida habrá concluido.

El caballero es ya otra cosa. El piensa en otras mujeres. Piensa en todas las mujeres con quienes se encuentra. Al cruzarse con una mujer en la calle, le dice: “¡Guapa!”, y con el requiebro deja escapar un sonido asqueroso, como si llamara a un perrito. Es un reflejo convencional. El caballero se siente obligado a acercarse a toda mujer que va

sola. Es su deber. A Primo de Rivera le gustaba divertirse a la española, pero en sus horas de ocio le dominaron varias ideas extranjeras. Así, por ejemplo, se le ocurrió luchar contra la relajación de las costumbres. En un decreto especial prohibía piropear a las mujeres en la calle. Sin embargo, hasta hoy todos siguen chasqueando la lengua al ver a una mujer: ministros, abogados, periodistas y funcionarios. “¡Guapa!” Y, después de relamerse, se dirigen al establecimiento de la fulana o la zutana.

¡El país del amor, el país de las serenatas y los romances, el país de Carmen! En este país, hasta los aprovechados y los chulos hablan del “amor celestial”. En este país, las estadísticas no dan las cifras de las enfermedades venéreas. Y, sin embargo, las serenatas acaban siempre en las casas públicas, es decir, en dos duros y en uno de esos bostezos que descuajan las mandíbulas.

XXI

MURCIA

La Virgen de la Fuensanta, patrona de Murcia, luce una docena de condecoraciones distintas, de las que sólo se conceden a los valientes generales que apaciguan las rebeldías de los moros. Los generales las cedieron a la Madre de Dios. Además de las condecoraciones, la Virgen ostenta una vara de alcalde. Estos regalos son puramente alegóricos; pero sus devotos le hacen también otros más substanciosos, tales como piedras preciosas, oro de ley, perlas... Los dijes que adornan a esta “patrona de los desamparados” se valoran en muchos millones de pesetas. Además, la “patrona de los mendigos” tiene once vestidos, todos ellos, naturalmente, de la mejor seda, recamada con piedras preciosas. Claro está que el origen de esta Virgen es muy sospechoso. ¿Cómo no recordar, viéndola, a la humilde judía que hubo de parir en

un establo? El pelo de la Virgen es pelo auténtico y de lo más distinguido de la ciudad. Cuando vino la moda de la melena corta, las aristócratas murcianas se cortaron las trenzas y se las regalaron a la Virgen. La cosa no tiene nada de ofensivo. La Virgen cuenta cerca de dos mil años, y no está obligada a acatar las modas. Puede seguir dignamente con el pelo largo y, además, todo el mundo sabe que su pelo no es un vulgar estropajo, ni crin, ni una peluca confeccionada por un peluquero de mala muerte. Son los rizos olorosos de tal señora marquesa y de cual señora condesa...

Se comprende que la *toilette* de una señora tan linajuda exija un arte refinado. La mujer del sacristán de cualquier iglesia de aldea peina ella misma la melena del Cristo. A la Virgen de Murcia la visten las damas más encopetadas de la ciudad. Es un altísimo honor, y muchas aristócratas se disputaban el derecho de prender con alfileres la falda de la Virgen.

Entre las señoras que más a menudo visitaban el camarín de la Virgen, ocupa el primer lugar la “belleza de Murcia”, la señora de La Cierva.

En este caso, “belleza” no quiere decir precisamente la belleza corporal de la señora a que se alude. Sólo las personas vulgares pueden calificarse por sus encantos físicos. No; la señora de La Cierva es la verdadera “belleza de Murcia”. Su marido posee en los alrededores de la capital fincas por valor de quince millones de pesetas. Y, siendo así, ¿quién más digna que esta señora de acercarse al “consuelo de los desdichados”?

Mientras la señora de La Cierva vestía a la Virgen, el señor La Cierva se ocupaba de regentar los asuntos de estado. El pueblo lo bautizó con el nombre de “ministro sangriento”. En su hoja de servicios figuran la muerte de Ferrer y el fusilamiento de muchos huelguistas. El señor La Cierva se halla actualmente en el extranjero, pero la “República de trabajadores” no es rencorosa. Puede desalojar de su tierra a un labrador pobre que no pague a tiempo las doscientas pesetas anuales de renta; pero las propiedades del “ministro sangriento” son sagradas para ella. Como bajo la monarquía, el señor La Cierva sigue siendo

propietario de unas tierras que valen quince millones de pesetas, y, lo mismo que bajo la monarquía, sigue cobrando sus rentas. Varios administradores velan por sus intereses. La República protege sus sagrados derechos. La Virgen, enjoyada por mano de la señora de La Cierva, adornada con la insignia de general y empuñando el bastón de alcalde, se encarga de custodiar el orden republicano.

La tierra de los alrededores de Murcia es rica y fértil. Huertas de naranjos, con crecidos frutos dorados, melocotones, viñas, hermosos sembrados de cebollas. En los collados, grandes cuadros rojos: son los pimientos puestos a secar. Por todas partes, belleza y abundancia, esa prodigalidad de la naturaleza, que tanto impresiona al hombre del Norte. En estos parajes, la naturaleza planeó un paraíso. Pero la naturaleza no contaba con que, entre las mandarinas, iba a florecer un señor La Cierva.

Una casita campesina. Por dentro, aunque pobre, está limpia. El dueño tiene unos sesenta años y pico. Chupa tristemente su pipa roída. Se toca con un sombrero ancho. Las alas se sostienen todavía a duras penas, pero la copa ha desaparecido. El sol tuesta su cabeza cana. Posee cinco tahúllas de tierra, un huertecillo minúsculo. Es decir, la tierra no es suya, sino que pertenece a un marqués. Por el huertecillo, el campesino murciano paga 300 pesetas de renta al año. El colono no ha visto en su vida al misterioso marqués. Sólo en una ocasión vino a Murcia de excursión la esposa del marqués y obsequió a sus leales súbditos con su sonrisa de marquesa. Entró en la casita de nuestro aldeano. En la cocina, había varias jarras auténticas decoradas por un alfarero artista. Estas jarras ya no se fabrican. Sólo se encuentran en las tiendas de los anticuarios. La marquesa dio prueba de tener buen gusto. Cogió las jarras del aldeano y se las llevó en el automóvil; desde luego, sin pagar un céntimo. Las jarras pintadas lucirán mucho mejor en su hermoso hotel de Madrid que en la pobre choza del aldeano. Colocadas las jarras en el automóvil, la marquesa volvió a sonreír, y se fue. El aldeano, rascándose la nuca, llevó al administrador las 300 pesetas de la renta.

Pero este puñado de tierra no basta para alimentar a la familia. El viejo campesino se alquila como jornalero por tres o cuatro pesetas diarias. Trabaja desde por la mañana hasta por la noche, trabaja todos los días que trae el año. No es sólo el sombrero el que está sin copa, también su dueño tiene la espalda encorvada, las sarmentosas manos, hinchadas los ojos tristes, como los de un burro viejo, cansado, pero seguirá trabajando hasta que exhale el último respiro. Así lo quiere el marqués, así lo quiere la Virgen de los once vestidos, así lo quiere la República. Se doran las naranjas y el sol sonrío; no, la naturaleza no es indiferente. Lo que ocurre es que la naturaleza ha sido estafada. No pudo prever la existencia de La Cierva ni la de este desdichado campesino.

—¿Tiene usted fe en la reforma agraria? Vamos, ¿qué piensa usted de todo esto? ¿Cree usted que es justo?

Ya tiene muchos años y se ha cansado de esperar. En los países del Norte, las naranjas son un cuento de hadas, un pequeño sol en el invierno, son zumo oloroso, consuelo de los niños, las vitaminas de los médicos, la salud. Para este viejo de Murcia, las naranjas son los trabajos forzados, la esclavitud. Sacó la pipa de la boca, y dijo, escupiendo:

—¿Para qué hablar en balde? Si no pago la renta, me echarán a la calle.

Se mantiene dócil y orgulloso. Sabe lo que son las pesetas, pero sabe también lo que son las balas. No quiere discutir ni argumentar. Puede que muera en el campo trabajando como una bestia agotada. Pero puede también que un buen día, quitándose la pipa de la boca, escupa y se lance contra la guardia civil con las manos inermes. Su fatalismo es inofensivo y terrible. El general Sanjurjo y, detrás de él, la República galopan sobre un pantano. Nadie sabe dónde se hundirán en el pantano el potro del general y toda la historia mentirosa de Madrid.

Tierras, campos, huertas. Para unos, son las faenas de la cosecha; para otros, el bienestar.

Un convento de jesuitas. En el portal, un enjambre de mendigos espera la limosna desde las primeras horas de la mañana. Dentro, hay unas habitaciones muy bien amuebladas para los señores que vienen al convento a hacer los “ejercicios espirituales”.

Una oficina de exportación de conservas. El negocio marcha. Alegría. Optimismo. La peseta baja, la exportación va viento en popa.

Una fábrica de sedas. Las obreras ganan dos pesetas diarias...

En fin, una ciudad soñolienta y despreocupada, como todas las ciudades españolas. En uno de los casinos de la ciudad, sentado al lado de la ventana, un hermano del “ministro sangriento”. Alrededor de él, haciéndole tertulia, varios caballeros. Leen los periódicos y dormitan. En las tabernas, corre un vino fuerte y rojo; patios frescos; morcilla de cebolla. ¡Qué rincón de provincia tan absurdo!

Los señores del casino dicen: “Murcia es una de las regiones más felices de España”. Más de una vez, contemplando a todos estos abogados, me preguntaba: ¿es hipocresía o es desidia? Hace poco, se presentaron en Lorca dos mil campesinos de las aldeas de los alrededores. Declararon que se estaban muriendo de hambre, que querían trabajo, que no se volverían atrás... Se tumbaron en el suelo de la plaza del ayuntamiento. En los casinos de Lorca, como en los de Murcia, los caballeros bostezaban y languidecían de molicie y bienestar. ¿De qué serían capaces estos hombres? ¿Serían capaces de ordenar que se disolviesen los huelguistas? No, esperarán a que aparezca el piquete de la guardia civil. Al oír las detonaciones, cerrarán los ojos, sinceramente horrorizados. Luego, suspirarán: “¡Otros seis heridos!”. (Aquí resulta facilísimo hacer pasar a los muertos por heridos.) Y los buenos contertulios del casino criticarán la ignorancia de la plebe, las intrigas de los jesuitas y los arrebatos de la guardia civil. Y, como si no hubiera pasado nada, volverán a su partida de cartas, volverán a chasquear la lengua a las señoritas que pasan. La burguesía española no es ni siquiera una clase social; no es más que una tertulia de casino, una pandilla de señoritos ociosos y aburridos. Les salva la falta de fuerza de los que trabajan, este estado de narcosis y de atontamiento, esta resig-

nación ante el destino, los tiros dispersos, la lucha de guerrillas, las canciones tristes, los diez sindicatos desgarrados en discordias intestinas. No es un campo de batalla, es una charca. La charca salva a los burgueses. Pero puede llegar un día en que esta charca se los trague...

XXII

TERTULIAS FAMILIARES

En España, todo se hace en familia: las delaciones, los arrestos, los sobornos, las elecciones. Los burdeles recuerdan los salones de la tía. La alta política se convierte a cada momento en una riña de dos comadres al lado del fogón.

Al llegar a Madrid, lo primero que hicieron fue arrestarme. La escena fue de gran efecto. En el andén de la estación, me esperaba ya un policía. En la comisaría, me abrieron el baúl. Por lo visto, buscaban ametralladoras. También me registraron los bolsillos en busca del famoso oro de Moscú. El primer día, los representantes de la autoridad seguían todos mis pasos. Luego, se aburrieron y fueron quedándose atrás. Seguramente para limpiarse los zapatos. Tuve una entrevista con el subsecretario del ministerio de la Gobernación. Es un ex periodista, a quien conocí en París. Empezó elogiando mis libros y luego abordó el asunto. ¿Venía, acaso, enviado a España por algún periódico? Por lo visto, este periodista les tenía a los periodistas un miedo loco. Le tranquilicé: “No, no vengo enviado por nadie”. Entonces, volvió a elogiar mis libros.

Más tarde, el jefe de policía me rogó que sometiera a su inspección la lista de todas las ciudades que me proponía visitar. Era, según me dijo, para velar mejor por mi seguridad personal. Me dijo que ellos respondían de la policía, pero no de la guardia civil, que es una institución independiente. Por tanto, me aconsejaban que no me aventurase en los

pueblos donde mandaba la guardia civil y no la policía. Cuando llegué a Zamora, el redactor de un periódico local me dijo, muy satisfecho: “Ya hemos anunciado en nuestro periódico su llegada. ¿Que por dónde lo hemos sabido? Pues, muy sencillamente. El jefe de la policía mandó un telegrama al gobernador, y el gobernador nos avisó a nosotros...”.

En Cáceres me visitaron dos agentes de policía. Al principio, les tomé por abogados. “¡Siéntense!” Pero no se sentaron. Me pidieron el pasaporte. Se lo entregué. No quisieron leerlo: era demasiado complicado. Me preguntaron si tenía el propósito de detenerme mucho tiempo en Cáceres. En vista de mi negativa, me desearon buen viaje, y se fueron. En el tren, me abordaron otros dos policías. Éstos resultaron ser más diligentes. Leyeron el pasaporte, unas cuarenta páginas, de cabo a rabo. Lo leyeron y se conmovieron. Queriendo decirme algo agradable, después de mucho discurrir, me comunicaron: “Ya tuvimos el gusto de acompañar a un compatriota suyo, al señor Mayorski, un hombre que vale mucho, y ahora nos ha tocado acompañarle a usted”.

Después de esto, empezaron a inquirir: “¿Cuánto cobra en Moscú uno de la checa?”. Todo en un tono familiar. En condiciones propicias, tal vez me hubiesen matado; pero, como el día se presentaba tranquilo, prefirieron conversar conmigo afablemente.

Los periódicos españoles se parecen mucho a esas revistas que editan los alumnos de los internados. Valencia, con sus 400.000 habitantes, es una ciudad comercial muy activa. Uno de los periódicos que más se leen en España es *El Mercantil Valenciano*. Los japoneses ocupan la Manchuria. En París quiebra un banco famoso. En Magdeburgo libran una batalla campal los hitlerianos y los comunistas. De esto, el periódico no dice una palabra. Los telegramas extranjeros no abundan. Pero, en cambio, por todas partes los chismes de los pasillos del Congreso, entrevistas con el ministro de la Gobernación, con el jefe de policía, con el gobernador civil. Las tres autoridades entrevistadas declaran al unísono: “La tranquilidad es absoluta”. Noticias del cine, del tiempo, de los sucesos familiares de la ciudad: la boda de la encanta-

dora señorita Consuelo Mateo García con el respetable don Ricardo Olmos Martínez. “La novia lucía un magnífico traje blanco que realzaba su natural belleza y los encantos de su juventud. Después de la boda, los jóvenes esposos se trasladaron, en unión de los invitados, al café Colón...”

Sin embargo, de vez en cuando, en Valencia ocurren acontecimientos de importancia mundial, por ejemplo éste: la policía descubre un depósito de bombas; 250 piezas nada menos. El gobernador concede a los periodistas una larga entrevista. Los fotógrafos, complacientes, retratan las bombas. “Se preparaba una conspiración... La Confederación... Los anarquistas... Moscú...” Y, sin embargo, todo el mundo sabe que aquellas bombas habían sido llevadas allí por los republicanos allá por los días de diciembre, cuando proyectaban una revolución. Hace tiempo que los frustrados lanzadores de bombas se han convertido en diputados y en gobernantes. Las bombas yacían abandonadas en algún sótano. Alguien quiso hacer méritos, y las bombas fueron “descubiertas”... El hallazgo se comunicó por telégrafo a los cuatro puntos cardinales. Al leer la noticia, el lector del *Berliner Tageblatt* se estremece. “¡Válgame Dios! ¡Doscientas cincuenta bombas!” Los agentes de la policía valenciana lo celebraban bebiendo vermut y rociando con miradas ardientes a las muchachas que pasan.

A modo de catarsis, los españoles emplean la lotería y las corridas de toros. La esperanza de ganar suaviza un poco la amargura social, y las matanzas de toros sustituyen, aunque no sea más que interinamente, a otro tipo de matanzas. La lotería representa un capítulo importante de ingresos en los presupuestos del Estado. Las pasiones se enardecen, sobre todo, con motivo del sorteo de Navidad. En este sorteo hay premios de hasta treinta millones de pesetas, y todo el mundo juega, sin excepción. Este año ocurrió un caso inaudito. A causa de la crisis, quedaron sin vender miles de billetes, y el primer premio fue a caer precisamente en un billete no vendido. Quedó, pues, en beneficio del Estado. Esto indignó sobremanera a los españoles. Estaban dispuestos a perdonarle a la República todos sus pecados, las promesas incumpli-

das, las traiciones, la charlatanería, la chabacanería, todo, todo lo que quisiera, menos esta suerte fabulosa.

En los periódicos se reserva un lugar de honor para la lotería. Después del sorteo de Navidad, los más sesudos órganos de la prensa traen más de la mitad de sus páginas llenas, si no de números, por lo menos de filosofía de ocasión, adaptada a estos números.

Todavía es mayor el espacio reservado a los toros. De lejos, los toros parecen un espectáculo romántico y cruel. En realidad, no son más que la pasión espectacular, el afán de causar sensación. Los toros vienen a ser algo así como la matanza del cerdo elevada al rango de una fiesta sacra. A la cría de reses bravas se dedica sobre todo la aristocracia. Los toros pastan en las grandes dehesas de las provincias de Sevilla y Salamanca. Todos los años se matan solemnemente en las plazas de España unos cuatro mil toros, y un toro regular vale sus buenas tres mil pesetas. Los empresarios ganan aún más. Las entradas son caras. Tampoco los toreros están mal retribuidos. Ahora, el trabajo del torero no tiene gran cosa de peligro. El heroísmo ha sido suplantado por la técnica. Cada movimiento está previsto con exactitud geométrica. Después de trabajar unos años, el torero se compra una finquita en Andalucía y se pone a escribir sus memorias.

Lo más triste de todo este espectáculo es la suerte de los toros. Les he visto en libertad. Pastan pacíficamente. Cuando el gañán se acercó a ellos con el pienso, corrieron detrás del caballo como mansos terneros. Los toros son animales pacíficos y sólo una fiera como el hombre consigue sacarlos de quicio. Al salir al ruedo, el toro al principio titubea, desorientado, como una vaca atontada. Busca la salida. Añora el pasto. Le azuzan con picas. Cuando el toro mana sangre por todas partes, empieza el simulacro de la lucha. El hombre sabe que hay que apartarse a un lado. El toro no sabe de malicias. El toro embiste de frente. El resultado es fácil de prever. Quizá la sentencia a muerte irrevocable que pesa sobre el toro, su ingenuidad trágica, su nobleza estéril, sean precisamente las cosas que seducen a los españoles en las corridas, recordándoles su propia historia cruel, el íntimo drama per-

sonal del pueblo español. Pero esto no les impide decorar la matanza del toro con todos los atributos de la opereta: moñas, música, brindis a las señoritas y la cabalgata de pencos ancianos.

Los toreros se dividen en distintas escuelas y géneros. La agonía del toro se estudia con todo detalle. La vida del torero también. El público se entera, no sólo de que toca la guitarra y bebe manzanilla, sino también de la señorita de quien está enamorado y del candidato por quien vota. La redacción de uno de los grandes rotativos de Madrid envió a un periodista a entrevistar al torero Belmonte para conocer la opinión de este sabio acerca de las ideas de Lenin. Belmonte tranquilizó al público: “¿Las ideas de Lenin? No hay que asustarse. Yo estoy acostumbrado a los peligros...”. Sólo los generales pueden rivalizar con los toreros. Recientemente, el ministro de la Guerra relató en las Cortes algunas de las travesuras de los generales de la monarquía. Los españoles habían comprado a los franceses algunos cañones de 75 milímetros. Los compraron sin regatear. Los pagaron. Los cañones llegaron a Madrid. A un guasón se le ocurrió decir:

“Estos cañones tienen un alcance de nueve kilómetros. A nosotros nos basta con seis”. Otros guasones dieron inmediatamente órdenes para someter a los cañones franceses al rito de la circuncisión. En Marruecos, los españoles operaron con una artillería completamente inservible. El mismo ministro a que me refiero confesó que el Ejército español sólo poseía un avión de bombardeo. En cambio, ¡cuántas decoraciones, cuántos uniformes deslumbrantes! Hasta el mes de abril, los intelectuales españoles jugaron a literatos. Todos, sin excepción, eran escritores. En los cafés literarios, las celebridades se sentaban en una mesita cualquiera. El centro intelectual de Madrid era el Ateneo. Después de abril, los escritores se han convertido en ministros, en embajadores, en diputados. Ahora, juegan a la alta política. En las peñas de los cafés literarios sólo se han quedado los jovencuelos que no han alcanzado aún la edad del censo electoral. Nadie escribe libros. No tienen tiempo. Ahora, los escritores se dedican a redactar proyectos de ley o notas diplomáticas. El señor Azaña fue presidente del Ateneo. Ahora, es presidente del gobierno. Antes, hablaba de los dulces encan-

tos de la literatura; ahora, habla de la necesidad de un gobierno fuerte. Escuchando en las Cortes un discurso de Unamuno, es difícil convenirse de que está uno en un parlamento y no asistiendo a una disputa literaria, muy culta, muy rebuscada... Mientras tanto, el país sigue pasando hambre. Los viejos generales cortaban los cañones, pero los literatos han demostrado que hasta con estos cañones circuncidados se pueden apaciguar gloriosamente las ansias de justicia de los campesinos. Además, los generales no sabían hablar, por eso cerraron las Cortes. Los generales vivían de un modo burdo, silencioso, sin bellos discursos. Los literatos son mucho más finos...

El lector del *Berliner Tageblatt*, leyendo los debates del nuevo parlamento republicano, seguramente suspira de emoción. Sí, visto de lejos, esto parece una revolución, una lucha de ideas, un estado. Visto de cerca, no son más que tertulias familiares.

XXIII

EL DRAMA DE LOS OBREROS

El camino de Valencia a Sagunto pasa por entre huertas de naranjos. Es el fondo dorado del paisaje de España. Cada árbol da unas quinientas o seiscientas naranjas al año. Pero también las naranjas conocen la desigualdad de clases. Cerca de Cartagena, se recolectan unas naranjas enormes, con el pellejito muy fino. Estas naranjas se destinan a los restaurantes caros de Londres y de París. En los alrededores de Sagunto, las naranjas son duras y menudas. Estas se venden, en carritos, por los arrabales. Además de los naranjales, en la huerta de Valencia hay campos de arroz. Es una región rica. Aquí, la pobreza española se mitiga con la naturaleza. Valencia es la ciudad de los comerciantes. A Valencia vienen los ingleses y los alemanes en busca de la naranja. En Valencia abundan los cines y los dancings. En Valencia, la ciudad de

Blasco Ibáñez, adoran las pesetas. La proximidad, del mar suaviza las costumbres españolas. En vez de la severidad y la bondad castellanas, se encuentra uno ya con la cortesía habitual de los europeos. Cortesía y naranjas. Naranjas y pesetas...

Sagunto es célebre por su antiguo castillo y por su pintoresca situación. Existe otro Sagunto que no cuenta más que quince años de vida. Es una ciudad obrera que brotó alrededor de las fábricas de acero. En este Sagunto, no hay naranjas ni pesetas. Hay gente huraña en la plaza y unas cuantas parejas de la guardia civil. Aquí, en este Sagunto, se desarrolla calladamente el drama de los obreros españoles. La fábrica pertenece a la sociedad anónima Siderúrgica del Mediterráneo. Es una ramificación del consorcio que tiene su centro en Bilbao. En la creación de este consorcio anduvo la mano de los jesuitas. Este verano, trabajaban en la fábrica de Sagunto unos 4.500 obreros. Ahora, trabajan 1.200 nada más. A los demás los han despedido. Los que quedan trabajan cuatro días solamente a la semana. Seis pesetas diarias, que hacen un total de veinticuatro pesetas semanales. Esto significa una vida de hambre. ¿Y los parados forzosos? Unos se marchan de Sagunto; otros se quedaron a morir de hambre por estos rincones. No en balde los guardias civiles tienen una mirada torva. El día menos pensado puede estallar aquí un motín.

Los republicanos de Valencia echan la culpa de todo lo que pasa a los jesuitas. Para ellos, la cosa está clarísima. La dirección de la fábrica redujo la producción para fastidiar a la República. La dirección rechaza esta acusación de sabotaje. Invoca la crisis mundial. Las pérdidas del último ejercicio alcanzan la cifra de veintitrés millones de pesetas. Desde luego, una cosa no quita a la otra. Una cosa es la crisis y otra cosa son los jesuitas.

Sin embargo, para comprender el drama de Sagunto, que es el drama de los obreros de España, es preciso recordar algunas particularidades de la burguesía española. Ante todo, hay que tener en cuenta que los directores de la industria española son hombres poco instruidos. Y al decir esto, nos referimos tanto a los financieros como a los ingenieros,

y lo mismo a los de las empresas privadas que a los de las industrias del Estado. También en San Fernando echaron a la calle a los obreros; pero allí nadie habla de sabotaje. Al frente de los astilleros de San Fernando no están los jesuitas, está la República. En Cataluña, pronto tendrán que cerrar también docenas de fábricas. La mayoría de las fábricas españolas conservan religiosamente su arcaica instalación de principios de siglo. Primo de Rivera quiso ayudar y fortalecer la industria española. Concedió a los propietarios de las fábricas grandes subsidios, pero los señoritos se gastaban casi siempre estos dineros alegremente en Biarritz o en París. Con las pesetas que les quedaban de la juerga, compraban maquinaria de segunda mano. Y, claro está, la industria española sólo podía mantener la competencia con los artículos extranjeros gracias a la remuneración extraordinariamente baja de la mano de obra. El burgués español es muy mezquino y le gusta vivir bien. Con tal de que en la caja haya algunos billetitos, ya no piensa en gestionar nuevos pedidos, ni en organizar la producción, ni en adquirir máquinas nuevas. Está completamente satisfecho de la vida. Y esta manera de pensar podrá ser todo lo agradable que se quiera, para él y para los suyos, pero es catastrófica para el país. Después de largas y dolorosas huelgas, los obreros consiguieron un aumento en los jornales. Para muchos fabricantes, esto era fatal. Era la ruina. El director de una gran fábrica de Barcelona amenazó al presidente del comité de la fábrica con ceder la fábrica a los obreros: “¡Que se la traguen!”.

La fábrica de Sagunto está bastante bien equipada. Ésta no ha fracasado por culpa de una maquinaria defectuosa. Su fracaso se debe a un error de cálculo. Esta fábrica fue construida durante la guerra, cuando hasta la burguesía española tuvo la picardía de enriquecerse. En aquellos años, el maná caía efectivamente del cielo. Construyeron una enorme fábrica. Pedidos. Dividendos. La felicidad. Sin embargo, pronto se vio que el emplazamiento de la fábrica no tenía base. Desde la fábrica hasta la boca de la mina hay una distancia de 200 kilómetros. En España, los transportes son complicados y ruinosos. Hay que comprar carbón inglés. ¿Por qué, entonces, se construyó la fábrica en Sagunto precisamente? ¡Ah, esto nadie podría explicárnoslo! No se

han dado cuenta hasta ahora. Echaron cuentas, calcularon las pérdidas y, naturalmente, resolvieron el problema despidiendo a los obreros.

Aquí, como en otras ciudades de España, han sido, en fin de cuentas, los obreros los que han tenido que pagar la ignorancia y el desbarajuste de la burguesía. Ya sé que tampoco para el presidente de la Siderúrgica ha sido alegre este año. Sin embargo, el presidente, don Ramón de la Sota, no vive mal, no necesita preocuparse de su menú. No podrá decir lo mismo la gente que ronda por la plaza de Sagunto. Cuando el presidente se dio cuenta de su equivocación, resultó que el error costaba que mucha gente dejase de comer. Un periodista republicano de Valencia, miembro del partido radical socialista, me declara, no sin cierto orgullo:

—En nuestro partido hay muchísimos obreros...

En Sagunto, este partido tan numeroso tiene su local social. En el local social está sentado uno de los afiliados al partido leyendo el periódico. Es un capataz. El periodista saluda a su correligionario. No le pregunta sobre el drama de Sagunto. El periodista quiere saber la verdad, quiere interrogar a los mismos obreros. Llega un obrero. Pero

este obrero no es un radical socialista precisamente. Es miembro del sindicato revolucionario. El periodista charla con él largo y tendido. Cuchichean a media voz porque el capataz está al lado. Es que el periodista quiere saber toda la verdad, y la verdad es siempre peligrosa. El capataz pertenece a su partido, pero no por eso deja de ser capataz... El decir la verdad puede costar el despido al obrero. Es el caos español.

El casino, lleno de moscas y de caballeros soñolientos. El boticario es el intelectual de la localidad, un intelectual republicano y pequeño accionista de la Siderúrgica. Por consiguiente, hombre cariacontecido y bastante amargado por la baja de las acciones. Las casas están llenas de criaturas hambrientas. Según el boticario, en la ciudad reina una tranquilidad absoluta. Los guardias civiles son los únicos que no se dan punto de reposo. Rondan por las calles desiertas. No se fían de lo que dice el boticario. Alrededor de los muros de la fábrica se ven

guardias uniformados. En el interior de la fábrica está todo tan quieto, que da náuseas. Siguen en su sitio las máquinas ociosas. En uno de los armarios, donde hace poco todavía los obreros guardaban la ropa, se ve escrito, con letras de alquitrán: “¡Mueran los burgueses!”. El drama de Sagunto no ha terminado todavía...

XXIV

DEL HOMBRE

Al lado de los franceses, los españoles parecen unos primitivos, a pesar de todo el fausto de su historia, a pesar del barroco y de Góngora, a pesar de los rascacielos y de las travesuras de Ramón Gómez de la Serna. Desde luego, no tienen nada de niños, no; son ya personas mayores. No son perfumes con pantalones, ni maniqués de las galerías Lafayette. Insisto en la integridad corpórea del material. En la misma naturaleza puede comprobarse. Aquí, los montes son verdaderos montes, y las sierras verdaderas sierras. Otro tanto puede decirse de la mesa española. La cocina española no presume del arte del condimento, presume de la calidad de los productos: un pan virginalmente blanco, un vino fuerte, cordero, pescado... Tal vez, los reverses del Estado español tengan, en parte, su explicación precisamente en esta integridad de sus ingredientes. Aquí, el hombre es demasiado hombre. Y los grandes reformadores, más acostumbrados a tratar con moluscos que con toros, se quedarían, seguramente, perplejos al franquear los Pirineos. Hasta el catolicismo, en España, más que educar, hacía “de las suyas”. Los autos de fe de la Inquisición no eran más que un espectáculo por el estilo de los toros. Para poder desplegar sus artes de auténtica creación, los frailes tuvieron que escoger el Paraguay, en lugar de España. En España es muy fácil reinar. Cualquier degenerado, sostenido por un mal ejército, puede mañana mismo darles un susto a todos. En cambio, ya no es tan fácil gobernar. Gobernar a España es

muy difícil. Para ello, no basta exponer ideas seductoras ni rodearse de un halo místico, no; es menester poseer alguna verdad. Y cuando digo esto, no me refiero, naturalmente, a los abogados. Me refiero al pueblo. Y esa verdad dista mucho de la fotografía y de la aritmética. No se sirve hecha, hay que crearla. Es mucho más fácil sorprenderla en los lienzos de Goya expuestos en el museo del Prado, que en las peroratas de las Cortes, cercanas al museo.

Aunque no sintiera el más mínimo interés por el arte, aunque sólo viniera a España a comprar naranjas o a estudiar la cuestión agraria, aunque fuera bolsista o agitador, el viajero no puede pasar de largo ante Goya. Goya es el mejor guía de España. Ante todo, viendo sus cuadros, se disipan los falsos prejuicios sobre el “pintor de pesadillas”. Goya no tiene nada de decadente, ni de esteta, ni de fantasioso solitario. Goya es un pintor al que se puede aplicar, sin miedo alguno, el calificativo de “social”. En su célebre cuadro del fusilamiento, nos enseña lo que es la emoción de lo no patético. Sus retratos de la familia real no son caricaturas, ni mucho menos. Lo que en ellos habla no es más que la osadía de desnudar a sus modelos de su ropaje meticuloso y falso. En una época en que el arte no sabía más que una cosa: ocultar, cuando la principal misión de un color o de una rima consistía exclusivamente en disfrazar el mundo real, demasiado cruel, Goya iba más allá que el ojo humano. Goya reproducía la esencia misma del objeto o del sentimiento. Goya es un auténtico realista. Por esto, probablemente, suelen decir de él que estaba dotado de una “fantasía perversa” y que vivía en el mundo de lo “inverosímil”. Todas las llamadas “pesadillas” de Goya andan por las calles de España en seres de carne y hueso. Son los marqueses y los mendigos, es la altivez y la miseria, son el general Sanjurjo y los campesinos aterrorizados de Extremadura.

La lección de Goya se completa con la lección de la literatura española. A principios del siglo XIV, se escribió en España un libro maravilloso. Su autor, Juan Ruiz, más conocido por el nombre de Arcipreste de Hita, fue un sacerdote de biografía más que dudosa, que se pasó la mayor parte de su vida en la cárcel. Europa se contentaba entonces

con los epigramas de la poesía caballeresca, con los romances de los milagros, con el dogma obligatorio y el no menos obligatorio concepto de la belleza: rosas que no eran flores; damas que no eran mujeres. Estos convencionalismos datan de mucho antes que Francois de Villon. En aquellos tiempos, el Arcipreste de Hita escribió un libro sobre su época, sobre los frailes libidinosos y la alcahuetería, sobre las doncellas burladas, la hipocresía, los pastores, el miedo a la muerte, las libaciones, los caballeros armados, la fuerza... Es una especie de autobiografía. El Arcipreste estudiaba y describía los pecados, para no volver a caer en ellos. De este modo, podría haberse escrito una sátira o un poema lírico. Pero el libro del Arcipreste de Hita no es ni lo uno ni lo otro. Los filólogos han discutido mucho sobre si el autor se burla o habla en serio. Para los católicos, el libro del Arcipreste es un libro de contrición, para los librepensadores es la primera brecha abierta en la muralla medieval. El protagonista está enamorado de doña Endrina. Se describe a sí mismo, guapo, con cuello grueso, ojos chiquitos y el porte de un pavo real. Mas no se crea que se burla de sí mismo. Todo es convencional. Conoce a doña Endrina en una iglesia. No es ningún sacrilegio. Se trata, simplemente, de un dato geográfico del lugar del “encuentro”. Luego, fallece doña Endrina. El autor la llora amargamente. Fallece también la vieja alcahueta que le puso en relación con doña Endrina. La llora también, asegurando que su alma está en el paraíso. Nadie dirá que aquí acaba la crónica, abriendo paso a la verdad del poeta. La vida es así. Cada cual puede interpretarla a su gusto, pero es mucho más difícil deshacerse de ella que prescindir de la realidad viviente.

¿Vale la pena recordar que la obra más genial de la literatura española, el *Don Quijote*, fue escrita con el mismo realismo, y que también ella se presta a mil interpretaciones sin admitir realmente ninguna? ¿Vale la pena insistir en que la novela de Cervantes no es precisamente una parodia de la moda literaria de la época, ni la pintura satírica de la sociedad de su tiempo, ni la predicación de una idea mística, sino simplemente la verdad, la pura verdad, de un hombre grande y miserable, noble y ridículo al mismo tiempo?

Todo esto que digo no me preocupa precisamente como recetario estético. Desde luego, en nuestra época, puede haber también artistas consagrados al realismo de alta escuela. Así, por ejemplo, en los dibujos del alemán Gross, hijo de Daumier y nieto de Goya, es fácil descubrir el mismo afán morboso de desnudar el alma, ese afán que tanto nos asusta en el museo del Prado, por su forma apretada, reconcentrada. Podría decirse asimismo que el escritor ruso Babel describe a los soldados del ejército rojo y a las mujerzuelas equívocas con la misma sinceridad desesperada con que el Arcipreste de Hita describe a sus frailes y a sus coimas. Y, si la importancia ha descendido, no es por culpa del talento de los artistas de hoy, sino porque el papel del arte en la vida ha cambiado. Antes era el pan, hoy es la cocaína la que amortigua el dolor de nervios y con la que algunos maniáticos quieren reemplazar la secreción de las glándulas.

El realismo español no me interesa como escuela de arte, sino como explicación de muchos fenómenos peculiares de España. Yo no digo que aquí, en este país, se pueda levantar ya una nueva Bizancio. El ingenio francés se torna impotente ante un plano, ante una estadística. La ironía del realismo español es mucho más peligrosa. Aquí, se puede hacer pasar a un molino por un enemigo, y se lanzarán a luchar contra el molino. Es la historia de los errores de la humanidad. Lo que no se consigue aquí es hacer pasar a un hombre por un molino. No, aquí el hombre no se presta a menear dócilmente los brazos como las aspas de un molino. Aquí, todavía hay hombres vivos, hombres auténticos... A veces, esto es una complicación peligrosa; pero no deja, después de todo, de ser consolador.

XXV

BARCELONA

Barcelona está cerca de la frontera, y los pedantes locales no se cansan de vanagloriarse: “Nosotros no somos españoles, nosotros somos casi franceses”. Aquí, hay muchos automóviles y pocos burros. Aquí, la gente no se pasea, desocupada. Aquí se mueve, con paso vivo y afanoso. Comercio o chantaje. Aquí, se venden en la calle los periódicos y hasta las flores francesas. En los cafés se ven muchas mujercitas solas, prostitutas francesas, que vienen por unos días, pero que forman, indudablemente, parte del paisaje urbano. En una palabra, Barcelona es ya Europa.

En Barcelona conocí a un periodista, patriota catalán, colaborador del señor Maciá. El periodista tiene su sistema de vida: “Conviene estar bien con todos. Yo me llevo bien con las derechas y con las izquierdas, con los ladrones y con los anarquistas...”. Este periodista no es un caso único en Barcelona. Hace tiempo que los patriotas catalanes procuran estar a bien con todos. Estuvieron en inmejorables relaciones con Primo de Rivera. Cambó, financiero inteligente, pero político mediano, fue, durante esos años, el alma de Barcelona. Al enterarse de que la dictadura iba de capa caída, corrió a Madrid a ver si podía salvarla. No lo consiguió. Entonces, el patriotismo catalán cambió rápidamente de casaca. Cambó se trasladó al extranjero, de donde vino, en cambio, el señor Maciá. Al principio, el señor Maciá quiso conquistar los votos de los obreros en las elecciones. Cuando la policía cogió preso a Durruti, jefe de los sindicalistas, el señor Maciá se trasladó a Gerona para saludar a Durruti al ser puesto en libertad, en las mismas puertas de la cárcel. Pasaron algunos meses, las elecciones cayeron en el olvido, y el señor Maciá fue a Madrid. No quiso dejar de votar personalmente para la presidencia de la República al señor Alcalá Zamora.

Los nacionalistas catalanes se contentan con poco. En Barcelona está sentado dando órdenes el gobernador nombrado por Madrid. El poder está en manos del gobernador. Pero el señor Maciá tiene un magnífico palacio, trescientos policías de opereta y otros tantos legisladores, también de opereta, que se dedican a elaborar las leyes de la “Cataluña

autónoma”, de un Estado catalán que sólo existe como quimérico proyecto.

El burgués catalán procura entenderse con todos, pero no consigue traer a razones a los obreros. Quiere que trabajen mucho y cobren poco. Desgraciadamente, los obreros son más bien de la opinión contraria. Surge el conflicto e interviene Madrid: “Está bien, os daremos la autonomía. Sacaremos de Cataluña a nuestros soldados y a nuestra guardia civil y os dejaremos frente a frente con vuestros obreros”. La elección no es dudosa. Puesto a elegir, el burgués catalán prefiere mil veces a los guardias civiles de Castilla que a los sindicalistas de Barcelona.

El burgués catalán es extraordinariamente pusilánime. No le basta con sostener a los guardias civiles de Madrid y sostiene pandillas de pistoleros mercenarios. En Barcelona existe un “barrio chino”, donde no hay un solo chino. El barrio chino de Barcelona está poblado por los pordioseros, los mendigos, los rateros y las prostitutas baratas. En el barrio chino, no es difícil encontrar a quien por unos cuantos duros esté dispuesto a quitar de en medio al que se le diga. Los matones mercenarios no son casos aislados, ni mucho menos.

Son una escuela política de la burguesía catalana, vinculada a altas tradiciones. En sus tiempos, el gobernador, Martínez Anido, armaba hasta los dientes a todo el que se le ofrecía a matar por las noches a los revolucionarios. Esta fue la solución que se dio en Barcelona a la cuestión obrera. Desde entonces, han pasado muchos años. Ahora, en Madrid, tienen la República, y en Barcelona, al señor Maciá. Pero los burgueses siguen, como en los buenos tiempos, parapetándose detrás de la espalda de unos cuantos matones a sueldo.

Los nacionalistas catalanes gustan de ufanarse en todas las formas de los progresos culturales y sociales de su región. “¡Esto no es España!” Lo primero en que insisten es en la pequeña proporción de analfabetos que hay en su país. Y no negaremos que es muy loable el saber leer, pero hay muchas clases de libros. También el catecismo está en letras de molde. En las provincias vascas, el porcentaje de analfabetos es

también muy bajo, y, sin embargo, es la región donde más arraigo tienen los fanáticos de sotana. La región de los “milagros” y de los carlistas. La historia conoce a no pocos pueblos analfabetos que supieron mostrarse capaces, cuando llegó la hora, de las más radicales revoluciones, como conoce también a no pocos pueblos cultos e instruidos que soportan pacientemente las más odiosas tiranías.

Otro argumento de los patriotas locales es éste: “Nuestros campesinos viven magníficamente, sin comparación posible con los campesinos de España”. Y es verdad que Cataluña no es Extremadura, pero también es verdad que aquí los campesinos viven esclavizados por los terratenientes. La tierra de las viñas se arrienda por plazos de cincuenta años. La mitad de la cosecha corresponde al amo. Este, naturalmente, puede vivir sin quebraderos de cabeza, dedicarse a amar a las francesas de paso por Barcelona y sorber cocktails en el café Colón. Mientras tanto, el campesino...

El principal orgullo de los catalanes es su industria. Y, en efecto, en un país donde no hay más que peñas, burros, molinos de viento y abogados, Barcelona puede pasar por un Manchester. El coronel Maciá, al proclamar la independencia de Cataluña, antes de abril, se olvidó, indudablemente, de las chimeneas de estas fábricas. Sin el mercado español, Cataluña perecería de inanición. Su industria necesita no sólo de la protección de la guardia civil, sino también de los aranceles aduaneros que le amañan en Madrid. Las fábricas están mal equipadas. El obrero gana de siete a ocho pesetas diarias. Dos o tres veces menos que el obrero francés. Los obreros viven miserablemente, varias familias hacinadas en una habitación. El gas cuesta caro y no hay más remedio que cocinar en el fogón. La mujer se pasa el día trajinando alrededor de los carboncitos caprichosos. La comida y la cena se componen siempre, invariablemente, del mismo “cocido”. Los baños son inabordables. La carne es un lujo. El cine, una juerga. Hablé con un obrero ajustador, que trabaja de capataz en una fábrica textil. Gana 62 pesetas semanales. Hasta el mes de abril, trabajó en el extranjero. En Bélgica, Alemania, Francia. Allí trabajaba de simple obrero, pero vivía mucho mejor. Con la baratura de su trabajo, el obrero tiene que

suplir la mala calidad de la maquinaria, la ignorancia de los ingenieros y la ladronería de la administración.

La plaza de Cataluña, con sus banderas, sus anuncios luminosos, sus cafés elegantes y sus suntuosos Bancos, da la impresión de una gran ciudad moderna. Barcelona está dispuesta a rivalizar en esto, no sólo con Marsella, sino incluso con París. Naturalmente, todo esto no es más que un *bluff*, un lujo pagado con la existencia miserable de las nueve décimas partes de la población.

El burgués catalán, además de ser pusilánime, es ignorante. Se distingue por su carencia absoluta de buen gusto. Ni siquiera es capaz de sestear beatíficamente como el caballero madrileño. Madrid es la capital de la España rural. Barcelona no es más que una capital de provincia europea, pero de una provincia muy alejada del centro. Los alrededores de Barcelona, habitados por la burguesía, parecen contruidos a propósito en su horrenda vulgaridad. En ellos, se barajan sin ton ni son todos los estilos de la península y del mundo entero, desde el mudéjar hasta el “moderno” de Munich. Es, si se quiere, el estilo de la peseta. Hasta el farolito del pórtico debe chillar estridentemente la riqueza del dueño de la casa. El burgués hace alarde de la omnipotencia de su fantasía. Consiguió empuqueñecer las bellezas de la naturaleza, avergonzar al mar, borrar las montañas.

Al anoecer, terminado el trabajo, pasea por las Ramblas, que son los bulevares elegantes de Barcelona. A veces, los huelguistas llegan con sus cánticos y sus pistolas hasta las Ramblas. Y entonces, como por encanto, se evapora el gentío de paseantes. Sólo quedan, frente a frente, las gorras y los tricornos. Una hora más tarde, los señoritos elegantes vuelven a su incesante trajín. Se agolpan allí hasta las tres de la madrugada. Según los francófilos locales, aquello es un “verdadero Montmartre”.

A cinco minutos de las Ramblas, está el “barrio chino”. Allí, un chori-zo, de frescura sospechosa, es más caro que una mujer. Allí, la miseria se expone impudicamente. Todos los años se caen por allí escritores franceses en busca de lo “pintoresco”. Sería difícil decir por qué las

faldas rotas del barrio chino les parecen más convincentes que las faldas desgarradas de Belleville. Probablemente, esto no demuestra más que su apatía y su falta de confianza en la imaginación. El barrio chino es una aglomeración humana caótica: prostitutas para los marineros y los labriegos de Aragón y de Murcia que vinieron a Barcelona en busca de jornal y fueron a parar a la cárcel a cumplir una quincena por una ratería; sin trabajo, reincidentes, golfos, borrachos. Todo esto pulula por las calles angostas al acecho de una perra o de un mendrugo de pan. Por las noches, los habitantes del barrio chino se reúnen en un cabaret ínfimo, llamado La Criolla. Por cierto, que en este cabaret no abundan más las criollas que los chinos... Los golfos descalzos y las prostitutas bailan aquí con el estómago vacío. El dueño del establecimiento supo comprender bien las ventajas de este desorden pintoresco. Los periodistas le dedicaron algunos artículos, y ahora La Criolla es visitada por los escritores franceses y por los burgueses de Barcelona, que van a admirar el espectáculo de la miseria. Al lado se halla el despacho del patrón, con butacas mullidas como en los clubs y humo de cigarrillos egipcios. También se ve una estatuita de la Virgen, ante la cual arde una lamparilla que no se apaga nunca. Con el dinero que les saca a los mendigos y a los amantes de la mendicidad, el patrón compra el aceite para alumbrar a la santa doncella.

Los pobres se divierten en el Paralelo. Es una avenida ancha, con cafés cantantes, bares y cines. Los sábados suelen visitar también el Paralelo los señoritos de las Ramblas para divertirse fraternalmente con el “pueblo”. En un circo se exhiben los “auténticos” cosacos rusos. El escenario está a oscuras, alumbrado sólo por el fulgor de una hoguera eléctrica. Apiñados alrededor de la hoguera, los cosacos, vestidos de seda azul, cantan: “¡Alla-verda!”. Entra el atamán. Naturalmente, el atamán viste una casaca color frambuesa. Escucha cómo cantan los demás cosacos y, de cuando en cuando, dispara su revólver. Los burgueses de Barcelona se estremecen. “¡Esto sí que es una revolución de verdad!” La galería aplaude —no a los cosacos, sino al revólver—. La galería se complace cuando oye disparos, en el circo y en la calle.

Al lado del circo está el café cantante llamado Sevilla. Mujeres desnudas, retorciéndose en el tablado. Alguno, en la sala, no puede aguantar más y empieza también a desnudarse. Mesas de juego. Los *croupiers* despluman a los dependientes y a los obreros. Es sábado. Día de paga. Hay dinero para perder.

Detrás del Paralelo, está todo en tinieblas. Un barrio obrero. Casas altas entre solares vacíos. Paredes sin ventanas. Balcones con ropa tendida constantemente. Niños abandonados. Gatos.

El esplendor de la plaza de Cataluña, el trajín de las Ramblas, los acordeones y cantores del Paralelo, crearon la leyenda de la presunta alegría de Barcelona. Todo este cuadro, incluyendo las mujeres desnudas y los apaches de La Criolla, se representa en la imaginación bañado por el mar azul y salpicado por el oro meridional. En realidad, Barcelona tiene más de trágico que de alegre. Su alegría recuerda mucho los saltitos domingueros de los juguetes mecánicos de cualquier ciudad europea. La nostalgia de la pantalla y del altavoz han llegado hasta el Paralelo. Una animación artificial cubre el vacío y la soledad. Barcelona es el vigía de España. Un país perezoso y pobre decidió asomarse a otro mundo, a otro siglo. Barcelona es su puesto de avanzada. Aquí hay más mercancías y menos cordialidad. Aquí es ya inútil teorizar. Aquí ya no hay más que organizar células, dividir el plano de la ciudad en tantos sectores de combate. Es nuestro siglo XX.

XXVI

EL EPÍLOGO ESPAÑOL

Ha sido una de mis últimas noches en España. Barcelona no es sólo la capital de Cataluña. Barcelona es, además, una gran ciudad española. Las chimeneas de sus fábricas y el caos político atraen a su seno a los habitantes de otras provincias. Este epílogo ha sido, pues, un epílogo más español que catalán. Nos hemos dirigido a un cafetín frecuentado

principalmente por andaluces. Beben sus vasitos de manzanilla y cantan, no en coro ni en sus mesas, sino saliendo al escenario, como verdaderos artistas. Cantan los dependientes y cantan los zapateros. Cantan las respetables madres de familia numerosa y las jóvenes costureras. Cantan flamenco. Este canto que tiene toda la tristeza de los vastos espacios y de la miseria de Andalucía. Las palabras hablan del amor desgraciado, pero la monotonía del estribillo es mucho más expresiva y más sincera: ella habla de la amargura de la vida.

Nuestra tertulia no podía ser más heterogénea. Un comunista, antiguo oficial del Ejército, que había tomado parte en varias conspiraciones. Ahora es un intelectual sin trabajo. Un periodista catalán, de esos que saben llevarse bien con todos. Un escultor nervioso, enamorado del arte y convencido de que la humanidad sólo debe existir para los genios, y dos obreros castellanos, cabecillas sindicalistas. Ninguno de nosotros hablaba catalán. El periodista anotaba algo en su bloc. Los demás charlaban de su suerte, de la suerte de España.

Uno de los obreros tiene la mirada dura y seca. No creo que haya nacido con esos ojos. Este hombre pasóse veinticuatro horas en capilla esperando la muerte. En España a los condenados a muerte los ponen “en capilla” para que antes de morir ajusten sus cuentas con Dios. Luego, los sacan de la “capilla”; les ciñen al cuello un aro de hierro y aprietan los tornillos... Es el suplicio del garrote. Sentado en capilla, esperaba este hombre el aro de hierro. Vino un sacerdote y empezó a hablarle de la misericordia divina. Entonces, el que iba a ser ajusticiado arrancó de la pared un pesado crucifijo y le dio al cura una lección. Por una casualidad, se libró del aro. Ahora está trabajando en una fábrica y esperando a que llegue la hora de la explicación definitiva. Cuando clava su mirada seca y dura en el periodista, éste se apresura a sonreír nerviosamente.

El otro obrero se llama Durruti. Recuerdo haber visto este nombre en los periódicos franceses y alemanes. Durruti tiene una biografía muy extraña. Todo el mundo sabe que durante la guerra había trozos de tierra que no eran de nadie, una tierra sobre la que llovían las grana-

das. Era una tierra muy triste, pero Durruti podía haber exigido que el Tratado de Versalles no le hubiera dejado sin un palmo de esa “tierra de nadie”. Entonces, Durruti tendría una casa. Es un hombre bonachón. Cuando el escultor habla de la santidad del arte, Durruti no discute; pero sonrío. Así debe sonreír también a su hijito de dos semanas. Durruti podría ser un magnífico paidólogo de cualquier jardín de infancia. Pero le temen más que a la peste. Ha sido expulsado de catorce o dieciséis países distintos. Por si acaso, conviene advertir que no es precisamente un paidólogo de ningún jardín de infancia, sino el caudillo de la FAI, es decir, de la Federación Anarquista Ibérica.

Durruti estuvo condenado a muerte, no sólo en España, sino también en la Argentina y en Chile. Los franceses le detuvieron, y, al concederse la extradición, no sabían a quién entregarlo, si a España o a la Argentina. Durante el interrogatorio del detenido, el juez de instrucción se pasaba la mano por el cuello. Sin duda quería recordar a Durruti lo que le esperaba en la Argentina o en España. Durruti pasó siete meses en la cárcel preguntando a quién le entregarían por fin. Mientras discutían los juristas, empezó en el país una campaña contra la extradición. Durruti se salvó. Le expulsaron a Bélgica. De Bélgica a Alemania. De Alemania a Holanda. De Holanda a Suiza. De Suiza a Francia... Esta historia se repitió muchas veces. Así, por ejemplo, en dos semanas le arrojaron de Francia a Alemania y de aquí otra vez a Francia. Los gendarmes jugaban al balón con él. En otra ocasión los gendarmes franceses decidieron engañar a los belgas. Dos de ellos entablaron una larga conversación con sus colegas del otro lado de la frontera. Mientras tanto, el automóvil con el contrabando pasó la frontera a toda marcha hacia Bruselas. Durruti cambiaba de pasaporte a diario. No cambiaba de profesión ni de ideas. Seguía trabajando en las fábricas y continuaba siendo anarquista.

Después de abril, Durruti volvió a España. Le arrestaron en Gerona. Se hallaba en la lista de los que debían ser detenidos. El juez de instrucción, al abrir la carpeta, se desconcertó un poco. El acusado había atentado contra la vida de “Su Majestad”. No hubo más remedio que devolverle la libertad. Trabaja en las fábricas y habla en los mítines.

Seguramente que no tardarán mucho en volver a detenerle. No existe la “tierra de nadie”, y es difícil prever adonde se dirigirá este hombre con su criaturita. Sus amigos hablan de él en términos elogiosos. “Es un hombre honrado y valiente.” Pero nadie quiere tener a su lado a una persona de semejantes cualidades. Algunas biografías no encajan bien en la historia. Esto lo saben bien los poetas. Así se juntan el cañón de un revólver y la sien caliente. Esto lo saben también los soñadores sociales, los que no se prestan a arrepentirse a tiempo ni a callar...

Durruti es un anarquista convencido. No obstante, es obrero de profesión. Esto plantea un conflicto irreductible. Un escultor puede perfectamente ser anarquista, sin que cambie para nada su existencia. Podría seguir despreciando a la humanidad y creyendo en la apoteosis del genio. Pero un obrero sabe desde que nace lo que es organización. El proceso complicado de la producción le infunde la idea del orden. La solidaridad de clase exige de él disciplina. No, el anarquismo de los sindicalistas españoles no es el anarquismo de los parroquianos de un café que acoplan a Bakunin con Stirner, la anarquía con el erotismo, la libertad con el libertinaje...

Los sindicalistas españoles tienen su puesto al lado del torno, sus jefes no beben ni frecuentan los tugurios del barrio chino. Es una congregación monástica *sui generis*, con un reglamento severo. Aquí se ha impuesto el siglo xx. Los campesinos de Andalucía sueñan todavía con “persuadir sin forzar”. Los sindicalistas de Barcelona ya se han despedido de algunas ilusiones del siglo pasado. No hace mucho adoptaron el acuerdo de que los patronos no admitiesen en las fábricas a ningún obrero no sindicado. En otros países, esto es un hecho elemental. En España rompía todas las normas establecidas y encajaba mal en las tradiciones. Los anarquistas tuvieron que abandonar la anarquía, los paladines de la libertad tuvieron que recurrir a la violencia. Este ha sido el primer paso. Durruti cree ahora en la necesidad de la dictadura de los obreros y de los campesinos. Puede criticar todo lo que quiera a la revolución rusa. No por ello deja de ser su maestra ni la maestra de

sus camaradas de la Confederación Nacional del Trabajo, y, en general, de todos los obreros de Barcelona.

Pero lo que Durruti no hace todavía más que balbucear lo proclama ya abiertamente el comunista. Para éste, la dictadura no es ningún drama interior. Con ella empezó su vida política. Él sabe pronunciar esta palabra cruel con cariño. La debilidad del partido y la abundancia de disidentes no le desalientan: “Tampoco en la primavera del año 17 abundaban en Rusia los bolcheviques”. Carece de la autoridad de Durruti. No cuenta con su biografía romántica, pero tampoco la necesita. Con él está la historia. Ni siquiera tiene un nombre. No es más que uno de tantos, un ser anónimo: “el comunista”, un hombre modesto, con un traje raído. Pero los hay a millones. En este pequeño café está sentado como un embajador, discutiendo de países y de épocas.

Mientras tanto, en el escenario, un cantante cede el puesto a otro. Hasta el camarero no pudo resistir más tiempo y se encaramó sobre el tablado. Canta sus desventuras amorosas, canta lánguidamente, como el almuecín desde el minarete. Canta, y con el rabillo del ojo vigila la sala, no sea que algún parroquiano se escurra sin pagar la consumición. Detrás del camarero suben al tablado varios hombres. Rodean a una muchachita de quince años. Palmetean larga y hurañamente. Miran a la chiquilla. Esperan. La chiquilla titubea, se resiste. Taconea sentada. De pronto, se incorpora, salta de la silla y empieza a bailar lenta, voluptuosamente. Este baile cruel no deja sitio a los sentimientos. Sólo excita y enerva. Termina bruscamente, como el viento en el mar. La mocita cae agotada. Vuelven a resonar las canciones monótonas...

Ahora, discuten todos. El escultor opta por la belleza. Durruti, por la libertad. El comunista, por la justicia. Es la disputa del año 1932. A estas horas, la están repitiendo gentes distintas en los más diversos países.

Todos siguen sentados, huraños, palmoteando. ¿Cuándo se zanjará, al fin, esa disputa? En España y en Alemania, en Inglaterra y en la India... Encima de la mesa hay un periódico. Cada línea es hambre o

sangre. Durante mucho tiempo, España permaneció al margen del mundo. Divertía a los soñadores y a los lunáticos con su orgullo, su oscurantismo y su soledad. Parecía estar fuera del planeta. De un modo parecido, en América los hombres de las máquinas y del trabajo rabioso acotaron una región de selvas vírgenes y fieras salvajes. Pero en España no son árboles ni son fieras: son hombres. Hombres que quieren vivir. Así es como, por fin, entra España en el mundo del trabajo, de la lucha, del odio. Y entra a tiempo. Su drama personal no se distingue gran cosa del drama de nuestro mundo. Cualquier hombre del más remoto país del Norte entenderá fácilmente esta disputa del cafetín de Barcelona. ¿Quién no se quiebra la cabeza con el eterno acertijo del lobo, la cabra y la berza?⁵ ¿Quién no intenta por milésima vez unir con lazos matrimoniales a la no muy joven, pero siempre seductora Libertad, con un fornido fogonero o un mecánico? Sabemos que la historia no conoce casualidades. Por ahora, la historia de España no es más que una promesa: una gran mancha informe sin pestañas. Todavía podemos discutir sobre el color y la forma de las pestañas. Los países se doblan sobre la cuna del porvenir, aportando cada cual su parte: unos, la organización; otros, la resistencia; otros, la producción intensa; otros, el heroísmo obstinado. ¿Por qué los obreros españoles, los tejedores de Barcelona, los braceros de Andalucía, los campesinos de Castilla, no han de aportar alguna corrección humana al diagrama irreprochable trazado con la sangre de otros pueblos?...

Diciembre de 1931 - enero de 1932.

[Biblioteca Virtual](#)
OMEGALFA

⁵ Se refiere a un acertijo ruso que consiste en encontrar la manera de cruzar un río en un bote en el que no se puede llevar más que una cosa a la vez, sin dejar sola a la cabra con la berza, ni al lobo con la cabra.

